Redondel del Diablo

Hugo Cayzac

Redondel del Diablo

Hugo Cayzac

1

¿Por qué no se trata de la quema de Dios? Estamos en diciembre, los primeros días de diciembre, poco antes de la quema del Diablo. Podría parecer una barbaridad de otros tiempos. En realidad, aparte de unos obsesionados que les temen todavía al 666 y a Metálica, el conjunto que produce más ruido que música, a la mayoría de los pequeños, niños exploradores o no, adultos menores y mayores de edad lo que les encanta es mirar el pinche fuego. ¿Quién sabe? Quizás el día que dejen de lado el fútbol y la cerveza se darán cuenta y quemarán a los dioses, los diablos y toda la santa marimba de los apóstoles, los negocios que viven de las religiones y las prostitutas. Lo que sería una injusticia en el caso de estas últimas, por la absoluta utilidad social que siempre asumieron. Estamos en diciembre, los primeros días de diciembre, poco antes de la quema del Diablo, el día 7. Hay sol, tímido, pero hay; una brisa suave, vagamente fresca, empuja los desechos de papel y plástico, producto del descuido de los pobladores, a un rincón de la acera, donde se van pudriendo hasta que un día llega un empleado municipal a recogerlos antes de la próxima lluvia. Si no es el caso, pues, todo irá directamente abajo, al río en el fondo del barranco. ¡Gracias a Ustedes, oh, Dioses de la limpieza automática y natural!

Son como las tres de la tarde. Unos niños están jugando en la calle, pasa una vieja motocicleta que grita como si la estuvieran estrangulando . De vez en cuando, por aquí y por allá, se oye cantar un gallo perdido en el laberinto del tiempo, sin reloj. Don Paco esta asomado a su ventana, como todos los días del año a esta hora, mira pasar los aviones que están despegando del aeropuerto de La Aurora, allá, a mano izquierda. En la acera de enfrente, don Chepe arregla por la enésima vez a saber qué mierda en el motor de su viejo jeep que le regalaron en los años setenta, ya usado. Nunca logró entender don Paco si don Chepe está efectivamente arreglando sus problemas mecánicos o si no es más bien una táctica para no tener que aguantar la verborrea de su esposa, con quien, a pesar de todo, le gusta fanfarronear:

—De segunda mano, fíjate, vos.

—Por ser gringo el zorro que te lo regaló, decís vos. Debe ser por lo menos de cuarta mano —se ríe su esposa antes de volver al mostrador de su tienda para retomar otra y otra vez las cuentas del día, más que todo una simple manía. Doña Rosa tiene dos obsesiones en la vida. Una oficial: la religión, Dios, la misa, las procesiones, la

confesión, jalar las orejas de los demás por no practicar mucho. Otra, paralela: el pisto, la lana, llenarse los bolsillos, sacar papa, a tal punto que unos vecinos han creído por momentos que ella anda secretamente con los separados, los antipapistas, los evangélicos. Se equivocaron. Como siempre. Una vez al año, sus dos ambiciones fusionan en una sola: los cursos de catequismo de vacaciones que ella misma publicita, organiza, prepara, coordina y anima. Tardan como una semana, siete días en los que cada uno puede ver a doña Rosa feliz como una lombriz, como nunca durante el resto del año. También tiene dos secretos. Uno es que afirma que es mestiza solamente cuando se atreven a preguntarle, por supuesto, a pesar de que se siente indígena; tiene claro que reconocerlo públicamente sería contrario a sus ambiciones comerciales. ¿Su otro secreto? Estudia para llegar a la secundaria. Debería mostrarse bastante orgullosa… ¿Pero por qué es un secreto? Porque aquí, en Santa Mónica, el barrio de Santa Mónica de San Ildefonso Pinulo, los padres dicen que los estudios no sirven, luego los hijos repiten lo que les enseñan sus padres: definitivamente, no sirven esas huecadas. De vez en cuando, tiene ganas doña Rosa de contárselo a una vecina "de confianza", es decir, en quien no desconfía tanto como desconfía de todas las demás, pero al final prefiere quedarse calladita, se recuerda de Juan Alberto, el nieto de doña Paulina, y se queda calladita. Ahora tiene casi sus diecisiete años el adolescente y ya va por el bachillerato, un buen chico. Huérfano, lo crio su abuela, él la ayuda mucho, siempre. Pero cuando pasa por la calle, ¡ay, usté! No tiene suerte doña Rosa, la única persona del barrio de Santa Mónica que estudia con dedicación camina como Jennifer López. Así es. Juan Alberto pasa cuatro veces por día bajo la ventana de don Paco. Una ida y vuelta por la mañana, cuando acompaña a su abuelita al mercado. Nadie se atreve a chiflarlo o cosas por el estilo. ¿Será por la vieja? Otra ida y vuelta por la tarde, solo, cuando va y regresa del colegio, con su bolsa tipo la señora Kennedy y siempre tarareando. Cabal a la hora cuando otros adolescentes juegan pelota, o algo que se parece a una pelota, en la calle, aprovechando que el callejón, el barrio de Santa Mónica es un callejón, termina con un redondel. Esos malcriados que ya tienen horas tratándose de maricones e indios comemierda a cada gol metido por el equipo adversario o por una torpeza del equipo suyo, ahora que está pasando Juan Alberto se miran calladitos en cuanto al hecho de que hay gente en este planeta que no ve las cosas de la vida como el chucho y la chucha, el pato y la pata, el gallo y la gallina, el caracol y… los caracoles, es otro rollo, más complejo, ni lo podrían entender estos brutos. Un turista, ingenuo como son todos los turistas, si no, no existirían las vacaciones, bueno, un turista que se encontrara en el barrio de Santa Mónica ni siquiera sería un gringo perdido, sino un

tipo medio chiflado, ya medio muerto, un turista, pues, dándose cuenta del balanceo impúdico de las caderas de Juan Alberto, preguntaría:

—¿No dicen nada los demás? ¿Lo respetan?

—No, papá, lo detestan, pero es que él practica boxeo desde pequeño.

—¿Y entonces?

—Entonces, hablan mucho, sobre todo cuando están en manada, cuando están en manada no paran, pero si los agarras uno por uno, se cagan en los pantalones por nada. Es que, papito, el macho es así: cobarde. Por eso tanta inseguridad.

Puede ser, puede ser, pero, sea lo que sea, en Santa Mónica no hay inseguridad. Por razones… históricas. El barrio está ubicado entre tres barrancos y tiene una sola entrada, desde donde empieza la calle principal hasta el redondel, como trescientos metros más abajo. De ancho son cuatro cuadras, no más, dos de cada lado de la carretera medio asfaltada. En un lugar tan pequeño, cerrado, los jubilados y chismosos que no tienen mejor cosa que hacer son más que suficientes para vigilar las entradas y salidas del barrio. Parece una aldea a pesar de su proximidad con el mero centro de la capital. Ciudad de Guatemala está en la otra orilla del barranco, a diez minutos en carro, no más. Para muchas familias, no está muy claro dónde termina el hogar y donde empieza la calle, sobre todo cuando se amontonan muchos parientes en pocos metros cuadrados.

—No hay inseguridad actualmente porque hubo muchos problemas en el pasado —comenta a menudo doña Jacinta, la tortillera.

—¿Cómo así, doña Jacinta, podría explicar un poquito a los que nos leen? —la entrevistó un día un personal de la revista municipal, *El Eco de Pinulo*.

—Hace como diez años, alguien del barrio, no se sabe quién, se metió con la 18, una pandilla de drogadictos criminales. Hubo un problema entre esa persona y la pandilla, y la mara llegó preguntando dónde se encontraba su casa para matarla. Un señor, no sabemos quién precisamente, les indicó la casa, pero metió la pata. Bueno, eso es lo que dicen, a saber si se equivocó, usté, ¿me entiende? Mataron a cinco personas en la casa de doña Catarina, cinco personas que no tenían nada que ver, las pobres. Las balas atravesaron la fachada, imagínese usté, todavía se pueden ver unas marcas ahí, cada año la pintan, pero si usté mira bien, todavía se ven marcas de bala, así de este tamaño grande.

Con lo que había pasado, por supuesto que nadie quería escuchar o saber nada de las maras, gracias al trauma que los padres transmitían a sus hijos contándoles la anécdota, cada uno a su manera, cada vez con más sangre, con más morbo, garantizando de esta manera la

eficacia del recuerdo de esos lamentables acontecimientos. Si un niño pretendía imitar los comportamientos simiescos de los mareros, tenía mucha probabilidad de deber aguantarse la pedagogía del cinturón.

Así que no era nada raro ver niños y adolescentes jugando hasta muy tarde en la calle, no les podía pasar nada, tampoco a los carros que permanecían ahí toda la noche por falta de garajes. En pleno día, puede dejar su coche con las puertas abiertas y la radio encendida, no hay para qué quitarse el sueño. Las casas tienen la puerta a la orilla de la calle y, en general, quedan abiertas, lo que le permite al peatón que pasa por el frente mirar de reojo hacia el interior, como si nada. La puerta de doña Margarita, por ejemplo, siempre permanece abierta todo el día. Sí, la casa rosada, la que está a la par de la de don Paco. Esta señora es medio sorda. Así que cuando tocan, hay que hacerlo fuerte. Si no responde, no hay pena, se puede entrar gritando "¡Permiso, doña Margarita!", por cortesía, por buena educación, "¡Permiso, doña Margarita! ¡Permisito!". No hay de qué preocuparse, es normal que no responda, está acostumbrada a que los visitantes lleguen hasta el fondo del patio donde seguro está ocupada haciendo sus oficios en la pila. No está en la pila… Ahí está, en su habitación, tirada en el piso, sin vida, con un charco de sangre que sale de su cabeza. Algo anda mal, sería bueno que alguien llamara a los bomberos.

—Es que vos sos friolento —se ríe Negro.

—¿Y qué? —replica Marco—. Antes no hacía tanto frío cuando estaban los buhoneros.

—¿Te cae tan mal la Sexta nuevo modelo, entonces?

—No dije eso, baboso, dije que ahora hace más frío.

—¡Debe ser que la gente está menos amontonada, se pierde el calor humano! —se ríe a carcajadas el Procónsul.

—¿Para qué voy a perder tiempo conversando de los impactos de la urbanización con aldeanos? —responde Marco.

No le parece tan mal la Sexta remodelada para pasear, la verdad. Con la calle peatonal, las familias tienen todo el espacio para ellas y su progenitura, sin peligro ninguno, para caminar.

—De todas maneras, cuando uno ya tiene años y años sexteando —piensa el detective—, a la Sexta le pueden hacer lo que quieran y seguirá siendo la Sexta, sea lo que sea. —Sin embargo, siente nostalgia. Tal vez más por envejecer que por culpa de los arquitectos. ¿Quién sabe?

—Mira vos —insiste Conejo—. ¿No te gusta con todas esas guirnaldas de lamparitas que instalaron para las fiestas de fin de año? De noche, parece como lluvia de luz. Mágico, ¿no?

Marco iba a responderle cuando sintió la vibración de su celular en el bolsillo. Este pinche aparato nunca se sabe dónde es mejor guardarlo. Un día que había comentado que sentía a veces como que el robot le hacía cortocircuito en el corazón cuando lo tenía en el bolsillo de la camisa, alguien —no recuerda quién— había explicado que uno podía también volverse impotente:

—En serio, lo afirman científicos.

Como no puede tenerlo en un zapato o siempre llevar un abrigo solamente para tener ahí el aparato, entonces alterna entre el bolsillo del pantalón y el bolsillo de la camisa, para repartir los riesgos.

Mientras está tratando de identificar quién lo está llamando, sus cuates se aprovechan para seguir burlándose entre ellos de su conservatismo citadino. Hasta el momento que el Procónsul les hace el gesto imperativo de callarse, porque cuando a Marco le aparecen esas arrugas profundas entre los ojos es que pasó algo grave. Está mirando fijamente el suelo, opinando solo “sí” o “no”. Ninguna pregunta, nada de comentario. Se prolonga la conversación, mejor dicho, el monólogo porque Marco solo cabecea sin abrir la boca. Finalmente, declara en un tono bastante cortante que lo tiene que pensar, antes de apagar el

celular. Se da cuenta de la cara dramática que tienen los demás, puros metiches al acecho de cualquier novedad:

—¿Qué pasa, manos?, ¿un accidente de tráfico?, ¿cuántos muertos? ¿cuántos heridos?

Ninguno responde. Marco levanta la cabeza:

—Sí, genial como se ven de noche estas iluminaciones.

—No seas pura lata, vos, ¿qué pasa?

—¿Qué pasa qué, vos, Conejo?

—¡Puchis, estamos de paseo, felices como lombrices y de repente suena el celular y parece que se te fue la abuela, vos! Nos preocupamos, ¿normal, ¿no?

—¡No me digas, estoy todo emocionado por su atención, papaítos! —se exclama.

La mara se queda con la boca abierta.

—Mala onda, vos, con tus bromas pesadas —gruña el Procónsul.

—¿Y ustedes? No chinguen con sus manías… ¡qué bonita la Sexta remodelada!, ¡y que sí!, ¡y que no!

Ninguno de los tres opina: si el detective se pone, así como la gran diabla, es que la noticia no era tan buena.

Después de negociar esta decisión común durante no más de veinte segundos, fueron al Fu Lu Sho, siempre van al Fu Lu Sho, un restaurante que tiene una eternidad de estar sobre la Sexta. Desde que llegó el chino de Cantón que lo creó a finales de los años cincuenta. Ahí se reunían los meros de la primera guerrilla, de las Fuerzas Armadas Rebeldes, en los años sesenta. Hoy en día es desopilante ver ancianos que piden una taza de té en la barra, rehaciendo el mundo durante unas horas y robándose unas servilletas cuando se van. A Marco, aparte de la sopa de camarones, lo que le gusta del Fu Lu Sho es la hospitalidad de un lugar donde te sirven hamburguesas que no se te escapan de las manos, no estas obligado a comértelas en unos minutos. Si le da la gana, puede tomarse horas para terminar sus papas fritas. Otra ventaja: no pasan un trapo apestando a desinfectante entre sus pies mientras come. La grasa en las paredes y las cucarachas son apenas un detalle.

Marco se dirige de un paso decidido hasta el fondo, donde está ubicada su mesa preferida y, en este preciso momento, desocupada. Preferida porque desde ahí puede observar quién entra en el restaurante y, con solo levantar media nalga, puede salir rápido por la puerta del personal, en caso de que lo busquen por asuntos pendientes y desagradables, como ya ha pasado dos o tres veces. Por esa razón, la sonrisa de Víctor, el dueño, hijo del fundador del lugar, cuando lo saluda al entrar:

—¿Qué tal, vos, Marco? ¿Todo bien, todo tranquilo hoy?

—Sin duda, estamos aquí para comer en paz. ¿Se puede?

—Depende de usted, su señoría —responde Víctor acompañando su broma de una reverencia al estilo de las películas de capa y espada de Hollywood de los años cincuenta—. Depende de usted.

—¡Tema de hoy, la nueva novia de Negro! —anuncia Conejo antes de tomar asiento.

—¿Qué le pasó a la chava? —pregunta el Procónsul.

—¿Qué le pasó al Negro? quieres decir —precisa Conejo.

El interesado está haciendo como que no le interesa esta conversación.

—Ajá. ¿Qué le pasó al Negro, entonces?

—Le pasó que el dichoso se ha encontrado una chica con físico que te mueres, simpática y licenciada.

—¿Licenciada en qué? —interroga Marco.

—Eso no lo sé, no recuerdo, algo complicado —responde Conejo, ruborizándose ligeramente.

—En Biología Molecular, vos, cerote —susurra Negro.

—¿Trabaja en el INACIF? —pregunta Marco.

—Pues sí. —Negro mira al detective con aire sospechoso—: ¿Cómo puede estar al tanto?

—¿En el qué, vos? —casi grita Conejo.

—El Instituto Nacional de Estudios Forenses, ignorante —comenta el Procónsul.

—¿Y cómo lo sabe Marco? —insiste Conejo.

—Porque, con ese tipo de formación, o estás en el INACIF o con las ONG que trabajan sobre las desapariciones.

—¿Desapariciones, como esta señora de la alta burguesía a la que mató el marido, y él también se hizo humo con la ayuda de sus padres, gente del sistema de justicia?

—¡Púchica, no entiendo cómo mi mejor amigo puede ser tan mula, vos! —exclama el Procónsul.

—Explícame, pues, en lugar de afligirte por tus amistades —refunfuña Conejo.

—Desapariciones en los años ochenta, cuando masacraron a pueblos indígenas para quitarles la idea de entrar en rebelión; 626 masacres y solo tres pasaron ante los tribunales, imagínate. Hay que investigar los cementerios clandestinos, los cadáveres, los huesos, identificar con certeza absoluta a la gente, esperamos que el ADN salve a Guatemala de sus pesadillas.

—Entonces, la chava del Negro tiene buen chance —se entusiasma Conejo.

—¡Hijo, que pesado sos, Conejo!

—¿Cuál es el lío? —se sorprende el señor de orejas grandes.

—Ya les dije que trabaja en el INACIF, ¡el I-N-A-C-I-F, ¡vos!

—Miren, muchachos, compórtense un poco, los están mirando —murmura Marco.

—¿Y cómo se llama la perla rara, si se puede saber? —cuestiona el Procónsul.

—Se llama Esperanza —susurra Negro.

—¿Lo puedes creer, vos, Procónsul? —cuestiona Conejo—, la novia del Negro trabaja en una funeraria y se llama Esperanza.

—Más vale trabajar en una funeraria y llamarse Esperanza que trabajar en un faro y llamarse Soledad —ironiza Marco mientras levanta la mano para llamar a una mesera y ordenar, sabiendo que todas las meseras están al tanto de que este señor solo come sopa de camarones. Y todos se parten de la risa como mocosos malcriados a la salida del colegio.

3

A pesar del frío, don Martín siente las manos hinchadas y el sudor que le moja la camisa por toda la espalda. Por tener que darle tan duro. No había pensado que iba a ser tan duro. Ni ha llegado a cincuenta centímetros de profundidad todavía. A la orilla del río, en el fondo del barranco, donde la tierra conserva siempre humedad, hubiera sido mucho más fácil. Pero estas aguas, cuando se ponen caprichosas, son capaces de llevarse cualquier cosa, entonces mejor no. Sin embargo, nunca hubiera creído que el suelo era tan duro de excavar en este lugar. Y esta pinche luna, esforzándose por parecer más luminosa que el mismo sol, solo para molestarlo a él. Se ve el volcán de Agua en el horizonte, que no se puede observar tan a menudo desde San Ildefonso Pinulo, aún menos desde la bajada del barrio de Santa Mónica. Le duele la cintura al viejo. Da una mirada en los alrededores para asegurarse de que no anda nadie por ahí antes de decidir tomarse unos minutos de descanso. En lo otra orilla del barranco, allá por las Zonas 13 y 14, también en las lomas donde pasa la salida para Chimaltenango, brillan lucecitas amarillas, blancas o anaranjadas por todas partes, unas a buena altura.

—A saber cómo aguantan vivir en esos cajones, como conejos —murmura don Martín. No entiende cómo se puede decidir tener así a los vecinos, uno abajo y otro arriba. Los vecinos los tienes a la par y los mojones indican qué es lo que le pertenece a quién. Los mojones… ¿Qué sería de la vida sin este sentimiento que siente uno cuando está averiguando si el vecino desplazó un mojón suyo? Otro tema que le costaba más todavía: ¿Cómo se ponen de acuerdo en cuanto a la propiedad? ¿Dividen entre vecinos el lote donde está construido el edificio? La cuestión del título no le queda clara, se debe sentir mucha inseguridad jurídica ahí. Si tienes tu lote, con tu champa o tu castillo encima, lo que sea, no importa, sabes lo que es tuyo, que lo tuyo es tuyo. Como le repetía su finado padre a don Martín:

—A lo mejor, te mueres de hambre, ¿qué digo? A lo mejor te mueres por no tener ni tortilla tuya. Pero tienes tu techo, puedes rendir cuentas a Dios en tu cama y no en un lugar a saber dónde, entre desconocidos.

—¿Un lugar como qué? —preguntaba el pequeño Martín.

—Como un hospital —respondía su progenitor, mirándolo con ojos saltones y amenazadores.

Por esa razón, y nadie nunca supo por qué, salvo quizás su padre, el día que Martín se cayó de un árbol en la escuela y que oyó al

maestro decir que el niño se había desmayado, mejor llevárselo al hospital, se despertó milagrosamente y, con sangre que salía a chorros de la cabeza, corrió a encerrarse en la casa familiar.

—Hiciste bien —lo felicitó después su papi.

No respondió nada el pequeño Martín, tan feliz de haberse salvado de los vampiros.

Agarra el azadón de una mano firme y retoma su tarea, pensando que sería bueno ir a visitar a sus padres el próximo domingo. No están tan lejos, unas cuadras, en el cementerio de San Ildefonso Pinulo, bonito con sus tumbas de colores, tranquilo entre el barranco atrás de La Pradera y el barrio de Santa Mónica. Desde su ventana donde quedaba pegado todo el tiempo a no hacer ni mierda, este haragán de don Paco podía ver el cementerio al frente. De vez en cuando, molesta a Martín cuando lo cruza en la calle:

—¿Qué tal, compadre? No se preocupe, saludo a sus estimados padres cada día que Dios hace.

—A los tuyos, ni los conoces, ingrato —gruñía Martín.

Pueblo pequeño, infierno grande. Estos dos fueron de los meros primeros que se instalaron en el barrio de Santa Mónica. Cuando don Paco llegó para construir su casa, don Martín ya manejaba la crianza de cerdos, herencia de su padre. Por la sagrada incoherencia de la administración nacional, le otorgaron desde el Catastro Municipal unos metros cuadrados al lote de don Paco que eran parte de la explotación de Martín, y anteriormente de su padre. Lo que contaban. A la salida del Registro de Propiedad en la Zona 1 de la capital, don Martín casi mata por estrangulación a don Paco. De regreso a su casa, de rabia, don Martín lloró pensando en su finado padre:

—Mire, usté, papi. ¿Nunca pensó que había que tener escrituras? —repetía sin cesar.

Cansado de preguntar sin tener respuesta, se imaginó lo que le hubiera dicho su madre:

—Vos, Martín, si tienes ganas de llorar, llora, orinarás menos.

A partir de este fatídico día, nunca dejó pasar la ocasión de mear a través de la malla en la huerta de su vecino. A pesar de quedarse noche tras noche despierto, escondido entre el monte con una 22 lista para matar a sangre fría, este puto don Paco nunca logró pillarlo. Recordando los miles de litros de amoniaco que le había tirado al pinche caco a lo largo de los años, Martín suspira: sería pura estupidez que este idiota le dé a balazos mientras esté orinando en su propiedad. Escucha un ruido. Deja de excavar, pone la pala al lado y se acuesta en el suelo. Se queda así un buen tiempo, oyendo solo su propia respiración. ¿Tiene miedo? Miedo que le roben su más precioso bien, más precioso que sus dos hijas gemelas, Catalina y Lisa, más precioso que sus propios ojos. No tiene otro motivo para enterrar su tesoro: los

malvados, los cacos, los parásitos, los envidiosos, los deshonestos, todos esos incapaces de dejar a la gente tranquila. Como este pinche don Paco. Ya temblando de frío, se pone de pie. Falsa alerta. Una nube empieza a esconder la luna.

—Menos mal —suspira don Martín.

No le molesta la oscuridad completa para excavar, conoce cada centímetro cuadrado de ese terreno mejor que su propio cuerpo. A los demás que se acuestan a la misma hora que las gallinas les importa cuando la noche es bien oscura, por morbo. Ni hablar cuando ocurre un apagón. Don Martín se estremece. No es supersticioso. Mejor evitar pasar debajo de una escala o cruzarse con un gato negro un Viernes Santo, claro. Son detalles, y no se necesita mucho esfuerzo para seguir por otros caminos, haciendo como que no hemos visto nada, ni la escala quizás abandonada a propósito, tampoco el animal tramposo. Es cristiano. Más que todo cuando se siente en líos y necesita apoyo. O cuando visita la tumba de sus padres. No está por completo convencido del Paraíso. ¡Todos tienen la certeza de que van a pasar al otro potrero en los lugares cinco estrellas! Este entusiasmo generalizado le parece sospechoso a don Martín. También que se pelean entre cristianos. Con la edad había aprendido que los buenos no son siempre los que pretenden serlo a gritos y que la discreción es contraria al orgullo. Es un pecado, el orgullo, ¿no? Como él es más bien tímido, le cae como anillo al dedo esta manera de ver las cosas. Sin embargo, sigue dando vuelta con el gran interrogante: ¿a dónde va toda esa gente? Cuando reflexiona sobre el tema, siempre recuerda las palabras de don Calixto, un señor de La Montaña en Jalapa, gran amigo de su padre. Llegaba de vez en cuando para ayudar a matar y preparar los cerdos, hablaba un idioma que no era español. Él decía:

—¿Por qué quieren meter a los vivos en una bodega y a los muertos en otra? Aquí estamos, y aquí seguimos.

—¡No me asuste, don Calixto! —protestaba Milton, el principal ayudante del padre de Martín.

—No lo digo para asustar. Los muertos no están para molestarnos, están para acompañar a los que se quedan, nosotros, los más jodidos. Se llama compasión.

Ya el hoyo está lo suficientemente profundo. Don Martín agarra el paquete, de forma pequeña, casi redonda. Embalado en un nilón negro bien grueso, no le puede pasar nada a su querido tesoro. Lo recubre de tierra y con unas plantas que arranca del monte para borrar toda huella de la excavación. Mira su obra, limpiando su pantalón con las manos sucias. Nadie se dará cuenta de nada. Buen trabajo, se felicita don Martín.

—¿Qué había en el nilón? —pregunta Carlito, el último de la familia Hernández Mux.

—¿Quién sabe? —responde su madre. Don Martín habla mucho, a veces demasiado. No es bueno pensar demasiado, amorcito. Bueno, señorito, es obvio que tienes sueño. Feliz noche.

Solito en la oscuridad, a la cual le tiene un temor horrible, Carlito se hace la promesa: no contarle a nadie de este secreto. Con sus once años que acababa de cumplir, ya es grande y puede mañana a primera hora empezar a buscar el tesoro de don Martín, un tesoro que no se encuentra tan lejos. Aquí cerca, en el barrio.

—¡Cómo hiede aquí, qué tufo!

—Estoy soñando —trata de convencerse Marco metiendo la cabeza debajo de la almohada. Estoy soñando, ya va a callarse esa puta voz torturándome.

—¡Levántate, haragán! Ya son las diez y hay gente esperándote —insiste el fantasma de Ana Beatriz, sus manos frías jalándole las canillas.

Esta jovencita no es su pareja, sino que de vez en cuando hace la limpieza en su cueva de soltero. Pero la relación muy amigable que entretienen le permite este tipo de bromas pesadas, y no deja pasar ninguna ocasión, esa chingona.

—Tengo sueño, pero no tanto como para caer en una trampa tan bruta —refunfuña el detective.

—Perdone la molestia tan temprano, don Marco —susurra otra voz de mujer que viene del salón-sala familiar-comedor—, pero es que llegamos de muy lejos.

—Eso no me lo soñé —piensa Marco—. ¡Típico de Ana Beatriz de invitar desconocidos a admirar cómo vive el oso en su zoológico, para avergonzarlo! Tampoco podía saltar así de la cama con mil disculpas y sin calzoncillo. Todavía escondido debajo de la chamarra, Marco grita: —¡Por favor, doña Ana Beatriz! ¿Usted tendría la inmensa bondad de ofrecer un café o un té a nuestros amables visitantes mientras me preparo para darles la bienvenida?

—Con mucho gusto, don Marco —responde la jovencita, y agachándose sobre la cama, agrega en voz baja—: eso de doña, me lo vas a pagar, mal parido.

No habían pasado ni diez minutos cuando Marco se presenta en el salón-sala familiar-comedor, duchado, afeitado, bien peinado y perfumado, vestido con un elegante traje en el cual se parece a un representante itinerante en venta de ropa italiana. Por su larga experiencia de jipas tardías con los cuates a jugar póquer y tener a veces que levantarse en el último segundo para una cita de trabajo, el detective tiene este don de camaleón. Salvo el famoso día en que se duchó con el tacuche ya puesto… suerte que no estaba Ana Beatriz para burlarse una vez más. En los sillones están sentadas dos personas charlando con la jovencita. Antes de pasar el umbral, Marco se toma el tiempo de estudiarlos, así a primera vista. Le llama la atención el juego de Sherlock Holmes, del nombre del célebre detective londinense que podía decirle a uno su estado civil, su profesión, sus

ocupaciones favoritas y sus vicios escondidos, sin hablar también del motivo de su visita, solo identificando el tipo de lodo pegado a la suela de sus zapatos. La persona que conversa con Ana Beatriz es una mujer de más o menos setenta años, quizás más. Tiene una melena blanca que le hace el rostro pequeño. Viste un huipil y un corte de Patzicia.

—El Sherlock guatemalteco tiene que conocer todos los huipiles del país, si no, no es un verdadero Sherlock —considera Marco. Es muy orgulloso de su perspicacia porque hace poco que empezó a estudiar el tema, por otro comentario de la jovencita Ana Beatriz:

—Nuestro verdadero problema es que ni siquiera conocemos a nuestro propio país, a nuestra propia gente.

Por esas palabras que ha escuchado estando él todavía en la cama y también por la cara cansada, deduce que esta mujer viene de muy lejos. Sus manos fuertes indican que es una trabajadora manual, talvez agricultora. Sus discretos movimientos como de malestar en el sillón y sus gestos torpes con la taza de café muestran que no está acostumbrada a encontrarse fuera de sus lugares habituales y de sus hábitos

—Sherlock Holmes no extrapolaba —piensa el detective—, solo hacía deducciones.

El otro individuo, de más a menos cuarenta años, se queda silencioso. Es también chaparrito, moreno. Viste vaqueros, camisa de mangas cortas que dejan ver brazos musculosos con esas marcas de bronceo que tiene la gente que pasa mucho tiempo trabajando bajo el sol. Lo que llama más la atención es una cicatriz, gruesa, que baja de su oreja izquierda medio cortada hasta la barbilla.

—Una pelea entre amigos —se imagina Marco.

—Don Marco, ¿cómo está usted? —pregunta Ana Beatriz.

—Bien, bien, buenos días, señora, señor.

Toma lugar en un sillón y, con una gran sonrisa, agrega:

—Me disculpan que a veces uno necesita descansar para poder seguir adelante.

—No se disculpe, don Marco, la culpa la tenemos nosotros. Presentarnos así, en su casa, sin avisar —comenta la señora.

Le suena conocida esta voz, pero no logra ubicarla. ¿Será que las desveladas y el alcohol tienen efecto nefasto a largo plazo?

—Bueno, no hay pena, usted, me imagino que si llegan así es que tienen su razón.

—Lo llamé ayer… ¿se recordará usted?

Ahora sí tiene identificada esta voz.

—Déjeme preparar mi café y ya estoy a su disposición, con permiso.

—¿Será que Sherlock Holmes tenía estos trucos para ganar tiempo

en el análisis de sus interlocutores y de la situación? —se interroga mientras prepara su cafecito con cafetera italiana y mirando con tristeza y vergüenza sus pies descalzos.

Cuando regresa al salón ya tiene sus zapatos puestos y las ideas más claras, recordándose la llamada telefónica del día anterior: una señora de ochenta años, doña Mónica, si no le traicionaba su memoria, asesinada en un barrio de San Ildefonso Pinulo, allá atrás de La Pradera, en la colonia Santa Margarita. Familiares suyos le llamaron, no quieren que se meta la policía en el rollo, y no había entendido bien el motivo de esta reticencia a alertar a las autoridades. Tampoco por qué lo llamaron a él. Qué raro. ¿Qué tenía que ver?, porqué pedirle ayuda a él? Apenas tomó asiento el detective, el señor mudo empezó a hablar:

—Mire, don Marco, con todo respeto, fíjese…

—Lo escucho, por favor, cuénteme. —Marco estaba a la defensiva. Conocía bien a sus compatriotas: cuando dicen "fíjese", es que la noticia es mala.

—Fíjese que… —pero parece que no podía decir más, o que buscaba cómo decírselo, y lanzó una mirada desesperada a la vieja.

—Es delicado, don Marco, le estamos solicitando su apoyo, pero no somos gente de dinero —dice la señora. Lo fija en los ojos antes de agregar—: No sabemos de esas cosas, cómo se manejan.

Ana Beatriz, quien se quedó de pie a la par del sillón donde está sentada la anciana, agarra la mano de la vieja como si la conociera desde siempre:

—No se preocupe, cuéntele a don Marco lo que le pasa y él les dirá si les puede ayudar o no.

—A la gran… —gruña para sus adentros el detective. Esa Ana Beatriz siempre del lado de los pobres, de los que tienen problemas, una verdadera monja. Nunca del de los drogadictos, porque le costó mucho salirse de esa mierda a ella misma… Y me involucra como de la nada, sin pedirme permiso. ¡Y no es la primera vez!—. Ella tiene razón —articuló con esfuerzo—, cuéntenme y luego miramos de qué se trata.

"Ella" le dirige una mueca de disgusto, no le gusta que hablen de ella en tercera persona en su presencia, lo considera una grosería. Pensándolo bien, no está equivocada, pero si tiene una oportunidad para molestarla, mejor hacerlo bien.

—La persona de la que le hablé ayer, la que mataron, Margarita, es mi hermana mayor —comienza la señora. A Marco no le intriga que la señora hable de su finada familiar en presente. Está enterado de que separar de manera perentoria pasado, presente y futuro en el hablar es un modo particular que no es el de la mayoría de la gente que vive en este país. Ana Beatriz, ella, sí queda sorprendida.

—Te falta mucho para entender la vida, nenita —se venga Marco, en pensamiento.

—Es la mayor de nosotros, somos seis hermanas y dos hermanos. Cuando tenía diecisiete años, se enamoró de un señor de la capital que animaba un programa de radio, en Patzicia. Cuando terminó su contrato, se fueron a vivir allá, en Ciudad de Guatemala. Nunca entendí en qué trabajaba él, pero se las arreglaron bien. Poco a poco, ahorrando, compraron un lote en San Ildefonso Pinulo, más exactamente en el barrio de Santa Mónica, donde construyeron su casita.

—Tengo que tomar menos —reflexiona Marco—, me confundí entre Margarita y Mónica.

—Le puedo asegurar que Margarita y Luis, Luis se llamaba su esposo, eran gente muy tranquila, nada de líos. Que yo sepa, nunca se metieron en problemas con nadie. Nunca se pelearon entre ellos, ni una sola vez él se comportó mal con ella. Cuando sabíamos de otra hermana maltratada por su marido, mi madre siempre decía "qué suerte tiene la Margarita, cómo sería de diferente Guatemala si todos los hombres respetaran a sus mujeres como Luis". Los dos eran muy reservados, una bonita pareja, no se puede imaginar usté, se veían felices.

Es obvio que la vieja tiene ganas de llorar, pero se aguanta. Se toma un sorbo de café y retoma la respiración.

—Huevuda —piensa Marco—, una mujer fuerte.

—Hace ocho años se murió Luis, de neumonía. Margarita se quedó sola.

—¿No tenían hijos? —cuestiona Ana Beatriz. Mirándola, el detective se da cuenta de que la chava tiene los ojos brillantes.

—No tenían, no podían tener. Siempre rechazaron buscar la razón. Si buscamos, decían, alguien va a tener la culpa y vamos a perder la felicidad. ¿Entonces para qué? Mi hermana se quedó sola y no tenía para vivir. No se puede imaginar usted cuántas veces le dijimos que se regresara a la casa de mi mami. No quería. "Me quedo donde estuve feliz, moriré donde murió mi Luis", decía. Mientras más insistíamos, más necia se ponía ella.

—Se entiende —opina Ana Beatriz.

—No sé —dice la señora—. La verdad es que le salió bien. Empezó por alquilar un cuarto, en ese barrio de Santa Mónica hay muchos cuartos para gente que no vive ahí, pero que trabaja en la capital, en la otra orilla del barranco, en La Pradera. Alquiló uno y otro, hasta tres inquilinos al mismo tiempo tuvo. No era la gran cosa, pero vivía bien, sin tener que preocuparse de mañana, y sus inquilinos le hacían compañía. Todo bien, pues, hasta cuando nos llamaron para informarnos de que la habían matado.

Sigue un silencio insoportable. Marco está recordando la pipa de Sherlock Holmes. Le hubiera caído bien fumar una ahora para esconder su sorpresa, disimular su emoción.

—¿Ustedes tienen una idea del motivo? —le pregunta a la vieja con el tono más neutro posible.

La señora no responde. Saca un pañuelo bordado de su morral y mira a su acompañante con ojos diciendo “dile, tú, yo ya no puedo”.

—¡Por el tesoro de Martín Batres Morales, ¡este pinche Batres Morales!, ¿quién más podría ser? —casi grita él.

5

Abre los ojos. Está sudando. Si está sudando, es que tuvo una pesadilla. Así de simple. ¿Una pesadilla sobre qué? ¿Para qué preguntar? Lo de siempre: el terremoto de 1976. Ahora Bernabé recuerda que lo mencionaron ayer cuando estaba conversando con unos vecinos a esa hora que le gusta tanto, cuando viene el crepúsculo y que el cielo, la calle y las fachadas se ponen anaranjados. Esa manía que tienen de masticar una y otra vez los peores momentos del pasado no se entiende. Hay días buenos y días malos, mejor recordar los buenos, a pesar de que la nostalgia te puede causar buenas lágrimas también. Hoy es un día pésimo. El día del entierro de doña Margarita. A Bernabé siempre le cayó mal esta señora, una víbora de primera. Apenas se iba su marido a trabajar, salía a la calle a complotar con doña Jacinta, la tortillera, y doña Catarina, que vive de los ingresos de los esposos de sus dos hijas mayores, todos viviendo en la misma casa, la que acribillaron los de la 18. Equivocación por la cual perdió a su propio marido, dos hijos y dos amigos de uno de ellos. Mala onda. Es que la gente busca los líos, vos: es la gran teoría de Bernabé. "Noproblema" lo llaman los chavos insolentes. No delante de él, claro, porque todos son bien educados en el barrio de Santa Mónica. A veces se burlan de él, cuando anda con su traguito, imitándolo sin que se dé cuenta, por respeto:

—No le hagas caso, vos, no le hagas caso —con muecas de borracho.

Hoy no es día para reírse en público, es el día del entierro de doña Margarita. Varias casas tienen un pedazo de nilón negro clavado en la puerta o en la fachada para indicar que en este hogar estamos de luto. No hay nadie en las calles. No están tampoco caminando en la procesión del entierro, pero por respeto no salen: alguien se murió, entonces no vas a bailar o jugar pelota en la calle. No se hace. Son excepcionales estos momentos cuando la calle se queda sin vida: los entierros y los partidos de futbol en la tele. Más cuando se encuentran los Cremas con los Rojos o una final de un campeonato europeo. Los que no tienen televisor en su casa están invitados por los demás o pasan de vez en cuando frente a una casa con ventana abierta preguntando:

—¿Cómo vamos?

—¡Dos a cero para el Barça! —responde alguien gritando desde adentro.

—¡Qué bien, vamos rebién!

Tiene la reputación de ser un hombre de malas pulgas, Bernabé. No lo es. Es que hay cosas que lo enojan rápidamente, eso sí. Como por qué mataron a la pobre doña Margarita. En estos últimos días, nunca se habían visto tantos policías andando para arriba y para abajo, con uniforme o sin uniforme. Preguntando hogar por hogar. De día, y también de noche, porque muchas amas de casa responden lo mismo detrás de sus puertas, que no abren más de diez centímetros:

—No está mi marido.

Y sin más comentarios, cierran ya la puerta apenas entreabierta. Entonces los chontes vuelven más tarde para no insistir con la Seño y así evitar meterse en líos interminables. Les va a tocar trabajar fuera de los horarios, les cae mal, pero no hay por dónde, avisan a sus propias mujeres por teléfono, les regañan:

—¡Otra vez! ¿Por qué siempre te toca a ti?

—Nos toca a todos…

—¡No seas mentiroso! ¡Siempre te dejas engañar!

Regresan cuando ya todos los esposos han llegado de su trabajo. La tienen complicada los investigadores: tienen que mencionar primero que ya se han presentado en el transcurso del día, antes de ir al grano, sabiendo que la inmensa mayoría viven de la caza y de la pesca, es decir, de un trabajito informal cuando no ilegal. Saben que los demás saben que saben, entonces los policías andan con pies de plomo. De todas maneras, saben que la gente está muy a la defensiva. Por su misma situación, la de pobres, y que el Gobierno a quienes siempre chinga primero es a los pobres, usté. La otra razón es la reputación de corrupta que tiene la policía. No es raro escuchar en estos días que:

—Con todos estos crímenes, se van a aprovechar para aumentar el sueldo, te lo apuesto, hombre.

Así pasa casi siempre:

—¿Usted conocía a Margarita Méndez Vinicio? —pregunta el inspector, dando una miraba a la marimba de niños, de adultos, esposa, hermanos y hermanas, cuñados y cuñadas, sobrinos, primos, abuelos, a saber quién más está asistiendo a la conversión… calladitos pero concentrados. Preocupados también: tener un chonte en la casa ya en sí es un problema.

—Claro que la conocía a esa pobre mujer, ella fue de los primeros colonos con nosotros a instalarse aquí con su marido —responde el señor.

—¿Tenían buenas relaciones con sus vecinos?

—Claro, aquí somos pocos y todos nos conocemos desde hace años, nunca tuvieron problemas.

—Cuándo se murió su esposo, ella se quedó aquí —lanza el inspector.

—Pues, así es —responde el señor con un tono lacónico.

—¿No quiso vender su casa?

—Que yo sepa, no.

—¿Alguien le propuso comprarla?

—No sé, la verdad.

—Usted decía que son pocos vecinos, así que pueden notar si pasa algo fuera de lo normal, ¿no?

—¿Cómo así fuera de lo normal?

—Digamos, que una persona está buscando problemas con otra…

—¿Alguien que no es de aquí, dice usté?

—Por ejemplo, sí.

—Sí, claro.

En este momento del interrogatorio, unos inspectores no logran retener un suspiro de cansancio. Una señal consoladora para el interrogado y sus familiares quienes ya deducen:

—Bueno, ya se van a ir y vamos a poder cenar.

Eso sin tomar en cuenta lo que había repetido una y otra vez el jefe antes de efectuar el despliegue:

—Si no sacamos información de esta gente, no habrá otra que cerrar el caso.

Así que el honorable representante del Estado retoma su respiración y continúa:

—Si entra en el barrio alguien que no es de aquí, se dan cuenta, me imagino.

—Claro, una cara desconocida llama la atención, usté sabe.

—¿Últimamente, no entró gente desconocida en el barrio?

—Bueno, hasta que yo sepa, no.

—¿Gente para entrega, por ejemplo?

—No son de aquí, pero los conocemos, siempre son los mismos.

—¿Cómo así?

—Los que entregan mercancía a la tienda, los del agua, del gas, de la luz o de la basura, los conocemos.

—¿Nadie más?

—No.

Viene la parte del protocolo más delicada, pero inevitable:

—¿Usted no tendrá una idea de lo que ha pasado?

—Escuché que la mataron a pencazos en la cabeza, solo eso.

—¿Solo eso?

—Bueno, dicen que la torturaron, pero no sé si será verdad. Los periódicos cuentan que las maras torturan a sus víctimas antes de matarlas. Apenas había terminado su frase, el señor ya se imaginaba la mirada impasible de su mujer clavada en su espalda y lo que le iba a decir después de la salida del chonte:

—Ya te dije, vos, hablas demasiado. Un día nos vas a meter en líos

de primera.

—¿Cree usted que podría ser una mara?

—No sé, solo digo lo que cuenta la prensa.

—¿No hay mara aquí?

—¿Aquí? No, no hay, solo vecinos.

Llegando a esta etapa de la entrevista, si no se había logrado sacar ni la sombra de una información, el jefe se lo había recomendado con insistencia:

—Quemen su último cartucho por si acaso, algo de suerte. Sean atentos a las reacciones, por favor.

—¿Piensa usted que podría ser alguien del barrio?

La asamblea familiar calladita se puso todavía más calladita.

—¿Un vecino? —pregunta el señor.

—Un vecino.

—¿Por qué un vecino haría eso?

—Esa manía que tienen de responder a las preguntas con otras preguntas —piensa el policía—. No sé —responde—, por envidia, por celos, a saber…

—¿Matar a una señora de esa edad por envidia, dice usted?

Llegado a este nivel del *show*, cualquier inspector se da cuenta de que es mejor parar antes de convertirse en el chompipe de la fiesta. Los más susceptibles se imaginan ya la conversación mientras se encuentran en la calle con el rabo entre las piernas:

—¿Viste este polaco cómo trató de papearme? ¡Y yo preguntándole y preguntándole! Y toda la familia, la esposa, los hermanos y hermanas, cuñados y cuñadas, sobrinos y sobrinas, primos y niños, hasta los abuelos sin muelas, muertos de la risa.

Le da una rabia de la gran diabla a Bernabé:

—¡Todos, todos son dos caras, todos saben!

Sin embargo, cuando lo han interrogado a él, su más larga respuesta no tuvo más de tres palabras.

6

Carlito Hernández Mux, con sus once años y metro veintiocho de altura, empezó su vida de gran aventurero el día viernes 9 de diciembre, exactamente. En serio; preparado. Puso sus botas de hule, un suéter, por si acaso. Se llevó hojas de papel, dos lapiceros, por si uno lo traicionaba durante su expedición, y tomó prestado el cuchillo suizo de uno de sus hermanos mayores. Sabía a dónde buscar. El tesoro de don Martín, los adultos solo hablaban de eso desde que se murió doña Margarita. Tenía un plan. Hacer una primera visita en la casa de la finada señora para dibujar un mapa del lugar. Luego pensarlo bien antes de empezar a buscar en un rincón más preciso. El pequeño Carlito estaba muy orgulloso de su plan. También tenía muy claro que la clave de su éxito era el secreto, a pesar de unas ganas de compartirlo con sus cuates de confianza... El chiquito había decidido no decírselo a nadie hasta presentar el tesoro a sus queridos padres, imaginándose su felicidad. Todo lo tenía ya planificado, hasta la compra de una casa con un techo de losa para su mami y un carro BMW para su papi.

Carlito no podía entrar de noche en la casa de la muerta porque se hubiera dado cuenta rápido uno de sus hermanos con quienes comparte el cuarto. Estos tienen como un sexto sentido para adivinar cuándo se levanta para ir al baño, ubicado un poco más abajo de la casa, en el barranco, y que se aprovecha para comerse un chuchería a escondidas. Es que su padre le prohíbe esta comida chatarra:

—Con esa mierda, te vas a quedar chaparro, te vas a volver idiota y no vas a vivir muy viejo —le repetía sin cesar.

Pero no entendía Carlito: todos comen tortrix, grandes y pequeños, y a los niños les encanta tortrix más coca. Un día, preguntó a Roberto. Es el sabio de la familia, estudia mucho, quizás un día tendrá el bachillerato. Sin embargo, no comprendió ni papa el Carlito, ¿qué tiene que ver lo que comes con tu cerebro? Seguía con la duda, pero sí tenía claro que vivía en un mundo de chaparritos. Pensando en eso, le daban más ganas de ir a la conquista del mundo.

No le fue tan difícil penetrar en la casa de doña Margarita. A esta hora, la calle estaba casi desierta. Se aseguró de que nadie miraba en su dirección y se subió rapido al muro del vecino, don Paco, por la esquina, unos dos metros y pico, y se dejó caer en la terraza del frente. Luego pasó por debajo de unas de estas láminas que ya desde un tiempo necesitaban que las ajustaran. Aterrizó en la cocina. Había unos platos sucios con puzunque en el lavatrastos, otros a secar, y

seguramente ya bien secos. Se sentía como que el tiempo se había parado brutalmente. Carlito pensó en la muerta y sintió un pequeño temblor. Trató de tranquilizarse diciendo a voz alta:

—Los fantasmas no existen, es como Santa Claus, es para los bebés.

Penetró en el patio. Se paró. Se oía un ruido. Vio un gorrión chupando unas flores. Le pareció una buena señal al patojo; alguien le había contado que es buena suerte cruzarse con ese animalito. Se quedó un momento mirándolo saltar de flor en flor.

—Yo, si fuera un gorrión, estaría viajando por África —pensó el niño. Se imaginaba gente negra bailando todo el día y comiendo pescados, de esos enormes con espada. Como en la tele. La buena vida, pues.

Sacó un papel y un lapicero y empezó a dibujar el plan de la casa con el patio, puso una cruz donde estaba un níspero. Importante: casi siempre los piratas entierran sus tesoros al pie de un árbol. Un cuadrito para indicar dónde estaba la pila, porque no sería mala idea esconderlo debajo de esa cosa que pesa toneladas. Bueno, buena idea, pero mala para él: ¿cómo haría solito para desplazarla? ¿Un palo fuerte? ¿Una grúa? De estas que usan para instalar los postes de luz como la que vio el otro día en la Veinte donde les desplazan para ampliar la calle. Necesitaría ayuda. Compartir el proyecto con otra gente, mala onda. Decidió seguir con el dibujo para no desanimarse imaginándose dificultades insuperables para un varoncito.

Iba bien. Ya tenía en su hoja de papel la casa con el patio, la cocina, el corredor, tres habitaciones, el baño y la terraza. Sacó su lapicero rojo para marcar los lugares donde podría encontrarse el tesoro: el níspero, la pila y la cama. ¿Por qué la cama? La abuela de Carlito solía esconder sus pesos debajo del colchón. Así hacen los viejos porque no pueden caminar mucho para verificar regularmente que sus ahorros están donde les dejaron. Oyó otro ruido, voces. Se asustó. ¿Era frente la casa, en la calle, o adentro? Se escondió donde se encontraba, atrás de la pila. Se oía gente hablando en la habitación de la entrada. Ya estaban cruzando el corredor para llegar al patio. Carlito pensó en comerse el plano, como en las películas, para que no supieran de sus intenciones por si lo pillaban.

—¿Sabes qué? Este ranchito no vale mucho, no te ilusiones, vos —dijo una voz grave.

—¿La construcción, dices tú? Calculo que no más de cincuenta mil pesos, pero el terreno sí tiene su precio.

—¿Cómo así?

—Por la ubicación, hombre.

Se rio la otra persona:

—¡No estamos en Zona 14, vos! Aquí es barrio de pobres.

—No creas. Estamos a diez minutos de La Pradera, del centro de la

capital.

—Tienes razón, pero aquí solo viven pobres, te puyan con tortilla tiesa.

—¿Será? Di un vistazo cuando llegamos, hay unas casonas que no rechazaría si me regalaran una.

—Puede ser, puede ser. Quizás valdrá mucho dentro de unos años, cuando los promotores busquen lotes para montar edificios de oficinas…

—Seguro, te lo aseguro. Es cuestión de paciencia.

—Pero mi tía de Huehue lo quiere vender ya.

—¿No la puedes convencer de esperar un poco, que el terreno va a tener…?

La otra voz le cortó:

—Olvídalo, estamos en apuros en Huehue con ese pinche crédito por la ferretería.

—¿A nombre de quién está?

—De ella, hombre, pero se lo tomó para toda la familia, y la vieja tiene derecho a descansar un día, ¿no crees?

—Claro, claro, no me malentiendas. Pero si tuviera la lana, yo se lo compraría.

—Y yo, no te imaginas —suspiró el niño agachado, temblando de medio—. Cuando sea millonario, pero si tienen tanta prisa, va a ser pisado…

Se rio entre dientes la otra voz:

—Primero, me devolverías el dinero que me debes, ¿no crees?

Silencio.

—¿Qué están haciendo? —se preocupó Carlito. Torturado por el goteo del chorro de la pila, tenía unas ganas de mear…

Se oyeron pasos pesados que llegaban hasta el patio.

—Viste, un níspero, bonito.

—Es viejo, da frutas pequeñas, una miseria, vos.

—Pequeñas, pero de las buenas, me recuerdo.

—¿Pero hace cuánto?

Se rio la voz:

—¡Hace tiempo, como unos trescientos días!

—¿Así que venias a menudo a visitar a tu tía?

—No tanto, digamos que cada vez que me encontraba en la capital, siempre la visitaba. Muy buena gente, ¿sabes? Pero muy sola. ¡Aparte de su gallo, no tenía con quién platicar en casa! Otra risa.

—¿Sus inquilinos?

—Gente que salía temprano y regresaba tarde…

—¿Nunca pensó casarse de nuevo?

—¿Bromeas? Odiaba a los hombres.

—¿Qué me baboseas vos? Estuvo años con ese…

—Luis.

—Pues sí, Luis, y cuentan que era una pareja feliz, ningún lio; bueno, dice la gente.

—La gente, la gente, si les pones atención a todas las tonterías que cuenta la gente, es otro mundo, por supuesto lleno solamente de defectos.

—No te entiendo, vos, de ellos hablaban bien, bueno, por lo menos conmigo.

—Mira, yo crecí unos años aquí, entre estas paredes, se metió con ese Luis más que todo para salir de Huehue, pero puedes pensar lo que quieras, está bien.

—Quizás tienes razón, todos tenemos secretos.

—¿Algo que esconder, tienes algo que esconder?

—No, pero…

—No te preocupes, no me interesan tus secretos, mano.

—¿Tenía otros secretos doña Margarita?

—¿Como qué?

—Ya sabes, vos…

—¡No me digas que crees esa historia del tesoro, por favor!

—¿Y por qué no, vos? Dicen que don Martín era su lechero después de la desaparición de Luis y que enterró su fortuna en la casa de la mujer.

—Vámonos, tengo filo, no desayuné. Si quieres buscar el tesoro de mi tía, te presto un azadón, con mucho gusto, y buena suerte. Son temas para piratas y niños, nada más.

A medianoche estaba todavía despierto Carlito. Capitán de un inmenso y espléndido barco corsario, con solo niños como tripulación, admiraba cómo avanzaba rápida y silenciosamente la nave con todas sus velas afuera:

—Si no lo creen, mejor para mí. Qué ingenuos los adultos…

7

Marco no había aceptado oficialmente el trabajo. Sin embargo, tenía curiosidad. Claro, para variar, Ana Beatriz iba con sus comentarios insidiosos:

—Tienes que ayudar a la pobre gente también, no solo los fichudos, ¿no crees?

¿Qué podía responder a eso? Él, que ni siquiera recordaba haber hecho de su vida una investigación contratado por un millonario que le hubiera permitido jubilarse en la Riviera Maya o cualquier lugar con playas de arena blanca y margaritas a voluntad. Por otro lado, no le gustaba la idea de meterse en un lugar cerrado, un barrio donde no se podía contar de ninguna manera con el anonimato indispensable para un detective eficaz, o que pretendía serlo. Pero, de hecho, ya tenía unos meses sin chance y se sentía aburrido. Este día martes, a finales de la mañana, entró a pie por el único acceso que tiene el barrio de Santa Mónica. Ya sentía en su espalda las miradas inquisitivas de una señora vendiendo tamalitos de chipilín en la primera esquina y de un empleado municipal recogiendo basura en la calle. Basura se encontraba un montón, bolsas de comida chatarra y de agua pura que un viento fuerte dispersaba por todas partes. El detective caminó a lo largo de un lote vacío de donde emanaba un olor a putrefacción.

—¿Puede ser que nuestro pueblo, por falta de educación o lo que sea, tire también los cadáveres de sus chuchos en la calle? —se preguntó. Porque Marco ya tenía desde hace mucho tiempo su opinión sobre el asunto de si la calle es de nadie o de todos. Estaba convencido de que si por otras partes, como La Pradera o la carretera a Salvador, se veían más limpias las calles, era por el mantenimiento asegurado por la Muni y por la administración privada de los centros comerciales y no porque viviera ahí gente supuestamente más educada. Recordaba la anécdota de un escritor que había tenido que exiliarse en México. Contaba que cuando regresó a la patria, no se había olvidado de esos carteles que avisaban que “este rincón de la calle es público y se pide demostrar su cultura”. Más que todo a estos coches que tienen la mala costumbre de sacar su paloma en cualquier lugar cuando les vienen las ganas.

—Pero hubo cambios importantes durante mi ausencia —comentaba el autor—, de olor a pis pasamos a olor a popó.

—Tenía razón, mejor tomarlo con humor, si no nos vamos a desesperar más en cuanto al futuro —pensó el detective. Más

población, más basura, más…

Bajando la calle principal, descubrió que no todo San Ildefonso Pinulo lucía como se lo imaginaba. Otro cliché, pensó, que ya se había tragado, invitado un día por familiares de un amigo suyo, Negro, a una cena en la Zona 14 de la capital, en una pura covacha de cartón y láminas. Marcos oyó un zumbido fuerte. Levantó la cabeza. Un helicóptero se aproximaba y dio varias vueltas volando muy bajo, arriba del pueblo. Entre las casas, se escucharon varios gallos histéricos.

—¿Qué será? —preguntó Marco a dos vecinos sentados en la orilla de la banqueta, dos viejitos leyendo algo parecido a un periódico mientras tomaban el sol.

—¿Usté no es de aquí? —interrogó uno.

—Como que necesitas que te lo confirmen —pensó el detective—. Pues no.

—¡Es el Zemelo, vino a pasear unos días en su país! —bromeó el otro anciano.

—El Gemelo. ¿Quién es?

—El Zemelo, uno de los más millonarios en el país. Tiene su casa allá —precisó, apuntando con el dedo una loma donde se distinguía más o menos la terraza principal e inmensa de una mansión de madera oscura y paredes blancas de dimensiones impresionantes.

Le pareció un poco antiguo el tema a Marco: el señor arriba en su castillo y el pueblo abajo en sus ranchitos:

—¿Solo viene en helicóptero?

—Claro, caballero, así es. Pero viene poco, se pasa la mayoría del tiempo en su isla privada en el Caribe.

—¿Qué sabe usté de eso? —preguntó el otro.

—Una cuñada mía trabaja de empleada en su propiedad en el Lago Izabal y me puso al hilo.

—¡Puchis! ¿También tiene su casa por…?

—¿Qué casa? ¡Una finca de más de cinco caballerías y vienen solamente una vez al año para emborracharse una noche con los amiguitos, y unas amiguitas también, y ya!

—¿Y el personal?

—Trabaja todo el año, limpiando y arreglando, y nada más.

—Buena vida, usté.

—Pues sí, no se queja la cuñada, se lo puedo asegurar. Hace mucho, tuve un trabajito arriba —agregó—. Cuando llegué la primera vez, me equivoqué con la casa de los guardianes, pensaba que era lo del Zemelo.

Se rieron, el otro viejo lanzando miradas cómplices a Marco como diciendo “mire qué baboso este, ¿quién se va a tragar esa píldora?”. Siguió compartiendo sus informaciones de primera mano:

—Y no tiene vecinos.

—¿Cómo así?

—Les ofreció cambiar sus terrenos para otros ubicados por otra parte y la construcción de su casa, así de regalada.

—¿Aceptaron?

—Adivine.

—¿Y eso para qué?

—Pues para no tener vecinos, para tener privacidad y seguridad.

—No entiendo —insistió el otro anciano—: si compró los lotes colindantes, amplió su propiedad y ahora tiene otros vecinos.

El señor sabelotodo escondió su nariz en el periódico, como quejándose:

—Le cuento lo que a mí me contaron, ya.

—Con permiso, señores. —Marco los dejó con sus divergencias, pero satisfecho. Lugar excelente para trabajar aquí, se dijo. Todavía no hice ni una pregunta y ya me conozco la mitad de las historias del pueblo.

A media cuadra, vio a un nene cruzando la calle solo, con paso incierto. Iba a ir tras él cuando oyó un grito:

—¡Papito, venite que te va a atropellar un coche, amor!

La advertencia venía de una señora medio disimulada detrás de un teléfono público. De la tropa de patojas que la rodeaba, una corrió a recuperar al chilazo el aventurero inconsciente. Marco retomó su paseo, pero lo paró la señora que ya había colgado el aparato:

—¿Busca a alguien, don?

Se puso en cuarta el cerebro del detective:

—Me contaron que se puede alquilar una habitación por aquí.

—Hay, pero a saber si hay una libre. Están las de doña Margarita, pero no sé si se puede.

—¿Cómo así?

—Es que fíjese que se murió hace poco.

—Entonces, entiendo que…

—La mataron —le cortó la señora.

—¿Tienen maras aquí?

—No, gracias a Dios. Pero sí la asesinaron, la pobre.

—Qué feo, mucha inseguridad —quiso responder Marco.

Mirando que la doña había ya regresado a la compleja gestión de su numerosa progenitura, aprovechó para seguir su camino. Cruzó cabal frente a la casa de la difunta. En la fachada, una placa de falso mármol decía “Margarita y Luis” con florecitas grabadas. Una cuadra más y llegó a un redondel, el final del callejón. Dio la vuelta y subió la calle principal en sentido contrario. Había de todo en ese barrio, gente bien pobre y gente que no tanto. Le gustaba el lugar a Marco, parecía como una aldea de provincia a unos minutos de la Gran Ciudad. Se

dio cuenta de que había un grupo concentrado frente al lote vacío.

—Van a sacar el chucho muerto, qué bien —pensó.

Se iba acercando cuando de repente varios individuos lo encapucharon con un costal y lo inmovilizaron. Intentó decir algo, pero le pasaron una mordaza. Entró en pánico, agitándose inútilmente. Logró recuperar la calma, respirar despacio, mientras escuchaba:

—¡Denle agua al hijo de puta que mata mujeres! —gritó una voz femenina.

—¡¡Terminemos de una vez, que los demás entiendan que aquí no nos dejamos! —decía otra.

Sintió un dolor en el frente como si hubiera recibido una piedra o un objeto metálico. La sangre empezaba a invadirle los ojos.

—Vamos a traer gasolina —propuso un patojo.

—¡La puta madre que los parió, me van a linchar los cerotes! —se alarmó Marco.

Lo empujaron para caminar unos cien metros y luego lo obligaron a ponerse de rodillas. Mientras recibía patadas en las costillas, trataba de oír lo que se estaban diciendo, pero no lo lograba por el bullicio. Al cabo de unos minutos, lo agarraron para tirarlo en la palangana de un picop.

—Me llevan directo al cementerio, los cabrones…

Poco después, lo bajaron del coche y entraron en un lugar, una sala grande, donde las voces resonaban. No entendía ni papa de lo que estaba pasando. Otros hombres, dos, lo agarraron por los brazos y se lo llevaron al fondo.

—¡Siéntese aquí! —le ordenó una voz autoritaria mientras lo ayudaban para tomar asiento en una silla metálica.

Olía a gasolina. A Marco nunca le gustó el olor. A veces le daban ganas de vomitar en las gasolineras mientras esperaba que le metieran un lleno. Le quitaron el lazo de las muñecas, la mordaza y la capucha. Estaba en un garaje de la Policía, con varios chontes de pie mirándolo. No le dieron tiempo ni de abrir la boca:

—Usted se queda aquí tranquilo. Ni una palabra, ¿me entiende? Primero vamos a sacar a esa gente de la estación y luego hablamos —dijo el oficial antes de salir.

Le dolía todo el cuerpo. Intentó quitarse la sangre que empezaba a secarse en sus ojos. Los tres policías que se quedaron con él no decían ni una palabra. Marco retomó poco a poco la respiración y, sin hacer movimientos bruscos, logró diagnosticar que no tenía nada quebrado. Había pasado como media hora cuando regresó el oficial. Ya no se escuchaba la muchedumbre en la entrada de la subestación. Le pidió su cédula y se ausentó de nuevo. Volvió al cabo de más o menos otra media hora y le devolvió el documento a Marco:

—Por su propia seguridad, lo vamos a transferir a una estación de la capital, cerca, la de la Villa. ¿Usted no es de aquí?

—Es una manía —pensó el detective. Pero no era tampoco el mejor momento para ponerse bravo.

—Vivo en Zona 1 de la capital —respondió.

—¿En la dirección que indica su cédula?

—Así es.

—Muy bien. Vamos a tardar un poco, pero no se preocupe, lo vamos a sacar de aquí.

—¿Sirve si le digo que ni sé de lo que se trata? —preguntó Marco.

—En la Villa, van a tomar su declaración y ahí van a ver lo que hay que hacer. Lo que quiero evitar es que esa gente regrese aquí más tarde y que se nos compliquen las cosas, ¿me entiende?

—Totalmente. ¿Se puede saber de qué…?

—Encontraron el cuerpo de una mujer asesinada en el monte de un lote vacío, allá en el barrio de Santa Mónica. La señora María Morales Alvarado —agregó, dándole un vistazo a un papelito que tenía en la mano.

—¡Puchis, otra, en la misma colonia! —dejó escapar una de las estatuas uniformadas.

—Sí, otra —refunfuñó el oficial—, la segunda en menos de dos semanas.

8

Ya era noche cuando salió de la estación de policía de la Villa. Iba acompañado por el Procónsul, Negro y Conejo, sus compinches de siempre. De siempre, no por los cuates que tiene uno desde siempre, sino que tendrá siempre. Esos se reconocen cuando uno está en problemas, más que cuando todo va por lo mejor. El Procónsul llegó de último, pero, por supuesto, fue el más eficiente para que Marco saliera de ese lío. Por las relaciones que tenía ese cuelludo con adinerados, políticos, funcionarios, abogados y quién sabe qué más. En general, solo las utilizaba para recolectar información por encargo. De eso vivía, pero nunca para asuntos personales. El detective estaba consciente de la situación y la primera cosa que hizo a la salida fue agradecer a sus amigos, en particular al Procónsul, por haber violado, por una vez, sus principios.

En el coche, calculó que en total había pasado siete horas en la estación de policía. La mayor parte del tiempo, esperando información, noticias, novedades, lo que fuera. Negro le pasó una botella de etiqueta roja:

—Dale, papito, con todas esas emociones…

—¡Puta, vos! ¿Te imaginas a nuestro Marco como barbacoa? —se rio Conejo.

—¡Para las delicias de todo el pueblo, por fin tiene un poco de fibra social este Marco! —se rio también el Procónsul.

—A mí me suena más a mi heroína preferida —dijo Negro con tono sarcástico.

—La Santa Virgen —ironizó Marco. Sabían que Negro era hijo de predicador evangélico, fanático en cuanto a la aplicación de sus criterios personales en el hogar. A tal punto que el hijo pródigo había huido de la casa familiar a los catorce años, cuando se enamoró por primera vez y se dio cuenta de la locura paternal según la cual la adorable Julieta, con sus ojos verdes de oriental y sus labios tan pulposos, era el Diablo con cuernos y cola de dos puntas.

—¡No, Juana de Arco, inculto!

¡Y los cuatro compadres muertos de la risa por el sutil juego de palabras del cuate! También por la mitad ya vacía del guaro de Johnny, el hombre que nunca para de caminar. ¡Siempre adelante! Es lo que estaba tratando de hacer el detective, ser positivo y ver solamente la mitad llena de la botella. Pero le costaba un montón, andando entre el traumático y el postraumático, y los dos tenían sus causas: había hecho la misma deposición tres veces, a tres servicios

diferentes del Ministerio Público, o más bien quizás a tres equipos diferentes del mismo departamento del MP, a saber.

—En esas situaciones, uno se pierde fácilmente en los procesos administrativos —pensó Marco, recordándose que cuando un chonte se acercó con su cuadernito para una cuarta disposición, simuló que le iba a dar la pálida de cansancio—. ¿Alguno de ustedes le avisó a Ana Beatriz? ¿Nadie? Mejor así.

Mientras preguntaba, buscó su teléfono:

—¡Miércoles, perdí mi celular!

—Seguro se quedó allá tirado en la escena del casi crimen —comentó Conejo—. Si quieres, vamos de una vez a buscarlo.

Se rieron otra vez y Negro agregó:

—Créeme, ya le cambiaron el chip a tu maquinita y la vendieron. Cuando ves el barrio…

—No estoy de acuerdo —le cortó el Procónsul—, es un cáncer nacional eso de comprar celulares robados. La misma gente que asaltan para palanquearse sus celulares se los compra, obvio.

—Pues sí, pendejos, ¿de qué se quejan? —se rio Marco. Ya se sentía mejor.

Por hábito, tomaron asiento en la pequeña mesa redonda del salón de Marco y empezaron un partido de póquer, acompañados de otra botella de Etiqueta Roja y cigarros; como siempre. Jugaban con frijoles negros: cada frijol valía un quetzal. Cada uno tenía su defecto. Al Negro le gustaban las apuestas grandes, sobre todo cuando iba perdiendo. Conejo, él, nunca dejaba pasar la oportunidad para ver la mano de los demás, lo que podía crear pequeñas disputas si la hora estaba bien avanzada y el índice de alcohol también. El Procónsul apostaba mucho y era el campeón de los faroles bien montados. En cuanto a Marco, le costaba mucho retirarse, así que era una sorpresa general cuando recolectaba pisto al final. Las rondas se seguían una tras otra en medio del buen humor. Había momentos en que todos se quedaban calladitos, a propósito. Creaban un ambiente tenso, dramatizando el juego a gusto. Sin embargo, esta noche, el tema del día se puso rápidamente sobre la mesa:

—¿Te golpearon? —preguntó Conejo a Marco.

—Me iban a linchar, ya te lo dije en el coche, papito.

—No, los chontes…

—¡Estás loco de remate, vos!

—Seguro que ocurre, depende de quién se trata —murmuró Conejo.

—Seguro, en todos los países del mundo ocurre esa mierda —puntuó el Procónsul. Y más cuando sos mujer, se aprovechan. Aquí en Guatemala están confirmados cinco de cinco.

—Pero a mí no me pasó nada —afirmó Marco. Ya suficiente con

esa gente alocada, ¿no?

—Púchica, ¿te imaginas? ¡Trata de asesinarte una manada de histéricos que ni sabes por qué, y luego te dan tu paliza en la comisaría!

—Para que aprenda uno a no encontrarse en el lugar equivocado en el momento equivocado —ironizó el Procónsul.

—Parece un videojuego esa mierda —dijo Negro.

—Cabal, nunca me gustaron los videojuegos —se echó a reír Marco.

Pasó una mano y luego otra. Conejo estaba todo feliz de haber ganado las dos seguidas. Decidieron una pausa de media hora para comerse unas boquitas: sardinas con salsa de tomate pimentada en lata y unos tragos de cerveza, en lata también. Eran las diez pasadas cuando retomaron el partido. Ya no bailaba Conejo, y a Marco le iba superbién. Pero no aguantaba dejar pasar una mano e, insistiendo a veces sin tener nada para ganar, empezó a perder toda su botín. Entre comentarios sobre las rondas y bromas sobre las festividades de fin de año, salió de repente un chiste bastante pesado de Conejo:

—Vos, Marco, vas a tener que aceptar tu nuevo chance si sigues regalando tus frijoles.

La mesa se volvió silenciosa, muy silenciosa. El detective miró a sus cuates uno por uno, dio un vistazo a su juego, agarró un pedazo de sardina con francés y, con la boca llena, declaró:

—Claro que lo voy a aceptar.

De nuevo, silencio total, hasta que el Procónsul dijo:

—Termina tu sardina y piénsalo bien, es peligroso.

—No chinguen, juguemos, pues —dijo Negro.

Retomaron la ronda, y otra, y otra. Le iba de nuevo muy bien al detective, que estaba pensando que un día no puede ser totalmente malo. Hasta que sonó el fijo de la casa:

—Ahorita regreso, no se aprovechen, malditos —dijo Marco levantándose para responder la llamada.

Mientras no estaba, los demás opinaban sobre el riesgo de que su cuate se metiera en nuevos líos y de cómo lo podrían convencer de no hacerlo.

—Ustedes saben cómo es de necio —repitió dos veces Negro.

—Cállate que ya viene —susurró el Procónsul.

Dieron la vuelta para descubrir un Marco medio pálido, medio rojo.

—¿Qué te pasa, hermano, mala noticia? —preguntó Conejo.

Marco tomó asiento, encendió un cigarro y, entre la nube de humo, respondió:

—Fíjense, amigos, que el comemierda que tiene mi celular acaba de amenazarme de muerte.

9

Hacía un calor… De día, de noche, siempre hacía un calor sofocante. Luis era guatemalteco, de la Costa Sur, entonces conocía el calor. Aquí, en comparación, era un calor insoportable. En la capital, en Port-au-Prince, benefician del aire acondicionado en las oficinas. Pero aquí, en Las Gonaïves, donde habían llegado hacía solamente una semana, ya no aguantaba, el olor más que todo, el calor mezclado a la pestilencia de los cadáveres. En muchas zonas, no se podía caminar sin tener agua hasta las rodillas. La misma Catedral del Recuerdo —me daría vergüenza tener un edificio tan plomoso entre tanta miseria, pensaba Luis, y era buen cristiano, siempre lo fue— se parecía más a una nave en alta mar que a un lugar de culto. En el *briefing* de la mañana, él mismo le había respondido a un paisano que preguntaba al oficial francés de la misión de las Naciones Unidas en Haití:

—¿Qué hacemos aquí?, ¿en qué podemos ser útiles, señor?

—Mira, vos, tanta miseria con tanta mala pata con el clima, los terremotos, los huracanes, las inundaciones, eso...

—Sargento Alvarado, no se lo preguntó a usted —cortó el oficial, que remplazaba todas sus erres por jotas—. Tiene toda la razón. Esa gente está bien jodida. Aquí estamos acompañando a la Policía Nacional Haitiana para proteger a las poblaciones civiles del saqueo y de los que se aprovechan de ese tipo de situación. Ustedes ya saben.

—Y para evitar motines —se dijo Luis—, pero eso no nos lo vas a decir, pendejo.

Tenía ya casi un año de participar en la misión, con otras decenas de compatriotas, y hablaban mucho de eso: lo que le da más miedo al blanco en Haití son los motines de los negros. Les llaman motines del hambre, pero tenían claro que era más que eso, algo político, complicado para jóvenes soldados que no habían recibido formación para entender esas cosas.

Mientras avanzaban con el agua casi hasta el cinturón, entre basuras de todo tipo y las miradas impasibles de la población, se repetía una y otra vez entre los dientes:

—Treinta y dos días, faltan solo treinta y dos días para ir a descansar en casa.

Las Gonaïves se encuentran en una región muy agradable, a la orilla del océano con una bellísima montaña atrás. Qué lástima que haya tanta miseria, a pesar de todo… Se rio solo, comparando con Guatemala:

—Igualito, un país bellísimo, pero no saben cómo hacer para ser

felices, vivir en paz.

De repente, oyeron gritos, a dos cuadras. Los soldados echaron a correr: una decena de guatemaltecos, otra decena de latinos, unos europeos y todo un grupo de nepaleses. Una muchedumbre había pillado a dos adolescentes robando en gabachas temporalmente abandonadas. El oficial se puso las pilas. Primero, identificar los líderes, más allá de la muchedumbre que gritaba, siempre son pocos los líderes. Normalmente, era mejor dejar trabajar a las fuerzas locales, pero se habían volatilizado. La ventaja es que este capitán francés, aparte del español y del inglés, conocía también unas palabras de criollo, el idioma que hablan todos los haitianos. Como siempre en este tipo de casos, las mujeres eran las que le metían más leña al fuego. Se lo había explicado a los militares: las mujeres se sienten más responsables del hogar que los hombres y sobre todo de los niños, así que están más enojadas cuando se encuentran en situaciones como estas. Bajo la mirada de su tropa, que tenía la precaución de mantener las armas con el cañón hacia el suelo, el oficial negociaba con dos hombres que parecían dar su ritmo a lo que podía terminar en puro linchamiento:

—Entiendo lo que sienten ustedes, pero asesinar a estos dos niños no va a arreglar nada, lo saben, ¿no?

Afirmar poco y preguntar más, para mantener el diálogo, y mientras tanto buscar el contacto visual. Cuando está establecido el contacto visual, ya está medio arreglado el problema, se puede negociar. El más anciano de los dos hombres le respondió amargamente:

—Mire, señor, no somos asesinos, pero esos delincuentes no respetan nada; esas bandas de jóvenes nos invaden y se aprovechan de la situación para robar lo poco que tenemos. Hay que dar ejemplo para que entiendan.

—¡Sí, sí! —gritó la gente amontonada mientras los dos varones, temblando de terror, se escondían entre los soldados.

—¿No tienen padres estos dos? —interrogó el oficial.

—¡Claro que tienen! —opinó el otro, más joven—, con sus mismos padres se comportan como ladrones esos ingratos…

—¿Y dónde están?

—Por aquí está la tía con la que viven —respondió el viejo designando la muchedumbre con su barbilla.

—Pues, llámenla.

—No habla criollo, señor.

—¿Cómo así?

—Es dominicana —suspiró el joven.

—Ya entiendo mejor —pensó el capitán—, sabiendo el odio que se tienen los haitianos y los dominicanos. Son todos descendientes de

esclavos africanos, siempre tienen un antepasado que viene de la otra parte de la misma isla, pero ¿cómo explicar que los primeros, que se ganaron su independencia con sangre, sean todavía los peones de las fincas de los segundos? Bueno, de ciertos de ellos, porque la mayoría en Dominicana no viven mejor que la mayoría en Haití. Sargento Alvarado, ¡acérquese, por favor!

—Su madre, me toca —se dijo Luis—. ¡Mi capitán, a sus órdenes, mi capitán!

—Traten de identificar entre la gente a una mujer dominicana, que parece que es la tía de estos dos.

Con precaución, varios militares latinos caminaron entre la muchedumbre preguntando sobre la señora. Un grupito de mujeres se puso a gritar de nuevo que ya no había tiempo para esos juegos, pero el viejo les pidió paciencia.

—Vamos bien —pensó el oficial. —Ya está más calmada la gente. Él mismo, de carácter bastante impulsivo, sabía por experiencia que la peor de las iras se cansa de un momento a otro, es solo cuestión de tiempo.

No tardaron mucho para encontrar a la dominicana. Era una mujer pequeña, muy flaca, con ojos grandes y temerosos.

—No se preocupe, señora —la tranquilizó el capitán. No le va a pasar nada. ¿Usted es la tía de estos dos niños?

La señora lo miró como que si se acabara de bajar de una nave espacial proveniente de Urano.

—Sargento Alvarado, usted que sabe hablar los dos idiomas hágame de traductor, por favor.

—Mi capitán, ¡a sus órdenes, mi capitán! A que por fin me sirve haber tenido una amiga francesa. Bueno, sí y no, porque el oficial hablaba perfectamente español, pero lo de la traducción era otro truco de las estrategias de negociación para ganar tiempo.

Luis preguntó a la señora, pero, en buen chapín, en lugar de traducir de inmediato, empezó a conversar con ella. El oficial se puso nervioso:

—Sargento, ¿todo bien?

—Sí, mi capitán, ¡a sus órdenes, mi capitán! La señora aquí presente confirma ser la tía de estos dos jóvenes aquí presentes. Sus padres murieron en un terremoto en República Dominica, son huérfanos y ella los tiene a su cargo.

—Vea, usted, oficial, la misma gente pobre roba a los suyos —comentó el viejo.

—Sí, lo sé, lo sé… —murmuró el capitán—, es una lástima. Sargento Alvarado, pregunte a esta mujer sobre el comportamiento delictivo de sus sobrinos.

—¡Sí, mi capitán, a sus órdenes, ¡mi capitán! Ya la pregunté, mi

capitán.

—Pues, ¿y que dice?

—Que si los linchan, se lo merecen, mi capitán.

El oficial miró a la dominicana con ojos de sapo: ¿lo pensaba sinceramente o es que no había encontrado otra manera para tratar de salvar a los dos chavos? De hecho, la mara estaba cambiando de loma:

—Tampoco se puede esperar la muerte de un familiar suyo, vos, menos un niño… —opinó una mujer del grupito más agresivo.

—¡Claro que no, que horror, sería una monstruosidad! —exclamó una de sus compañeras.

—Bueno, nos llevamos estos dos, unos días en la cárcel les permitirá reflexionar un poco —decidió el capitán—. ¿Estamos? —preguntó mirando al viejo.

—Lo que usted diga, señor.

Nadie protestó.

—Le agradezco su eficaz colaboración, Sargento Alvarado —le dijo el oficial en el camino de regreso, y quiero saber dónde estaban metidos esos pinches policías mientras estábamos manejando esa mierda.

—¡Sí, mi capitán, a sus órdenes, ¡mi capitán! Solo treinta y dos días y ya estoy en casa —suspiró discretamente el sargento.

¡Cómo extrañaba San Ildefonso Pinulo! Se imaginaba tomando su cafecito en la madrugada fría de Santa Mónica, admirando los volcanes desde el techo de la casa familiar, jugando un partido en la cancha y luego compartiendo unas cervezas con los cuates. Retomando el coqueteo con la María, quizás era más morena y brava que lo que hubiera querido, pero tenía ojos negros enloquecedores. Descansando en su cama, las dos tablas que le servían de cama, y montando planes complicados para lograr tocarle sus magníficos pechos. Andaba en esas cuando lo llamaron. Y cinco minutos después ya estaba en la oficina del oficial:

—¡Sí, mi capitán, a sus órdenes, ¡mi capitán!

El francés le señaló la silla frente al escritorio:

—Siéntese, sargento, por favor.

—Con permiso, mi capitán.

—Luis, ¿lo puedo llamar Luis?

—Claro, mi capitán.

—Luis, le tengo una mala noticia.

—La gran puta, me dan seis meses suplementarios —empezó a sudar el sargento, si es que se podía sudar más todavía.

—Luis, usted es hijo de la señora María Morales Alvarado, ¿así es?

—Pues sí, mi capitán, ¿le pasó algo?

—Fíjese, Luis, que su madre se murió hace cinco días. Mil perdones, la información acaba de llegar ahorita.

Se le cortó la respiración al sargento, se le cayó el mundo encima, su cabeza iba a explotar. El oficial le estaba diciendo algo, movía sus labios y lo miraba fijamente, pero no oía sus palabras, trataba de no llorar y le rezaba a un dios ausente:

—Señor, me quedo aquí más años en este infierno, si así es Su Voluntad, pero quiero ver mi mami cuando regrese a casa.

10

Don Paco siente un picazón en la nariz: forastero acercándose. Le encanta sentirse como un faro y, a través de la ventana del segundo piso, da una mirada periférica desde la izquierda, con el panorama de los edificios de las Zonas 13 y 14 de la capital, con las montañas y el valle que hay que cruzar para llegar por Chimaltenango en el fondo, pasando por las torres de la Zona 10 que empiezan a salpicar esta parte del paisaje, hasta la derecha, con las montañas de Pínula, donde se puede leer el clima de las próximas horas según como se ve arriba, con o sin nubes, con o sin neblina. Don Paco baja la vista sobre la calle principal. Ahí está. Un tipo medio viejo, caminando despacito, con barba, sucio, puro vago. Anda con un costal, sucio también. Don Paco enciende su radar, modo indirecto: mirando el cielo, pero te tengo bien controlado, no te preocupes. El tipo raro —si no es del barrio, es raro— avanza como perdido, recogiendo de vez en cuando un papelito, basuritas. Con sus mochilas escolares en el hombro, tres jóvenes lo cruzan, haciendo un gesto de la mano antes de compartir entre ellas un comentario que don Paco puede imaginarse:

—¡Cómo apesta este señor, guácala!

—¿Qué dices? —le pregunta una voz adentro de la habitación.

—Miércoles, ahora pienso a voz alta. Debe ser por la edad… Nada, nada, hablando solo —le responde a su esposa.

—No te escuché —le dice, acercándose.

Ya está a su par, mirando también para afuera.

—¿No puede seguir trapeando, haciendo lo suyo y dejarme tranquilo? —suspira don Paco.

—Mira, ¿viste ese vago ahí? —cuestiona ella.

—¿Dónde?, ¿de qué me estás hablando?

—Este señor ahí, frente a la casa de doña Esmeralda, ¿no lo ves?

—Pues no.

La mujer suspira y se va, refunfuñando:

—Habla solito, está medio sordo, no ve ni mierda, no da en la cama, y es mi marido...

En la banqueta de enfrente, doña Rosa sí vio al vago y ya está compartiendo esta información de primera mano con su esposo, quien estaba medio dormido agachado sobre el mostrador de su tienda:

—Venite. ¡Apúrate! Hay un tipo raro que se está acercando.

A pesar de ser un ex kaibil de las tropas de élite del Ejército, según lo que pretendía un tatuaje en su antebrazo, don Chepe se tardó un montón para ponerse de pie y llegar a juntarse con su mujer ya

instalada en su papel de guardiana de la nada, en la calle frente a la tienda. Don Chepe ya tiene años de haber entendido que la mejor manera de no tener conflicto con su esposa es hacer todo lo que quiere ella y como lo quiere. Le cae bien este sistema porque sentirse responsable de lo que sea lo marea.

—Es un tipo borracho —afirma.

—¡Que no!, un vagabundo, es un chucho sin dueño. Espero que solo venga de paseo y que no se vaya a instalar por aquí.

—¿Dónde se instalaría, el pobre? —ironiza don Chepe.

—Nunca se sabe —responde la señora con un tono perentorio—, podría acampar ahí en el lote vacío, y con todo lo que pasó últimamente, Jesús, María y todos los santos de Dios…, nunca se sabe —repite, como que su marido fuera demasiado ingenuo para imaginarse todos los peligros que pueden acecharlo a uno—. No terminé el inventario de las aguas, quédate aquí, por si acaso.

—Olvídate de la siesta… —se dice don Chepe y se queda de pie a la sombra de las láminas que protegen la entrada de su negocio de las lluvias. Se da cuenta de que don Paco está agachado en su ventana, pero ni lo saluda. Este pendejo, que no tiene otra cosa que hacer que pasarse el día vigilando a los demás. Todavía ayer, su esposa lo estaba comentando con doña Jacinta:

—Me pregunto de qué viven, nunca trabaja este viejo.

—Debe tener un negocio en otro lugar, algo que es mejor esconderlo —había supuesto la elefanta de la tortillería.

—De todas maneras, se lo toma —había susurrado doña Rosa.

—¿Cómo así?

—¿No se dio cuenta usté de todas esas botellas que tiran a la basura?

—¡Cómo no! —se había exclamado doña Jacinta, buscando una salida honorable a esta conversación, porque a ella le gusta tomarse su traguito de vez en cuando y seguro que esta zorra de doña Rosa lo sabía y lo comentaba con las demás—. ¿Piensa usté que es alcohólico?

—No sé, no sé, pero no respeta a los demás.

—Tiene toda la razón, esa gente no respeta.

—Respeto, respeto, la gran palabra… —está mascullando don Chepe. La palabra mágica: el primero que la pronuncia incomoda al otro. ¿Quién respeta a quien en este pinche barrio?

Vuelve a la función que se le ha atribuido: vigilar al vago. Lo tiene a no más de veinte metros, el pobre infeliz. Apesta y tiene una mirada de bobo. Difícil darle su edad, quizás cuarenta. Levanta la cabeza y le dirige una sonrisa idiota a don Chepe. Este le responde con un gesto amistoso de la mano. Porque a pesar de que las misas que organizan con su mujer en el garaje dos veces a la semana lo aburren, la religión le ha enseñado la piedad. Pasa una vecina que está regañando a su

hijo, y el patojito, que tiene como ocho años, llora:

—¿Quieres que te digan que te comportas como una niña?, ¿eso quieres? —le pregunta mientras lo jala del brazo como para arrancárselo.

El güiro sigue sollozando:

—Entonces, compórtate como un hombre, ¡y no seas tan chillón! —le grita mientras se alejan.

Don Chepe trata de encontrar los ojos del vago, pero no lo logra. El tipo está hablando solo, o como si estuviera con otra gente. A veces se agita, parece que estuviera pasando algo grave. De repente, se para para mirar el horizonte con un rostro de niño encantado. Don Chepe entiende que está admirando la puesta del sol. Le cae bien el vago. Para él, observar el cielo a esta hora, mientras pasa lentamente del azul al rojo y luego a la oscuridad, sigue siendo uno de estos pocos momentos donde se siente todavía feliz. Así que cuando se aprovechan del vago dos niños con cara maliciosa, aún no han hecho ni dicho nada, les grita que ya es tarde y es hora de que vuelvan rápido a casa de sus padres.

—Qué bien, qué bien, lo hago mejor que el mismo gran Sherlock Holmes… —murmura Marco en su barba falsa.

11

—¿Ya lo tiene?

Demetrio Vinicio Gómez estaba sudando a gotas gordas:

—Casi, casi, me da un tiempito más, porfa.

—Mire, ya tiene dos días con este informe y me urge. Lo quiero a más tardar a mediodía —insistió el oficial y salió de la oficina sin esperar otra respuesta.

El policía retomó las dos hojas ya redactadas para encontrar más inspiración, pero nada:

—Bueno, resumiendo. Asesinan a dos mujeres adultas en el mismo barrio a pocos días de diferencia. En ambos casos, las golpearon en la cabeza con una piedra, según los forenses. Él que tira la primera piedra… —pensó, pero tenía que concentrarse, concentrarse.

Repasó los testimonios de los familiares y luego los de varios vecinos. Nada interesante, nada que pareciera ser una mínima idea de una pista. Dejó su mirada vagar en las paredes grises que tenían como solo adorno un afiche que afirmaba que la justicia es gratuita y no se debe dar mordida a ningún funcionario, otro sobre la trata de personas y un tercero explicando cómo orientar, derivar dicen, el caso de una mujer víctima de violencia intrafamiliar. Ahí tenía Demetrio su argumento para la pinche hipótesis. Recordaba con nostalgia su puesto anterior, en Jalapa, de donde era él. Allá, el jefe no exigía hipótesis, solo hechos. Mala pata, aquí el oficial era un estudioso:

—Un policía puede hacer más que relatar hechos, debe tener la posibilidad de expresar su opinión si tiene una idea interesante. Tiene que proyectarla. Después les toca a los investigadores retomarla o no.

El problema es que no se entendía bien eso de la hipótesis. Para su primer informe, Demetrio tuvo la idea genial de buscar en internet. La definición del diccionario empezaba con una *f*.

—Ok, palabra femenina. Eso no me ayuda mucho.

Siguió su lectura: “Teoría, suposición de una cosa que puede o no ser posible”

—Claro, si supongo algo, puede ser que sí o puede ser que no —ironizó el polaco—. ¿O ambos? —se preguntó, pero se paró sintiendo que se iba a complicar la vida más de lo necesario—. “Es la propuesta tentativa acerca de las relaciones entre dos o más variables y se apoyan en conocimientos sistemáticos organizados”. —Ahí era obvio que esa frase no quería decir nada, salvo que sí había que clasificar los hechos, porque al jefe le había quedado muy claro este aspecto—. “En otras palabras”, qué bien, viene una explicación más concreta —pensó

—. “En otras palabras es la respuesta tentativa a un problema y se pone a prueba para determinar su validez”. Miércoles, pura paja… —continuó—: “Es una suposición de una supuesta investigación que suponemos que va a pasar, pero supuestamente no es una supuesta verdad, pero puede ser un suceso que pueda suceder en determinado momento”. ¡¡Púchica, lo hacen a propósito para que no se entienda! Investigar, lo están haciendo, ok. Y a pesar de no tener muchos estudios, Demetrio se dio cuenta de que estaban hablando de hechos: —Confunden todo, no sirve—. Buscó otras definiciones, pero era siempre la misma, o peor. Volvió al afiche donde se explicaba la gestión de los casos de violencia contra las mujeres. Seguro que por ahí podía encontrar algo. Recordaba cuando una señora de otra institución había llegado a darles una ponencia sobre el tema. Les había contado que ahora existía una ley para prever este problema y solucionarlo.

—Está bien, pero vamos a tener un trabajón —había reflexionado Demetrio.

Donde vivía, no era raro que su padre le pegara a su madre, sobre todo cuando regresaba de la cantina, de sus papalinas, es decir, casi cada sábado o, mejor dicho, cada domingo por la madrugada. De sus hermanos, dos daban frecuentemente palizas a su hermana de quince años. Ni hablar de los tíos con sus esposas. Incluso se lo comentaban entre ellos y les daba risa. Por esta razón era que, desde chiquito, a Demetrio le caía mal este rollo. ¡Los vecinos, pura lata, no hacían nada porque actuaban igual con sus mujeres!

Les explicaron también que en Guatemala era un problema generalizado, por todas partes. La señora había dado una cifra y Demetrio había hecho su propia deducción: unas tres mujeres son asesinadas por día. Asesinadas por sus propios familiares.

—Lo que decía —pensó—, un trabajón.

—Pero asesinan más hombres, ¿no? —había preguntado una colega.

La señora había quedado con la boca abierta antes de retomar sus explicaciones de que estos hombres que matan a las mujeres lo hacen porque no las quieren.

—¿Qué es eso de no querer a las mujeres? —se había interrogado el policía.

—Entonces, sabemos que son huecos que las matan —había afirmado otro colega.

—No, a los homosexuales los matan también —había replicado la conferencista.

—Ahí sí que me pierdo —se había desesperado Demetrio—, nadie quiere a nadie y se matan todos entre ellos.

Se levantó, observó de nuevo el afiche un buen momento, volvió a

su silla y sus dedos empezaron a bailar en el teclado de la computadora: “Hipótesis: La violencia contra las mujeres está generalizada en el país. Ambas mujeres fueron asesinadas por hombres que no las querían”. Reflexionó un poco y retomó la última frase: “Ambas mujeres fueron asesinadas por hombres que no las querían o que las querían demasiado”.

—Ahora hablo como un pinche académico —se rio.

Retomó de nuevo la misma frase: “Ambas mujeres fueron asesinadas por hombres que no las querían o por celos”. Se le vino la duda: Sí, pero ¿dos en pocos días en el mismo lugar? No, está bien, es un problema general, pegan a muchas, asesinan a muchas, entonces existe una fuerte probabilidad de que ocurran dos en el mismo momento, en el mismo lugar. Satisfecho de su conclusión, imprimó el informe y se fue a dejarlo en el escritorio del jefe:

—Después del lonch, me meto al internet a ver eso de probabilidad —se propuso, feliz de la vida de haberse quitado de encima este pinche informe.

Al regresar a la comisaría, se puso a leer la prensa mientras un colega miraba fotos de Nueva York en la computadora y otros cinco estaban comentando el partido de la noche anterior donde los Cremas les dieron duro a los Rojos, más que de costumbre, según los primeros. En una página de la web, mencionaban varios asesinatos de mujeres:

—Es increíble todas esas mujeres que matan, ¿no? —preguntó a los demás.

—No paran, esos cerotes —respondió uno.

—¡Un día nos vamos a quedar solo entre hombres en este país! —bromeó otro.

Y de reírse todos, porque les gustó el chiste, por cortesía o, como Demetrio, porque ya tenía asegurado el éxito de su hipótesis.

—Demetrio, te llama el jefe.

—Cabal… —pensó Demetrio.

El policía se levantó, sonriendo, tranquilo. Cruzó el corredor y se presentó en el umbral de la entrada de la oficina del oficial:

—Permiso.

—¿Demetrio? Pase… ¡Míreme esa hipótesis! ¿De dónde sacó esas pendejadas de novela policiaca de la puta madre?

12

Cuando llegó el sargento Luis Alvarado a casa, ya todo estaba terminado. Solo quedaba un pedazo de nilón negro clavado en la puerta de entrada. La velada en la casa había tardado tres días y dos noches. Doña María Morales Alvarado había previsto y organizado todo: el cajón, la propina para el personal de la funeraria, la procesión, los tamales, el pan, el chocolate y el café, hasta las aguas para los pequeños. Era una mujer planificadora, en todo.

—En todo, casi —pensaba Luis—, hay cosas que no se pueden organizar. El día y la hora de tu muerte, por ejemplo. Al final, la vida es como la guerra, puede ser una mina, puede ser un carro manejado por un borracho.

No quería criticar a su mami, menos ahora que estaba ausente para siempre, pero muy al fondo de su corazón, el hijo preferido, el consentido de la familia estaba convencido de que su madre, con un pequeño esfuerzo más, hubiera podido llamarlo antes de desaparecer. ¿O es que ella había preferido que él no estuviera presente cuando llegaran sus últimos suspiros? Fue la primera pregunta que le hizo de pie frente la tierra todavía fresca. La tumba estaba en el extremo del cementerio de San Ildefonso Pinulo, a orillas del barranco.

—Buen sitio, seguro que te gusta, silencioso, y con esta brisa, qué bien…

Dando un vistazo en los alrededores, vio otra tumba, de tamaño muy reducido, con una pequeña cruz de metal, donde la fecha de nacimiento y la fecha de la muerte coincidían. Se acercó. Estaba equivocado: era el mismo año, el mismo mes, pero con dos días de diferencia. Luis sintió escalofríos y regresó a sentarse a la par de la tumba de su madre, invadida de flores y con una corona de la Cofradía de Santo Tomas, de Chichicastenango, donde había nacido ella. Cada año, en Semana Santa, agarraba una camioneta para ir a prestar allá el servicio comunitario que le correspondía. ¡Cuántas veces su marido le había preguntado!

—¿Por qué no prestas tu servicio aquí? No me gusta que andes así sola por las carreteras, ya lo sabes.

—Aquí no hay cofradía —le respondía con voz melancólica.

Así era: cuando no tenía ganas de conversar, no conversaba, y ya. Luis dio una mirada en otras tumbas, mejor dicho, cubos de cemento. Así los llamaba su mami, cubos de cemento. Varios de ellos podían contener hasta nueve, doce cajones. Juntando ahorros y con las remesas que enviaban dos hermanos instalados en Los Ángeles,

California, la familia hubiera podido tener uno. Pero doña María Morales Alvarado no quería oír ni una palabra del tema:

—Por nada del mundo iría a vivir en un edificio que no sabría lo que es mío o no, entonces… Esas cosas parecen gallineros, yo no soy un animal para que me metan ahí.

Si alguien insistía, se reía:

—Los gusanos los tenemos adentro desde el primer día. Que no crean que no les van a alcanzar en su casita de bloques. Se quedaría encerrada mi alma ahí, ¡qué horror! —Se echaba a reír y salía en el patio a darle grano a su gallo y sus gallinas para indicar que se había agotado la discusión.

Luis trataba de encontrar el recuerdo más lejano que tenia de su mami. Era cuando sentía su mano acariciándole el pelo, de la frente hacia atrás, diciéndole "mijito lindo". Cuando cayeron en una emboscada en el Congo y que creía que iba a dar cuentas a Dios, en ese momento preciso estuvo pensando. Se puso a llorar, y se reprochó de no haber estado al lado de su madre en sus últimos instantes. Se desahogó con su padre. ¿Por qué no le había avisado? Recordó que la habían asesinado. No habían podido avisarle de inmediato. Ya era demasiado tarde. Empezó a ahogarlo un sentimiento de venganza. Intentó quitárselo, pero no podía. No lograba calmarse, tenía muchas preguntas, muchas. Se imaginaba un accidente, una pifia, un chiflado que mataba a las mujeres sin razón, una venganza. Cuando había regresado al barrio, apenas había respondido a los saludos de la gente con la que se cruzaba en las calles; a su padre, que se había refugiado en un letargo mudo, no sabía ni qué decirle. Se encerró en la bodega. ¿Quién? Cuando se despertó, ya era el día siguiente. Salió sin desayunar y se quedó un buen tiempo bajo la llovizna. ¡Qué rico, qué rico, el frío, la lluvia! Se sintió un poco egoísta, pensando en los paisanos que se habían quedado en Haití. Pero él también tenía sus problemas. Los iba a solucionar. ¡Qué sí! Mientras se tomaba su cafecito con pancitos, queso crema y chiltepe en la cocina, sus hermanas le informaron que otra señora también había sido asesinada, unos días antes que su madre. Preguntó sobre lo que hacía la policía.

—La policía, pues, vos ya sabes… —suspiró su padre—. ¿Qué les importa la gente pobre? Los ricachones tienen la suya propia, de policía. No sirve la policía, mijo.

Sin embargo, se fue a la comisaría a preguntar. Lo hicieron esperar un montón. Sentado ahí, pensaba que todas las comisarías del mundo se parecen, grises y tristes. Le llamó la atención una pizarra grande donde anotaban el número de tipos de exacciones y crímenes cometidos cada mes en la zona. Miró la columna correspondiente al mes en curso y luego las filas donde aparecían los números más grandes: robos de celulares, muertes por arma de fuego, violencias

contra mujeres. Se quedó asombrado por la última cifra, comparando con lo que sabía del tema en Haití. Sabía también que las cifras siempre están por debajo de la realidad, más que todo en el tema de las violaciones sexuales:

—Se la meten por el culo sin autorización, ¿y luego la víctima se va a ir corriendo al puesto de policía más cercano a contárselo todo a desconocidos? —les había preguntado una teniente bastante enojada por la supuesta ingenuidad de los militares. Tenía modales de hombre esta chafarota, según decían unos, pero no obstante… Nadie había respondido nada, por supuesto, todos habían permanecido de pie, bien alineados y en silencio. Un idiota no logró aguantar, susurró una u otra babosada al colega que tenía a su derecha. Pasó sus dos semanas en el calabazo:

—Para que el macho, si es que lo es, sea por lo menos respetuoso, el cabrón —había explicado la teniente en un exceso de afán pedagógico.

—Demetrio Vinicio Gómez, para servirlo, sargento Alvarado.

—Buenos días, perdone la molestia, es que…

—No hay pena, ya me informó el jefe de quién es usted y me pidió responder a todas sus preguntas. Que no es mucho porque no somos encargados de la investigación.

La cara de Luis se puso interrogativa.

—Se pasó el expediente a la unidad responsable de este tipo de casos, allá en la sede del MP en Zona 1 —explicó el policía.

—Sí, entiendo, ya me avisaron de eso por teléfono —replicó el militar.

Luis se sentía incómodo. Tenía la impresión de que había venido en vano. Le caía mal que el chonte jugara nerviosamente con un lapicero; era demasiado obvio que él también se sentía incómodo.

—Mire, yo acabo de llegar después de una ausencia de más de un año, así que ando un poco perdido. Tengo entendido que es el personal de aquí el que le preguntó a la gente y que recogieron testimonios en el barrio.

—Así es —respondió secamente el polaco.

—¿Y ustedes no encontraron pistas a partir de esa información?

—¿Pistas? La gente no dice nada, o muy poco, usté ya sabe. De hecho, tenemos dos. Una muy general y una más precisa, pero inválida.

—A ver…

—La primera, la general, no le va a gustar, no se ofenda.

—Por favor, estoy aquí para escuchar —comentó Luis, a pesar de que empezaba a preocuparse en serio—. ¿A dónde quiere llegar ese? —se interrogó.

—¿Vio el cuadro? —le preguntó mostrando la pizarra.

—Pues sí.

—Entonces se dio cuenta de que hay…

—Sí, sí, entiendo, muchas mujeres…

Ya no quería quedarse un minuto más, no servía ni mierda esta visita.

—Bueno, el punto es que en la gran mayoría de los casos se trata de violencia intrafamiliar.

—Entiendo. No me ofendo, siga por favor —dijo Luis, que se sentía bastante ofendido.

—A menudo, es un pariente, un familiar, el que cometió…

—¿Y la otra pista? —lo cortó Luis.

—Una locura, una historia de tesoro escondido.

—¿Se lo tomaron en serio?

—Sí y no. Por el mismo tema, no mucho. Pero como salió en los dos casos, el de su madre y el de Margarita Méndez Vinicio, no se podía descartar. Sin embargo, como le decía, la gente no habla, tiene temores, no quiere meterse en problemas. Uno se pierde fácilmente. A veces, da la impresión de que en lugar de ayudar prefieren complicar las cosas. Es difícil —suspiró el policía.

Luis salió de la comisaría con una cólera invisible que ni lo dejaba respirar.

—Ok, ok, me encargo yo. Necesito calmarme, pensar. Mejor voy al gimnasio.

13

—¿Estás mal? ¿Hay algo que anda mal? —preguntó Lisa a su padre —. ¿No quieres más chirmol?

—Sí, pásamelo.

—¿Seguro que estás bien? —insistió Catalina, su hermana.

—Hijitas mías, ¿me van a dejar cenar tranquilo? —interrogó don Martín volviendo su mirada en dirección de la tele donde daban la noticia del asesinato de un cantante extranjero en la capital.

—¡Olvídate que va a llegar Ricardo, con todo ese rollo! —suspiró Lisa, la más pequeña, de trece años.

—¡Con un centenar de guardaespaldas! —bromeó la mayor que acababa de cumplir diecisiete.

—¿Qué Ricardo? —preguntó el papi, preocupado por el hecho que ya tuviera un novio la chiquitilla.

—¡Pero papi, Arjona, Ricardo Arjona, el cantante! —se exclamó Lisa.

Se rieron las dos mujercitas, porque no se les había escapado la tontería que había cruzado la mente de su padre.

—Claro, no te preocupes mi hija, llegará, llegará, tiene que llegar, aquí es su país ¿no?

—Seguro que a mami le hubiera gustado Ricardo —comentó Lisa.

Catalina le lanzó ojos de fuego por esta torpeza, por recordarle al viejo la desaparición de su esposa ya años antes. Solo había desaparecido. Una mañana se habían levantado y no estaba.

—Pásame dos tortillas más, amorcito —le pidió su padre a Lisa.

Estaba preocupado, muy preocupado don Martín. Por idiota. ¿Por qué no haber dejado las cosas como estaban? Ahora todo se había complicado mucho, mucho. En aquel momento, le había parecido una excelente idea. Este pinche don Paco estaba todo el tiempo en su ventana, pasándose horas espiando la calle. ¿En qué estaba pensando el viejo pendejo? ¡En cómo chingarle la vida a él, seguro! A pasarse tantos días, semanas y meses sin otra pendejada que hacer, seguro que sospechaba algo. Desde hace unos meses, molestaba menos. ¿Será porque había adivinado algo? Digamos, sospechado. Cuando no estaba en su casa, que no estaban tampoco sus dos hijas, seguro que este metiche husmeaba por aquí. Sin tener idea qué, buscaba algo, y no iba a parar el maldito. Don Martín recordaba la broma de doña Jacinta:

—¡Como le gusta su casa de usté al vecino!

—¿Cómo así?

—Cuando no están, me parece, según yo no más, que la mira con

envidia. ¿O será que está buscando algo?

—¿Buscando qué?

—A saber. Quizás solo problemas, tan pleitista que es.

Por olvidarse un segundo de que a esa señora le gustaba, le encantaba inventar líos, don Martín entró en pánico. Pero a veces el susto te da buena inspiración, pensaba él. Como desenterrar esa cosa y meterla en casa de doña Margarita, mientras no estaba. ¡Cabal al otro lado de la casa de don Paco! Sin embargo, ahora ya no le parecía haber sido una idea tan luminosa. Imagínate, ir a meterse ahí, después de lo que había pasado… Arriesgado, muy arriesgado. Pero no podía tampoco quedarse sin hacer nada. Siendo millonario, hubiera comprado la casa de la finada y ya, pero no era un adinerado. ¿Y si el nuevo dueño quiere hacer modificaciones, removiendo todo? Eso, don Paco ni se lo podía imaginar sin temblar de miedo.

Al principio, nadie le puso mucha atención, por el olor nauseabundo que subía desde el arroyo al fondo del barranco cada vez que empezaba la temporada de calor, sobre todo a partir del mediodía. Luego, la gente que pasaba frente a estas casas empezó a cubrirse la nariz con un pañuelo, con la manga, con gestos de asco. Don Paco ya comentaba con un tal fulano, mengano, zutano y perengano que también apestaba a desagüe en su casa. Igual don Martín, que dejaba entender que el primero tiraba heces en el tubo a propósito, para molestar a su familia. Al cabo de unos días, no aguantando más, se fue a la Muni a pedir permiso para revisar la tubería en la casa de la difunta, y lo obtuvo. Acompañado del sindicato que lo apoyó en su solicitud y de don Paco, empezó a excavar para meter la canalización a descubierto. *La* y no *las*, porque esa gente, como todos, no se complicaba la vida separando las aguas grises de la pura mierda: ¡todo al pozo negro, amén! Se tardó y se tardó, iba abriendo metro por metro la canaleta mal hecha, puro chapuceo, de ladrillos con cal. El olor era insoportable. Razón por la cual el sindicato tenía que ausentarse regularmente para hacer mandatos, más o menos cada hora. En cuanto al chingón de primera, don Paco, se quedaba ahí de pie, sin decir nada, solo mirando al otro trabajar. El viejo zorro tenía su truco para aguantar el olor a mierda, pero nunca lo compartió con el pobre don Martín, quien se dio cuenta solo cuando descubrió hojas de hierbabuena pudriéndose por todas partes. Sin embargo, al quinto día, ya nadie llegaba con él y pudo sacar su tesoro de donde estaba sin mayor problema. Al último segundo, cambió de idea: su tesoro tenía que quedarse donde estaba, por los recuerdos. Pidió autorización a la Muni para abrir la banqueta frente la casa de la finada para seguir pasando frente la casa de Pendejo Primero y luego la suya. Así que nadie se dio cuenta de cuando quitó el tapón de concreto, todavía fresco, que había metido

discretamente en la caja cabal al límite de su lote con el Gran Molestón. Se sentía mucho más tranquillo. Acabando con las ideas geniales y estúpidas, al final había dejado esa cosa enterrada donde ya estaba y ya, así de simple. Cerró todas las excavaciones en la casa de doña Margarita y en la calle, gritando por todas partes que no había encontrado nada, a saber, usté, pero el olor fétido desapareció así que todos quedaron felices. Salvo uno. Mientras don Martín terminaba de limpiar sus herramientas, oyó unos llantos adentro. Encontró ahí sentado en el piso del corredor un patojito llorando. Pensó que se había herido o que se escondía de saber qué o quién; le preguntó, pero se fue corriendo sin responderle.

—¡Este Carlito, qué chillón!

El Rey de los Piratas, desesperado, se encerró en la bodega de la casa familiar. ¿Cómo podía ser que don Martín hubiera decidido cambiar de lugar su tesoro, después de todos los esfuerzos que había hecho él para encontrarlo en la casa de doña Margarita? Pero era normal que lo pasee a su propia casa, ahora que el ranchito de la muerta podía caer entre las manos de cualquier fulano. Se recuperó y ya empezó a montar planes para encontrar la mejor manera de introducirse en la casa de don Martín.

—Estamos mal, la verdad.

—Pues sí, bien jodidos, usté.

—Yo, cuantas veces se lo dije, que íbamos a tener problemas así.

—¡Claro! Mire, todo el país anda mal.

—¿A quién lo dice usté? Antes no era así.

—Había valores, respeto, ahora ya no le importa un pepino a nadie.

—Así es. Antes, estábamos aquí entre unos colonos, todos conocidos, así de confianza. Ahora, dejan entrar a cualquier animal.

—Pues sí, a cualquiera… Viene gente, se instalan en cuartos, hasta familias quienes nadie sabe de dónde vienen, roban y luego se van haciéndose los de la vista gorda.

—Mire los dos hermanitos de esa patoja que anda ya de madre a sus dieciséis años. ¿Cómo va a controlar a estos delincuentes?, pobrecita…

—No tienen educación, malcriados, hasta extranjeros vamos a tener aquí un día si no le ponemos ojo.

—Ya hay, usté, fíjense, nicas, guanacos, hasta este dominicano. ¿No tiene nada que hacer en su país esa gente?

—Más fácil aquí para aprovecharse de nuestro trabajo, por eso. Y esos nicas, mire cómo se lo toman, trabajan cuando se les da la gana, es decir, nunca.

—Fíjese usté, aquí no había nada, puro monte, pura terracería, ni agua ni luz. Ahora que está todo, la tienen fácil, llegan y ya.

—¿Se recuerda usté cómo nos costó estar tranquilos?

—No me diga, mi propio hermanito se murió en este barrio por las babosadas de delincuentes, ¿se recuerda?

—Sí, me recuerdo, no hay justicia, siempre son los pobres y los honestos los que pagan por los feos.

—Y ahora atacan a las mujeres, ¿se imagina usté?

—Yo ya no salgo sola.

—Yo tampoco, menos de noche. Antes se podía caminar en la calle, en familia, sola, pero ahora…

—Hasta dejar a las patojas ir al colegio arriba me preocupa.

—A mí también. Bueno, todavía son chiquitas, pero más tarde vamos a tener que ver cómo hacemos.

—¿Sabe qué, usté? Eso de que las mujeres se metan en rollos de hombres es mala idea. El hombre sale a trabajar y la seño se queda en casa a cuidar los hijos y ya. Antes nunca hubiera pasado eso, digo yo.

—Pues sí. Pero hay mujeres que necesitan trabajar.

—Entiéndame bien, lo sé, que nosotras dos trabajamos, ¿no?

—Pues sí.

—Lo que opino yo es que ya no se respeta a la familia, el trabajo, la religión.

—Eso sí, los patojos no quieren hacer nada, solo andan con su celular, escuchan música, se pasan el tiempo en el internet arriba con sus juegos videos.

—¡Qué tonterías! Mire, mi patoja mayor, creída la chava, ahora quiere estudiar.

—No se preocupe, le pasará, es la edad.

—Espero. ¿Estudiar qué, dígame usté? ¿Ahora necesitan ir a la universidad para saber mantener un hogar y cuidar sus creaturas?

—Es que ya quieren más que eso.

—¿Cómo así?

—Tener un buen trabajo…

—¿No tenemos trabajo nosotras? ¿Fuimos a la U para eso?

—Pues no.

—¿Sabe qué, usté? La universidad es para pasarse el tiempo a coquetear, sin hablar de lo que cuesta…

—Es para los ricachones, se imagina, la patoja estudia y no ayuda en casa, claro, tiene sus tareas.

—Mire la hija de los de la esquina de abajo, anda ahí, se la cree. ¿Cuántos años tiene ya diciendo que está en la carrera? Cuatro, cinco, y no pasa nada.

—¿Esa? Sus padres no la controlan, la verdad.

—¿Se recuerda usté cuando tenía sus quince?

—¿Habla usté que parecía embarazada?

—Pues sí.

—Bueno, digo que parecía, pero muchos decían que era con el segundo del vecino.

—Así decían. ¡Un patojo apenas de catorce, usté!

—Lo vi hace poco, trabaja en Peten, en construcciones.

—¿Cuánto tendrá ahora?

—Acaba de cumplir sus dieciocho, por eso estaba por aquí, para tramitar su cédula.

—¿Su DPI, quiere decir usté?

—Sí, tiene razón. ¡Cómo me cuesta acostumbrarme con ese pinche DPI! ¿Y para qué, dígame usté?

—No le cambian nada a mi vida esas cosas.

—Es el nuevo truco para justificar el sueldo de esos huevones de oficina a los que no les importan los pobres.

—Ahí, solo por amistad se obtiene chance.

—¡Claro, usté! Mire, aquí, en el barrio, ¿a cuántos les propusieron

un puesto en el Gobierno?

—A ninguno.

—Así es ¡ni uno, usté!

—¿No será por falta de estudios?

—¿De estudios? ¿Cree usté que esos policías que vinieron a hacer sus preguntas la semana pasada tienen estudios, que apenas saben leer y escribir?

—Solo vinieron para aprovecharse, a ver qué podían sacar de nuestros problemas.

—Habrá visto usté, de los dos que llegaron a casa, uno no paraba ojeando a mi hija, ¡groseros, estos!

—¿Su hija, la mayor?

—¡Que no, usté, la segunda, que ni cumplió sus trece años, usté!

—No les da vergüenza a esos abusivos. Mire, ¿cree usté que van a encontrar algo?

—No crea, ni vienen para eso, llegan a pasear, haciendo la siesta en sus bonitos coches con la novia en el celular. ¿Qué les importan nuestros problemas?

—Pero las cosas no se pueden quedar así. ¡Pobre doña Margarita, y la pobre doña María!

—¡Ay, sí! Que estén en paz con Dios, se lo merecen.

—Espero que logren agarrar al culpable, María Jesús…

—¡Y yo! Pero cuando mataron a esos cinco, hace años, en la casa de doña Catarina, así se quedó.

—Tiene razón usté, pero es diferente.

—¿Cómo así diferente?

—Dijeron que era gente de afuera, de una mara.

—¿Y qué, piensa usté que es gente del barrio?

—Yo no sé mucho de esas cosas, pero tengo un compadre cuyo sobrino trabaja en el Ministerio Público y cuenta que es lo que creen ellos.

—Yo desconfío de estos. Si es lo que piensan, entonces le puedo asegurar que están equivocados.

—¿No escucha usté lo que comenta la gente aquí de lo de don Martín?

—¡Ay! ¿No me diga que cree en esas babosadas? Pobre don Martín, solito con sus dos hijas que ya van de grandes. Tendría una fortuna ese señor que no aguantaría todo lo que aguanta.

—¿Quién sabe?

—Pues les tengo cabal frente a mi casa. Lo veo todos los días, va y viene de su trabajo de carpintero, hasta chapucea el fin de semana para los vecinos, y cómo les da atención a los estudios de sus mujercitas. A la iglesia, son un ejemplo, bien educados, respetuosos. ¿Les digo una cosa?

—Pues…

—Si usté mira bien, todos tenemos relaciones. Así, por ejemplo, soy la madrina de la segunda hija de don Martín. Él es padrino de mi tercer hijo. Mire, en su caso de usté…

—Sí, sí, es verdad. ¿Entonces quién será?

—Un ladrón o un chiflado, ¿qué sé yo? Pero alguien de afuera, lo tengo seguro. O un vago. Mire este que anda por aquí desde hace unos días…

—¿Este? ¡Ay no, pobrecito! Mi marido trató de hablar con él, dice que es medio chiflado, en su mundo.

—Pues sí, ni siquiera tiene suficiente fuerza para quitarse las moscas. ¡Qué pena, usté!

—Bueno, hablamos, que ando bien atareada hoy.

—Pues, yo también, siempre corriendo por arriba, por abajo, echándole puntas. Nos vemos más tarde.

Tenía unas ganas de reírse Marco, pero mejor no.

—Si pierdo mi barba falsa, estoy frito —pensó con un poco de temor.

15

Cuando llegó a casa, ya era de noche. Se sentía cansado, mejor dicho, nervioso, a pesar de que Ana Beatriz le anunció que estaba arreglado el problema del teléfono. ¡Qué bien, después de recibir una llamada anónima y otra! Siempre a la hora en que uno está durmiendo. Le apuntó los dos nuevos números, el del fijo y el de un celular que le entregó.

—¿Es nuevo? —preguntó Marco.

—¡Claro!

—Es que…

—¡Ya, ya me explicaste el tema, gracias!

—Bah —solo comentó el detective, que no estaba en condiciones para discutir, antes de meterse en la cocina. Se calentó unas tortillas en el comal para acompañarlas con queso de capa y chiltepe. Tomó asiento en el sofá del salón y empezó a apuntar ideas con una mano mientras comía con la otra. Tenemos dos asesinatos, ambos de mujeres ya con cierta edad, madres de familia, amas de casa. Hubo un intervalo de nueve días entre los dos hechos, con una cuadra y media de distancia entre los dos. Una, Margarita Méndez Vinicio, era viuda, vivía sola. La encontraron en su casa, con impacto de un objeto como una piedra gorda en lo que quedó de su cráneo.

—Aquí, dos preguntas que tengo que ver más precisamente —dijo para sí mismo en voz alta.

—¿Qué dices? —preguntó Ana Beatriz desde la cocina donde estaba preparándose la misma refacción que él.

—¿Qué le pasa a esta chava? Es primera vez que la veo aquí a esas horas —pensó—. ¿Viste que ya es tarde? —preguntó—. ¿Cómo regresas a casa?

—No te preocupes, pasa mi hermanito a las 10:00 para darme jalón.

—Ok, muy bien.

Le importaba que quedaran claras las cosas con Ana Beatriz. El acuerdo era un poco de limpieza de vez en cuando por parte de esa jovencita que Marco había recogido una noche sin luna, drogadicta. En la calle, pero no era gente de la calle sino de una de las familias más prestantes del país, que había preferido ignorarla mientras se comportaba mal. Escuchó a Ana Beatriz repitiendo con media risa:

—No te preocupes, no te preocupes, papi.

Tranquilizado, tenía confirmado que el contrato seguía igual entre ambos. Volvió a sus notas. Dos preguntas en cuanto al crimen de

Margarita Méndez Vinicio: ¿el victimario había perdido la razón, por lo menos en el momento del acto? ¿Buscaba información o solo quería terminar con la víctima? Las respuestas a estos dos interrogantes podían ayudar mucho. Del segundo asesinato, el de María Morales Alvarado, tenía muy poca información. Igualito, la mataron a golpes en la cabeza con una piedra, en el mismo lote abandonado donde encontraron su cuerpo entre el monte. El detective tenía una intuición, pero cuidado con las intuiciones en esta profesión: ambas mujeres conocían al asesino, no fueron tomadas por sorpresa. En el primer caso, la víctima había dejado entrar a su victimario en su casa. En el segundo caso, si se hubiera sentido amenazada por un desconocido, la víctima habría podido correr hasta la orilla de la calle, a no más de treinta metros de donde la encontraron. Siguiendo esta hipótesis, era alguien del barrio, o algún conocido que efectuaba frecuentes visitas. Ahora, la pregunta del millón: ¿era el mismo asesino? El detective subrayó varias veces este interrogante en su cuaderno.

—Bueno, ya está mi hermano abajo. Me voy, cuídate.

Ana Beatriz ya estaba por salir. Tenía puesto, como siempre, su suéter de lana que parecía un viejo recuerdo de Woodstock y, como siempre, su pequeño bolso rosado que daba la impresión contener todo lo necesario para una expedición de varios meses en un punto lejano del planeta. Cuando iba a preguntarle de por qué se veía tan cansada, ya resonaban sus tacones bajando las gradas.

—Mañana tengo que ver qué es lo que anda mal con esta chava —se dijo Marco. En los dos años de conocerla, tenía que reconocer que Ana Beatriz no había recaído ni una vez en el consumo de productos no solo ilegales, sino también mortales. Sin embargo, siempre estaba la preocupación, discreta pero insistente. Retomó su cuadernito, con una porción de pie de queso y un café bien fuerte. No podía seguir así la investigación, de esta manera. Después de que intentaron lincharlo, la historia podría tener un fin poco feliz para él si lo descubren disfrazado de vago. Jugar al Sherlock Holmes tiene sus limitaciones, la vida real no es una novela ni tampoco una película.

Eran apenas las 11:00 y el salón se parecía a las alturas de Nahualá a las 17:00 de la tarde. No se veía nada a más de dos metros. Mientras más perdían Conejo y Marco, más fumaban. Ya habían perdido su buen costal de frijol en las seis últimas rondas. De hecho, el detective no estaba muy concentrado en el juego, pensando en lo que habían discutido con el Procónsul antes de que llegaran los demás:

—Según mis fuentes, es alguien del mismo barrio.

—¿Qué les permite afirmar eso? —preguntó Marco.

—Es un callejón, todos se conocen desde hace décadas, nadie entra ahí sin que haya gente con el ojo metido encima, de día como de

noche.

—¿A ese punto?

—¡Claro! Imagínate una aldea, no sé, de ni cien familias, igualito…

—Entonces sigo como vago… —suspiró el detective.

—¡Olvídalo! —se exclamó su cuate—. ¡Si se dan cuenta, adiós, papito!

—¿Entonces?

—Investigas oficialmente. No le parece tan mala idea a la gente del MP porque están convencidos que no van a obtener más información de lo que ya tienen, es decir, nada.

—Siempre hay sorpresas con las relaciones del Procónsul—pensó Marco. No era la primera vez que lo apoyaba de manera inesperada este hijo de papi que vivía como un beatnik, pero quien también vivía de vender información a quien la necesitara, mientras no ocasionara daño a nadie.

—Te explico, ¿ok?

—Dale, papito.

—La segunda víctima…

—¿María Morales Alvarado?

—La verdad, no sé. Lo sabrás tú mejor. Bueno, esa señora tenía un hijo que es militar, sargento, Participaba en la misión de paz de las Naciones Unidas en Haití y regresó, por lo que le pasó a su madre, hace unos días.

—Pues, te escucho.

—Fíjate que sumando sus misiones afuera, este, Luis Alvarado se llama, eso sí me recuerdo, estuvo casi cinco años lejos de su familia. Por otro lado, a pesar de que podría solicitar información por donde quisiera a través de sus propios canales, solo visitó la Policía en La Villa y ahora anda por San Ildefonso Pinulo buscando a quien asesinó a su mami.

—¿Una máquina de guerra con sed de venganza?

—Algo así. Muy buena. Se salió de tres emboscadas en el Congo y recibió dos veces medallas por salvar a colegas.

—¿Entonces?

—Entonces, si estás de acuerdo, él ya dio el suyo, su acuerdo. Él te contrata para investigar sobre la muerte de su pariente.

—¿A ti qué te parece?

—Excelente.

—¿Y por qué te ríes?

—Porque te imagino rapadito.

—¿Y eso?

—La idea genial es que se conocieron en una misión…

—Me asustas, vos.

—No te asustes ¡nadie va a llegar a molestar un ex kaibil! Rapado,

su pequeñito bigotón y un tatuaje adecuado en el antebrazo, ¡y ya está!

—¡Pendejos!

—Marco, ¡te toca!

—¡Ay, perdón! Dos, porfa.

—Estás fuera de la acción. ¿Qué te pasa? —comentó Negro.

—Estaba, estaba, ahora ya van a ver —murmuró el detective sin acordarle la menor atención a la sonrisa discreta del Procónsul.

16

Mientras esperaba a Luis Alvarado, sentado en el único lugar donde se servía comida rápida en el centro de San Ildefonso Pinulo, Marco desayunaba una pierna de pollo cuyo olor a frito le daba náusea, y le daba vueltas al problema: ¿cuál era el o los motivos de los dos crímenes? Había tomado asiento, de esos que están fijados al suelo como en los manicomios, en una esquina al fondo, por discreción. Sin embargo, apenas entró, el militar le propuso que se fueran por otro lado. Mientras caminaban unas cuadras para llegar al barrio de Santa Mónica, afinaron la mentira. Cabal antes de entrar ahí, se paró Luis para susurrarle:

—¿Sabes qué? Cuando me… perdón. ¿Lo puedo tutear?

—Por favor, y creo que sería mejor, como excolegas, ¿no?

—Pues sí. Bueno, te decía, lo más horrible es que descubrieron a mi mami ahí tirada entre la basura, eso fue lo peor.

—Vamos a agarrar al puto, no te preocupes.

—Espero, espero. Otra cosa…

—Miércoles ¿Qué le pasa a este chavo? —pensó Marco.

—Pareces un puro ex kaibil, te felicito, excelente.

No respondió nada el detective, pero estaba contento de sí mismo. Rapado, con su finito bigote de cantante de ranchera, la playera que dejaba ver sus falsos tatuajes, solo le faltaba adoptar una cara dura y caminar como puro vaquero, con las patas arqueadas. Lo que hizo de inmediato. Había mucho aire. Volaban por todas partes polvo, nilones, muchos embalajes de comida chatarra, y arena que había dejado en la banqueta sin cubrirla un vecino que estaba construyendo un segundo piso en su casa los fines de semana.

—Antes de ir a la casa de mis padres, damos la vuelta, cuestión de visibilidad…

—Perfecto, te sigo.

Cada persona que cruzaban, era el mismo ritual:

—Luis, todo mi pésame, su madre era una mujer fuerte, la conocía desde hace años y años, no se merecía terminar así, de esa manera. Pero seguro que van a meter la mano sobre el responsable.

—También lo espero. Por eso regresé. Le presento a este amigo mío, Oscar, que está para apoyarme en eso.

—¡Ah! Mucho gusto, don Oscar. Sepan que si les puedo ayudar en algo, aquí estoy.

Se pasaron una buena parte de la tarde dando la información que Luis estaba de regreso, acompañado de su cuate, militar como él, o

exmilitar, según las versiones de la bola que no tardó mucho en correr por los hogares del barrio.

Después de cenar con el resto de la familia, bastante triste esa cena, los dos se aislaron en una terraza arriba, en medio de la oscuridad.

—Primera regla: siempre hablar en voz baja, pues aquí se escucha todo —le recomendó Luis Alvarado al detective.

—Las paredes tienen…

—No solo las paredes. La gente no tiene muchas ocasiones de entretenimiento, aparte de los partidos de pelota y las misas, y se aburren rápido de la mediocridad de los canales nacionales. La vida de los demás queda como el mejor espectáculo, permanente, y permite desahogarse de sus propios problemas.

—Te veo bien amargo, compa —comentó Marco pensando que este chico no es por nada un estúpido.

—Lo soy, porque a través de mis viajes me di cuenta de que es así por todas partes, sobre todo donde no hay pisto. Te ayuda viajar afuera, no solo vas aprendiendo, sino que puedes también comparar las situaciones. Bueno, mira. Se puso de pie, desde la terraza se podía ver casi todos los techos de Santa Mónica:

—Empezamos desde la entrada del barrio, la banqueta del otro lado, ¿ok?

—Dale.

—En la esquina con la calle perpendicular, ahí está la carnicería de doña Patricia. El marido es un alcohólico de primera y me pregunto cómo logró sobrevivir hasta la fecha. Es fácil reconocerlo: tiene siempre la cara medio roja, medio azul y las manos llenas de grasa de motor.

—¿Tiene un taller mecánico?

Luis se rio:

—¡Ese Jacobo esconde su guaro debajo de los asientos de la chatarra que tiene estacionada al frente! ¡No tendría fuerza ni para darle un giro a una llave de 5!

—Qué bien que el joven se sienta ya mejor —pensó el detective, es fuerte el patojo, pues—. ¿Y a la par? —preguntó.

—La panadería de doña Jerónima. No produce, vende lo que le trae desde afuera una señora que viene de Santa Yolanda Pínula cada mañana como a las 5:00 con un picop que hace más bulla que una manada de elefantes.

—¿No tiene marido, hijos?

—No, desde que nací siempre la vi sola, fíjate.

—Ah, mira, ¿y los de la carnicería tienen hijos?

—Tienen como tres, pequeños. Seguimos. Última construcción de la cuadra, el colegio evangélico, tienen secundaria. Son como

doscientos alumnos que vienen de todo el pueblo. Funciona en tres tiempos, de las 7:00 de la mañana hasta las 22:00 de la noche. Ahí siempre está un guardián. No te podría decir cuánta gente trabaja ahí, quizás unas veinte personas entre les docentes y el personal administrativo.

—Parece poco…

—Es que los mismos maestros dan en los tres turnos, imagínate… Pasamos a la otra cuadra. A la esquina, es un poco complicado.

—¿Cómo así? —preguntó Marco.

—¿Viste la casona? Bonita, ¿no?

—Si, y los tres 4x4 afuera con sus choferes.

—¿De qué más te diste cuenta?

—Pasa una patrulla de policías de vez en cuando, entran en el callejón hasta el fondo, se quedan media hora, dan marcha atrás y se van.

—¿Qué más?

—Solo.

—Ya lo entendiste todo. ¿Qué crees tú?

—Por lo poco que he visto, yo diría que es contrabando sabiendo que la gente pensará que es narco, porque está de moda.

—Así es, sos muy bueno, mano.

—Gracias.

—Dona Gisela es madre soltera, tiene dos hijas muy jóvenes, dos muchachas encargadas de la casa y no te podría decir cuántos esclavos morenos con bigote y tacuche, quizás unos diez.

—¿Qué hacen?

—No te podría decir. ¿Choferes? Con esta cuenta ocupan todos los asientos. Yo creo que están para la seguridad, de ella, de sus hijas, quizás tuvo un problema antes, no sé.

—¿Son matones?

—Puros, y varios vienen de donde estoy trabajando yo, garantizado.

—¿Cómo te das cuenta?

—¡Al olfato, hombre! —se exclamó Luis Alvarado—. ¡Al olfato!

—¿La casa siguiente?

—Doña Catarina con sus dos hijas y sus maridos e hijos respectivos. Bueno, los que le quedan. Tenía…

—Sí, ya me contaron —le cortó el detective—, una mara ametralló la fachada y murieron su marido y cuatro varones.

—Así es.

—Por envidia, según los chismes.

—Lo dicen para no afligir más de lo necesario a la doña. Que yo sepa, dos de los varones estaban bien metidos con la 18 y robaron no sé qué a uno de sus jefes.

—¿Los yernos?

—Uno es mensajero, tienen dos varones y una chava. El otro trabaja en un taller mecánico para motos y tiene tres hijas con su mujer.

—¿Después de tantos meses de ausencia, seguro que tienes las cuentas actualizadas? —preguntó Marco.

—¿De qué crees que me hablaba mi mami en sus cartas? —respondió Luis lacónico, la mirada fija en sus zapatos.

—¿Quién vive en la última casa de esa cuadra? —interrogó Marco para cambiar de tema.

—Doña Esmeralda…

—¡Solo doñas hay aquí!

—No, pero ahora que lo dices, son el punto de referencia, eso te lo puedo explicar más tarde. Ella alquila la fila de habitaciones que puedes ver en el piso de arriba. Su esposo, don Pascual, esta con la importación de carros de segunda mano de Estados Unidos, va y viene. Un tipo con instrucción, siempre muy bien vestido, interesante pero no anda mucho por aquí. Si no estoy equivocado, tienen también una pequeña finca de café en la Costa. Tienen dos hijos que viven en Gringolandia. En la última cuadra, está la cantina de don Silvestre, no prospera mucho porque se toma todo lo que gana. Luego, la tienda de doña Rosa y don Chepe, estos dos sí hacen pisto, pero no lo gastan. Con ellos viven su hija, que trabaja en el Roosevelt como enfermera; su esposo, que vende paca en una tienda arriba del pueblo; su sobrina, que no trabaja y cuyo esposo está en el comercio de computadoras. Mira, entremos, que me parece que va a llover. Mejor seguimos adentro con tu planito y un café caliente.

17

—¡No te preocupes, tengo todo lo necesario! Estaba orinándose en los pantalones el Luis, de pie en la cocina.

—¿De qué estás hablando? —refunfuñó el detective.

—¡Tu cara! ¡Tu cara cuando le diste una mirada a esa cosa que está tomando mi hermanita! ¡Mira esa belleza, míster, mira! —se exclamó sacando una caja de cartón de debajo del lavatrastos.

—¡Miércoles, es Navidad y no me avisaron! —gritó Marco—. ¡Una máquina para hacer expreso, una verdadera máquina para hacer expreso! Vale como sus mil dólares esa cosa, ¿dónde la robaste?

—Fíjate, me la regaló una colega canadiense cuando salí de Haití, siempre le hacía broma sobre su aparato, que me lo ponga en su testamento por si acaso. Es solo para dos tazas, pero…

—Pero dos tazas de café, vos, de verdadero café —suspiró Marco.

Sentados en la sala familiar a gozar el expreso por sorbos, retomaron su trabajito:

—¿Dónde quedamos? —preguntó Luis.

—La tienda, cabal antes de llegar al redondel.

—Ok, el redondel. Fácil, son cuatro casas. La primera, que tiene la fachada pintada en letras grandes, algo como “Tu padre Presidente”, no está ocupada. El dueño se fue hace más de quince años por problemas con el vecindario, pero no te podría decir por qué razón exactamente. Parece que se fueron a vivir en Boca de Monte. Hace como tres años se instaló ahí doña Jacinta con su tortillería, pero no sé si lo hizo de manera muy legal. Tiene solo una hija que la apoya, una patoja que tiene trastornos mentales. A la par vive don Marcelino, don Marciano le dicen. Siempre solo ahí, sale a las 7:00 de la mañana cada día de la semana y regresa a las 19:00 de la tarde, con tacuche y con una bolsa de nilón en la mano. Nunca saluda a nadie.

—A trabajar, ¿no?

—Nadie sabe nada. Nunca le he visto ni una vez afuera sino para su ida y vuelta cotidiana.

—Qué raro, ¿no?

—Bah, gente rara no falta aquí. Creo que es maestro. Este marciano no molesta a nadie, entonces… La tercera casa es de doña Paulina, ya es muy vieja, la ayuda uno de sus nietos, Juan Alberto.

—Creo que los vi pasar…

—Seguro te llamó la atención cómo camina el patojo, es un poco así afeminado.

—Ya…

—Sabes cómo son los patojos…

—Como sus padres…

—Pues sí, pero con Juan Alberto se calmaron porque este papito chulo es una de las personas con el más alto nivel de estudio en ese pinche barrio, y es muy buen boxeador, eso cuenta aquí.

—Qué bien, qué bien... —murmuró el detective. Pero yo no confiaría, te aplauden un día y te linchan el siguiente.

—¡Estás traumatizado por eso! —se rio Luis—. Dame dos segundos, ¿otro café?

—Por supuesto, porfa.

Mientras el militar estaba ocupado en la cocina, el detective dio un vistazo en la habitación: la tele, unas sillas de plástico, un sillón del cual ya no se podía identificar el o los colores, la mesa de madera donde podían comer hasta unas doce personas. En las paredes cubiertas de largas manchas de humedad solo había un calendario con el anuncio de los mejores precios de un vendedor de llantas, una imagen de la Guadalupe y un afiche donde todavía se podía adivinar un lago con varios volcanes en el fondo.

Ya regresaba Luis con las dos tazas humeando.

—Bueno, y luego viene un lote vacío, ¿así es? —preguntó Marco.

—Exacto. Tengo entendido que es de don Martín, de su padre para ser más exacto. Hace treinta años, por la proximidad del barranco sobre tres lados, el lugar era un rastro más o menos legal. Toda la parte desde la última calle, antes de la cantina, hasta el fondo del redondel pertenecía al padre de don Martín, donde tenía su crianza de cerdos.

—¿Y dónde está él?

—¿El padre? En el cementerio. El hijo, don Martín, vive a la par de su lote vacío, con sus dos hijas.

—¿La madre?

—Se hizo humo hace como quince años.

Marco levantó las cejas:

—¿Se volatilizó?

—Pues sí. No creo que tuviera buena vida con este señor. Es que ese don Martín está en guerra perpetua con don Silvestre porque sus clientes usan el lote vacío como parqueo, urinario, etc. También con don Paco, quien nunca le canceló el monto de una parte del lote donde tiene su casa. Dicen.

—¿Justo a la par vive el que se pasa la vida mirando por su ventana?

—Pues sí, este. Nadie lo quiere porque lo sospechan de ser el estúpido que dijo a la gente de una mara que…

—Sí, esa ya me la sé —cortó Marco.

—No me sorprende, todavía no se la tragaron. Luego viene la casa

donde vive, vivía doña Margarita, la primera mujer asesinada.

—Dime, ¿nunca hubo este tipo de caso en el barrio?

—¿De mujer asesinada, dices tú? No, nunca. La casa siguiente es de don Bernabé, tuvieron hasta la fecha siete hijos e hijas con su esposa que ahora no me recuerdo el nombre, pero se reconoce, viene de Izabal y tiene pelo crespo. Él es albañil, chapuceando donde pueda. Tiene su propio picop, algo poco usual aquí, y sale a veces varios meses afuera con los hijos más grandes cuando la obra se encuentra en otro departamento.

—¿Deja a la mujer sola?

Luis sonrió:

—Aquí, nunca nadie está solo. Toma por ejemplo este Bernabé. Doña Patricia, la esposa de don Jacobo, el carnicero, es su hermana y don Silvestre, el propietario de la cantina es primo suyo. Sin hablar de los padrinos y madrinas de su progenitura que seguro son todos del barrio.

—Mucha solidaridad entre la gente entonces —comentó Marco.

—No siempre. Mira doña Esmeralda, nunca saluda a doña Jacinta a pesar de que es su cuñada, la hermana de su esposo, don Pascual. Bueno, la verdad es que esa Jacinta solo conflictos provoca, es una calamidad, una chirmolera de primera. Es increíble cómo en un universo tan pequeño la información se pierde con el chisme.

—Pueblo pequeño… —empezó el detective.

—…Infierno grande —completó Luis Alvarado. Sí, así es.

—Ya vamos terminando… ¿Aquí, a la par de ustedes, quién está?

—Son varias familias, tres, una de acá, otra de El Salvador y otra de Honduras. Vive también el dueño, quien nunca se casó. Todos son de la misma iglesia evangélica pero no te podría decir cuál. Luego nosotros, el lote vacío donde encontraron a mi mami y, en la esquina, el colegio católico.

—Que se encarga de la primaria.

—Sí, son hermanas religiosas. Son quizás trescientos niños y niñas que estudian en esta escuela, pero pocos del mismo barrio.

—¿Y eso?

—Es que lo dirige una religiosa, doña Clotilde, que se metió en líos con varios padres de familia por hacer comentarios sobre ellos con sus propios hijos, “tu padre no debería tomar, es malo”, “tu hermana mayor es una sinvergüenza, anda con faldita en la calle”, y son solo niños, así que se enojan sus padres y les sacan de ahí.

Se puso de pie el detective:

—Bueno, te agradezco toda la información. Tengo que digerirme ese planito con todos esos datos. Seguro voy a tener más preguntas.

—No hay pena, Marco. ¿A dónde vas?

—Es que ya es tarde y…

—Mira, vos. Pienso que todo sería mucho más fácil si te quedas aquí unos días. Sos un amigo de visita, aquí te quedas y puedes investigar desde adentro ¿Qué decís?

—Es que, con lo que les pasó, no quisiera molestar…

—Más molestia, no se puede, hermano, no te preocupes.

—Gracias, Luis, no sé…

—Gracias a ti, papito, gracias a ti, lo vamos a pillar al hijo de puta, te lo juro.

Marco retomó su asiento, sacó una cajilla de Payasos:

—¿Puedo?

—Solo si me regalas uno.

Entre los primeros vapores de tabaco invadiendo el lugar, el detective asintió con la cabeza:

—Como acabas de describirme el barrio, es cierto, el asesino vive en Santa Mónica. Ni modo, si no alguien lo hubiera visto.

—Y las víctimas no desconfiaron —agregó Luis.

—Exacto. Ahora, la pregunta del millón : ¿Por qué?

—Porque eran mujeres.

—No te entiendo.

—No escuchaste eso del femicidio, de que matan mujeres por gusto, por brutos, por celos, envidia, que sé yo…

—Ya te entendí. ¿Esas son las conclusiones de los chontes?

—Más o menos —respondió Luis.

—Mira, dos cosas. La primera —dijo Marco agarrando su meñique — es que esa mierda bien real del femicidio no es de hoy, solo que se puso de moda hablar de eso, para bien o para mal, eso no te lo podría decir. La segunda —agarró su anular— es que hace apenas una hora me comentaste que nunca antes ocurrió eso, el asesinato de una mujer, en este barrio, digamos. ¿Entonces?

—Yo no cerraría así de una vez esta posibilidad. Imaginamos, por ejemplo, que al tipo se le vino la inspiración precisamente porque se aborda más que antes el tema en los medios.

Marco se quedó pensativo.

—Imaginamos —siguió Luis— que, por una razón u otra, este puto quiere vengarse.

—¿Cómo qué?

—A saber… lo rechazaron los padres de su novia, la misma novia, su esposa ya cansada de tener regularmente un cerote encima que solo quiere echarse un polvo, una lechera, una mujer que no quiere ser su lechera… Dale, Marco, ya sabes cómo funciona esa mierda acá: ¡no me quieres, te mato y ya!

—Pero no tiene los huevos hasta que hace poco se da cuenta de que hay tanta impunidad, sobre todo en ese tema, que sí puede arreglar sus cuentas sin temor. Y pasa a la acción.

—Podría ser, ¿no te parece? ¿O prefieres la explicación del tesoro de don Martín? —se rio Luis.

—¡Ay no, cuántas veces la escuché en la calle durante la semana, no te puedes imaginar!

—¿Te diste cuenta de que siempre hablan de esa fortuna enterrada a saber dónde, pero nadie te podría decir si es oro, dólares o euros? —bromeó Luis.

—Ahora me toca pedirte que dejemos esta eventualidad abierta.

—Es harina de otro costal. ¿La del tesoro de Martín, me estás tomando el pelo, Marco?

—No, no, en serio. Te lo digo por experiencia: detrás de las peores fábulas que comparten los habitantes de un lugar chiquito como este siempre hay algo de verdad. Si excavas, más allá de la manera como la gente se expresa, los chismes y la envidia, siempre encuentras algo que refleja acontecimientos pasados bien reales, torcidos pero reales.

—¡Excavemos, pues! —casi gritó Luis. Regálame otro cigarro.

—Aquí tienes.

18

Cuando llegó otra vez al apartamento para recoger unas ropas, Ana Beatriz le comentó que se veía cansado. Sabía que era su manera de opinar sobre el hecho de que había pasado la noche afuera. No era ni siquiera su novia, tenía casi veinte años menos que él, pero así era Ana Beatriz. Le explicó que se iba a quedar unos días en el lugar mismo de la investigación, mejor dejar todo bien claro.

—¿Seguro que no fue en una discoteca el crimen por el que tienes cara de desvelado de primera? —interrogó ella.

—Peor, fue peor. Más o menos a cada hora gritan gallos chiflados cuyos dueños idiotas se creen todavía en su ranchito en pleno campo. En las primeras horas llega la señora que deja el pan en la panadería de enfrente, deja el motor de su picop encendido mientras hace negocio, me imagino que tiene homologación con Harley Davidson. Luego, uno por uno, se van a trabajar con sus pinches motocicletas de las cuales no tienen la menor idea de cómo limpiar el carburador. Como a las 7:00 pasan los profesionales del reciclaje, "¡Chatarra, chatarraaaaaa, nos interesa su chatarraaaaaa!", un poco antes de la señora con su canasta y su "¡Corbatas, vendo corbatas! ¡Corbatas, vendo corbatas!". Te pregunto: ¿quién se pondrá corbata en ese lugar? Ya sé, es broma, ya sé lo que son esas corbatas. ¿Tú no sabes? Entonces haz un poco de turismo social, que sea a nivel departamental, mi querida Ana. Por fin, por si entraste en una lucha de alta resistencia cuyo ambicioso objetivo es, qué digo, era no levantarte antes de las 8:00, pasa una pequeña camioneta superbién equipada para gritarte hasta el fondo de las orejas que "¡Claro que uso Claro!". Pero, sabes, la vida siempre se mejora, porque cuando salí y me quejé de toda esa bullía con la señora de la tienda, doña Rosa se llama, me regaló una inmensa sonrisa para tranquilizarme y recordarme que "antes, cuando mataban los coches a cualquier hora, era mucho peor, ¿no cree usté?". ¿Lo mejor de lo peor? ¡Estoy convencido de que es así todos los días!

Sin decir nada, Ana Beatriz pasó al baño, de donde regresó con una cajita de plástico que le entregó a Marco.

—¿Qué es?

—La solución a todos tus problemas, te tapas los oídos y ya, duermes como un nene con pañales secos.

Como prueba de su infinito reconocimiento, pero sin perder la cordura, podría ser su padre, usté, le dio un chiclazo en la mejilla.

Se levantó Marco de muy pero muy mal humor. Los tapones de

Ana Beatriz no habían funcionado. Así que tuvo el privilegio de participar en directo a la vida nocturna del barrio: en trasfondo, el canto de los gallos, que nunca paran; de vez en cuando, un borracho cuya mujer no lo deja entrar en la casa; una motocicleta y otra y otra…; efectivamente, la señora del pan francés que pita para avisar de su presencia a cada tienda donde lo entrega; unos golpes de martillo a las 2:00 de la mañana del otro lado del muro colindante, ¿a saber qué le pasa al vecino?; otros bolos instalados en la calle tomando unas chelas con música, si se puede llamar música, cuando solo chillan por la madre o la mujer; el coche a todo volumen y, como final sinfónico, cohetes y metralletas para alguien que sí se va a despertar feliz porque no se olvidaron de su día de cumpleaños. Luis trató de convencerlo de que no se había puesto bien los tapones, pero el detective solo refunfuñó mientras comía frijoles y huevos con un café tan negro que parecía aceite de motor. Ya lleno y calmado, miró un momento a Luis y le preguntó:

—¿Por dónde empezamos?

—Vos que sos el profesional, ¿qué decís?

—Mira, lo del tipo que tiene problemas con las mujeres no me satisface, precisamente porque son dos. En este caso, habría que ver qué puntos comunes tenían ambas. Otra posibilidad es que son dos asesinos con motivaciones diferentes y uno se puso a la cola del otro, se aprovechó para esconder lo suyo. ¿Te molesta si fumo?

—Dale, pero pásame uno, porfa.

—Ten. No sé dónde deje el encendedor… aquí está. Bueno, hablamos de asesinos, pero podrían ser asesinas. Matar a cuentazos de piedra no necesita tener mucha fuerza.

—Lo veo más difícil en el segundo caso… —dudó Luis, recordando a su mami como una mujer muy fuerte.

—Quizás tengas razón, podría ser un hombre o una mujer. Lo que quiero decirte es que como no tenemos por el momento ni pinche idea del móvil o de los móviles, podemos sospechar de todo el barrio.

—¿Entonces?

—Entonces, a eso quiero llegar, tenemos que entrarle por la psicología—. Apenas terminó su frase, Marco se sintió un poco pomposo, pero la sombra del gran Sherlock Holmes en la pared lo tranquilizaba. Miró de nuevo a Luis, interrogándolo con una mueca que decía algo como ¿qué opinas vos? Pero el otro se quedó calladito.

—Mira —retomó Marco—, si ponemos de lado a los niños y a los viejos, no hay tanta gente. Incluyendo a los que alquilan habitaciones, no llegamos a los cincuenta. Sabemos que ambos crímenes fueron cometidos menos de tres horas antes de que descubrieran los cuerpos. Solo estudiando las rutinas nos vamos a quedar con unos treinta sospechosos. Y somos dos…

—Me parece la propuesta. Y te lo pregunto sin broma, ¿temas como el famoso tesoro u otros delirios por el estilo?

—Cabal, matamos dos pájaros de un tiro con este método porque seguro nos van a hablar de esas babosadas antes de cualquier otra, ¿no?

—Pues sí. ¿Por dónde empezamos?

—Fácil. Te acompaño durante tu jornada, damos paso por aquí y por allá, agarramos cualquier pretexto para entrarle en el tema y que quede claro que estamos buscando quién mató a estas dos mujeres.

—¿Para provocar pánico?

—Pánico, no sé, pero que cometan errores él o los culpables, eso sí.

—¿No temes que tarde mucho todo eso?

—¿Tienes otras cosas que hacer? —preguntó el detective sin ninguna ironía, al contrario… a un Luis que parecía de repente incómodo.

—No, y es la prioridad de mis prioridades. ¡Imagínate! Solo que estoy pensando en tu pago.

—Ah, ya… No te preocupes, mientras tu familia me aguante, quedo a cargo aquí. Los familiares de Margarita Méndez me prometieron una contribución. De qué me voy a quejar, ¿eh?

Se rio Luis:

—Estamos, estamos, está bien, quedamos así por el momento.

—¿Cómo que por el momento?

—Me llega, bueno, nos llega tu propuesta que ya lo hablamos con mi padre anoche. Digo por el momento por si se te ocurre cambiar de idea y lo discutimos.

—Perfecto —respondió el detective con una gran sonrisa.

—Una vez más en su vida, Marco recordó que era pésimo para negociar. Por lo menos Ana Beatriz se iba a poner contenta y lo iba a felicitar por su gran desinterés.

—Vieja mula que soy —pensó el detective.

19

Hacía ya un tiempo bien largo que le dolían las piernas. ¡Ahora empezaba a lloviznar!, protestó silenciosamente. Se pegó más a la pared para no recibir gotas. Faltaban dos personas para que le tocara a ella entrar en la sala de espera del médico. No, una, porque este señor ya no aguantó y se fue. Unos minutos más, a saber cuántos, la verdad, salió un cliente y entró esa patoja mal educada que tiraba pedos en la fila de espera. La señora por fin pudo tomar asiento adentro y descansar sus pobres piernas, hinchadas por la espera. Dio una mirada alrededor —sintió otra vez un dolor fuerte en el cuello— y saludó a unos conocidos del barrio entre la decena de personas sentadas que esperaban su turno. En las paredes, unos dibujos multicolores de muelas de tamaño gigante.

—Bien bonitos, pero cuando duele, duele —pensó María Morales Alvarado.

Cuando salió, todavía seguía el chipichipi. No quería que la agarrara otro resfrío. Así que se fue a sentar ahí, en la banquita de acero con techito, al frente de la escuela pública, donde paran los buses. Por la anestesia ya no le molestaba la muela. Se sentía cansada. Mejor dicho, triste. Extrañaba a Luis, su último hijo.

—¿Por ser el consentido de su mami? —se preguntó a sí misma—. No —respondió casi en voz alta—. A la gran, van a pensar que me volví loca —reflexionó dando ojeadas rápidas por doquier—. No por consentido, no. Extraño a mi hijito, está lejos desde hace tiempo. Claro que vale la pena cuando ves lo que nos envía cada mes. Recordaba la conversación con su marido mientras desayunaban. Pero no vale perder un hijo. Un melón, diez melones, ninguna fortuna vale un hijo, paparucho. ¿Quién sabe? Talvez lo mataron los negritos, allá.

—Estás exagerando. Como que la vida, con todos sus problemas, necesita aún más dramas. Cálmate, mamita, cálmate, porfa. Me pones nervioso con ese tipo de babosadas en la madrugada. Ni te cuento, hoy es el primer miércoles del mes, que ya me tienen tenso.

—Híjole —pensó María—, la reunión del Comité de Vecinos. Ya está como la gran diabla mi querido esposo. ¿Cómo que no, vos? Pinche reunión. Pinche Comité de Vecinos. Se reúnen ahí en el redondel. ¿Cuántas horas tardan ahí? ¿Dos? ¿Tres? En la oscuridad del atardecer, todo el mundo de pie. Habla uno, habla otro, y cómo les cuesta ponerse de acuerdo. Siempre hay unos viejos machos que tienen que aprovechar para hacerse los gallos ahí. Me lo contó mi marido. Pero él tiene que estar, que somos de los primeros que

llegaron aquí, era puro monte por todas partes, fuimos nosotros los que luchamos tanto para el primer poste de luz. Pero así es, opinando uno y otro sobre cualquier cosa. ¿El asfalto de la calle principal a quién se lo deben si no es a nosotros, pues? Es cierto, mi pobre marido tiene que estar ahí. ¡Yo no aguantaría!

—Permiso, usté, ¿me da espacio?

—Doña Margarita, porfa, siéntese, que esta llovizna no quiere parar. ¿Cómo la trata la vida, usté?

—Me duele la cabeza, migrañas, bueno, usté ya sabe. ¿Estará en el velorio esta noche?

—¿El de este pobre don Roberto? Por supuesto. ¿Y usté?

—Por supuesto.

A doña Margarita Méndez Vinicio, igual que a doña María Morales Alvarado, les gustan los velorios.

Los preparativos empezaron desde el día anterior. Se encargó don Pascual, el esposo de doña Esmeralda. Es muy buena gente don Pascual, siempre saluda, siempre sonriente. Es taxista, no muy legal, pero le da comida a toda la familia. No tenía ningún lazo familiar con este pobre Roberto. ¿Durante cuantos años estuvo trabajando para la Muni, limpiando las calles con su media escoba? A saber. Cuando supo que el viejo no tenía nada de familia, don Pascual se tomó la iniciativa, organizando todo. Muy buena gente, se lo digo. Empezaron a medio día. La Muni prestó la carpa y las sillas. De inmediato se pusieron a trabajar las malas lenguas:

—Mire usté, el color de la carpa, de las sillas, las del Partido.

Pero a don Pascual le importa un bledo. Le importa la realidad, que Roberto reciba todos los honores, a pesar de nuestra pobreza, que la comunidad lo acompañe en su último viaje, como le gusta repetir. Ya era de noche. El aire frío le daba fuerte, se escuchaba cómo pasaba aullando entre los árboles del cementerio, en la otra orilla del barranco. El cajón reposaba en la parte de atrás de una ambulancia prestada por la Muni, puertas abiertas, frente a la casa de don Pascual, donde están terminando de agregar una nueva habitación arriba. Que no le va tan mal a este, ¿no? ¿O es que los dos hijos que empezaron a trabajar le dan a uno su dinerito? Yo creo que sí, bien criados que son estos. Había como doscientas personas, casi todo el barrio, salvo don Paco. Él participaba a su manera, mirando desde la ventana de su segundo piso. Unos, pero muy pocos, vinieron en carro, por el frío. Cuando llegaba alguien, solo o en familia, cada uno abrazaba largamente en silencio a doña Esmeralda y a don Pascual pasándole despacito una mano en la espalda antes de quedarse un rato de pie cerca del cajón y luego sentarse en una de las sillas de plástico. Unos patojos jugaban con una pelota en la calle, dichosos sin saber de la muerte. Más o menos. La semana anterior dieron a balazos a un

dominicano amarrado con una de las hijas de doña Catarina. Por alegar mucho, decían unos. Por motero, comentaban otros. Andaba de día como de noche en el barrio con ojos inyectados por la marihuana y la piedra, y la pistola bien visible en el cinturón. Parece que la noche anterior a que lo encontraran tirado frente a su casa se metió con unos cerotes en las casetas de arriba, a la par del parquecito. ¡Pendejo este, que apenas acababa de salir de la cárcel! ¡Y el pobre hijo, que ni tenía quince años, qué pena! No tiene suerte doña Catarina, perdió hijos y ahora empieza con los nietos…

—Lástima que siempre hay unos pleitistas buscando líos, que no nos dejan vivir en paz. Es como este chiflado —que ni es del barrio— que trató de abrocharse a una hija de don Bernabé el mes pasado, cuando pasaba de noche frente al lote vacío al regresar de su trabajo. Escuché que la acosaba desde que bailó con él en la feria. ¡Es que esas chavas pisadas también! Ahora modelan en el internet, ponen su foto en calzón. Me puso al hilo mi hijo, que trabaja en informática. ¿Cómo que no van a tener problemas? A puros pencazos lo mataron, eran varios, a saber quién. Lo sorprendieron con los pantalones abajo. ¡Que Dios nos proteja, usté!

El ambiente era discreto. No tenían todos cara de empleados de funeraria. La gente conversaba, otros se reían, sobre todo jóvenes.

—Idiotas, mira qué contentos se ven —refunfuñaba don Paco desde su claraboya—. Necesitan muertos para festejar conjuntamente, cristianos y separados, qué vergüenza. Ya no se recuerdan cómo tiran toda su basura a la calle, que se la tenía que recoger el pobre Roberto.

Unos adolescentes estaban haciendo bulla, bromeando en voz muy alta sobre uno de ellos que andaba en camiseta y pretendía no tener frío, pero nadie les prestaba atención. Doña María entró en el garaje, recogió un tamalito de chipilín y una taza de chocolate bien caliente, y tomó asiento a la par de doña Margarita. Se quedaron así sin dirigirse la palabra, cada una con un perraje negro que le cubría el pelo, agachándose ligeramente de vez en cuando para tomar a sorbos discretos la bebida humeante. Les gustaba estar así, juntas y silenciosas cuando la muerte estaba fanfarroneando en el umbral de la vida de una de ellas, o de las dos como ahora. Juntas se sentían más fuertes. Lo sabían porque no era la primera vez que pasaba. Ya pasó, por culpa de Martín, pobre infeliz y su pretendido tesoro. Lo sabían mejor que nadie, pero nadie lo sabía. A lo largo de la noche, se iban a ir poco a poco, porque mañana habrá que levantarse temprano. Unos chavos que estaban jugando naipes en el capó de un taxi apostaron que las dos viejas estarán o ya no estarán sentadas en sus sillas de plástico cuando se levante el sol. Estarán. Vieja complicidad que desafía el tiempo. Y el barrio.

Podría enamorar a la Lisa, que es bien chulita la verdad con su diente de oro y sus puntitas que se adivinan cuando anda de pachanga con su blusa y su corte de San Pedro Carcha. Pero tardaría mucho. ¿Y a qué te sirve un tesoro cuando ya sos viejo?

—De todas maneras, está enamorada de Ricardo Arjona, entonces, ¿para qué? —pensó Carlito—. ¿Y la Catalina? No es tan grande pues. Pero suena raro que la mujer sea más vieja que el hombre, normalmente es al revés. Es un mango la Catalina, y muy trabajadora, siempre por abajo y por arriba. Pero esos pisados de la mara me van a chingar que ando con una vieja. ¡Me pela la verga, pues! Estudia en el colegio de las hermanas arriba. ¡Eso! Le voy a preguntar si me puede apoyar en la escuela ¡Eso es! Va a salir dentro de poco. ¡Vamos!

Se fue como alma que se lleva el diablo de la casa hasta la cuadra siguiente, cruzando frente a la panadería como si hubiera un incendio en la vecindad:

—¿Qué le pasa a ese patojo? —preguntó doña Jerónima a un cliente que estaba averiguando su vuelto—. Este Carlito me preocupa, ¿no será un poco loquito?

—¿Me podrías ayudar? Me cuesta en la escuela…

Catalina miró al chavito. Lo conocía, era el Carlito, el pequeño que vivía en la casa de la esquina donde vivían varias familias evangélicas en una casa con techo de láminas.

—¿Cómo así? —preguntó la mujercita, para ganar tiempo. Le preocupaba que les estuvieran mirando los demás alumnos del colegio, lo que estaban haciendo, por supuesto. Ya se imaginaba los comentarios pesados mañana en el primer recreo.

—Pues escuché que sos buena estudiante, y a mí me cuesta. Quiero ser buen alumno, pero cuesta.

—¿Me está tomando el pelo el niño o qué? —Dio otro vistazo alrededor. Estaban la Fernanda y la Irene muy cerca, como que no estaban escuchando, con uñas enterradas esas dos gorditas chismeadoras. Pero este patojito con su demanda la emocionaba, mala idea, pero la emocionaba ahí de pie a la entrada del colegio esperando su respuesta.

—Mira, Carlito —susurró Catalina—. ¿Por qué no vienes a casa, digamos, a las 16:00 y miramos lo que se puede hacer, está bien?

—Está bien, muchas gracias, muchas gracias —y ya se iba corriendo el chavito. Parecía muy feliz. Por qué desilusionarlo, ¿eh?

Estaba como la gran puta Carlito porque su mami le pidió recoger

leña en el barranco. No le gustaba recoger leña en el barranco porque había que buscar mucho para encontrar apenas unos palitos secos, se resbalaba por la pendiente, y andaban asaltantes por ahí. Bueno, nunca encontró un asaltante, pero decían que había asaltantes por ahí. Y no tenía washa. ¿No serán ya las 16:00? Así que iba trabajando rápidamente el Carlito porque si no, todo su bonito plan se iba a ir a la mierda. Cuando tocó a la puerta de don Martín, estaba todo sudado y temblando.

—Te adelantaste, papito —le dijo Catalina al abrir la puerta con una gran sonrisa. Pasa adelante.

—Es que... no tengo la hora —balbuceó el patojito, tratando de quitarse discretamente el sudor de la frente. Lo primero, para coquetear una chava, es que no te parezcas a un campesino que viene de la milpa vos, tienes que llegar bien duchado y perfumado, le hubiera comentado Gerardo, uno de sus hermanos mayores. Carlito se había puesto un poco de agua de colonia, que le robó al pinche Gerardo que se las sabía todas sobre mujeres, pero no paraba de sudar. Y de temblar.

—Siéntate aquí. ¿Quieres café?

—Un poquito, gracias. Ya no se sentía tan incómodo. Le gustaba mucho la casa, limpia, bien arreglada. Tenía sus tejidos de colores bien bonitos en la tele, en la mesa. Le gustaban esos pequeños objetos de madera que tenían bien ordenaditos en un mueble bajo. Había una jirafa amarilla con manchas negras, un quetzal con su larga cola verde y algo que parecía un elefante con grandes orejas.

—Toma, ¿quieres azúcar?

—No, gracias, lo tomo sin azúcar.

—¿Y eso?

—Para que no se pierda el sabor —respondió Carlito. Se sintió adulto, acababa de marcar un punto, ¿no? Catalina se echó a reír. El chavo se sentía más seguro de sí mismo. ¿No pretende Gerardo que, si haces reír a una mujer, ya te la ganaste?

—Cuéntame, ¿cómo te va la escuela? —Catalina tomó asiento a la par de Carlito y lo miró con ironía. El patojo dio ojeadas por todas partes, pensando en el plano que tenía que dibujar. ¿Cómo será el resto de la casa?

—Mal, no puedo concentrarme en la clase, mucha bulla, a nadie le importa. En casa, hacer las tareas, olvídalo, no hay lugar para estar tranquilo, cuando no se ponen a husmear en mis libros y mis cuadernos.

—¿Nadie te ayuda en casa, decís vos?

—Nadie.

Catalina miró el techo, pensativa. Se aprovechó Carlito para agacharse un poco y dar un vistazo en el corredor. Pero no se veía

nada. Se rio de nuevo ella:

—¿Dónde te cuesta más?

—Las matemáticas.

—Ya veo. ¿Cuántos años tienes, Carlito?

—Catorce. Ya era demasiado tarde, la mentira le salió de la boca como una culebra maliciosa. Se rio otra vez Catalina.

—¿No me digas? Mírame, Carlito. ¿Te gusto? —El patojo se ruborizó, buscó un hoyito en la pared del frente donde esconderse:

—Sí —susurró—, ya hace tiempo.

—Ah, ¿sí? No me di cuenta, fíjate. ¿Te gustaría que te enseñe mis pechos?

—¡Ay, no! —exclamó Carlito—, no quise decir eso… —Ahora quería estar afuera, en la calle, donde sea, pero aquí, no.

—Tranquilízate, pues, es broma, nunca te voy a mostrar mis pechos, ¿oíste?

—Sí, entiendo, está bien. ¿Entonces?

—¿Entonces qué? Tienes agallas vos,

—No sé. ¿Se ve que estoy temblando de las rodillas? —se preguntaba el chavito.

—Escúchame bien. Voy a traer más café de la cocina, ¿sí? Cuando regrese, quiero que me digas por qué estás aquí. Si me decís la verdad, te prometo que te ayudaré para la escuela, lo que pueda, pues. ¿Entendido?

—Entendido.

—Qué bien, piénsalo. Ahorita vuelvo.

—Me voy a morir. Me voy a morir del corazón en este maldito sofá, adiós, mami, adiós, papi, ya se me para el corazón, perdón.

—¿Más café? —le preguntó Catalina de vuelta, siempre sonriendo.

—No, gracias. Estoy jodido —pensó Carlito—, sí que me gusta esa chavalita, sus maneras, es atinada. Me gusta como camina.

—Bueno, te escucho.

—¡Cuando sea grande, quiero casarme contigo! —dijo casi gritando. Catalina se rio:

—Eso, acabas de inventártelo, pero te creo, y lo tomo como un cumplido, gracias. Ahora cuéntame por qué estás aquí.

—Por mis estudios —afirmó Carlito. Recordó una película que vio a noche en la tele donde un prisionero se dio cuenta que le caía orina del pantalón de otro que estaba a su par en una fila esperando a que les den a cuentazos los guardianes. El niño miró el piso, suspirando. Todo bien.

—Ya hablamos de eso. ¿No habrá otro motivo?

—Pues… ¿No lo vas a repetir a nadie?

—No lo voy a repetir a nadie, lo juro sobre mi finada mami.

—¿No extrañas a tu mami?

—Carlito…

—Es por el tesoro —murmuró el niño.

—Perdón, no te escuché.

—Por el tesoro…

—¿Cuál tesoro?

—El tesoro de don Martín, ¡pues! —exclamó Carlito tratando de recuperar el valor.

Catalina se puso a reír a carcajadas:

—No me estoy riendo de ti, Carlito, pero ¿te lo crees?

—Pues sí, todos se lo creen —respondió el chavito confundido.

—¿Quién se lo cree?

—Los del barrio.

—¿Sabes qué? Si empiezas a creer todas las idioteces que se cree esa gente, no te sirve estudiar, estás perdido.

—¿Cómo así?

—Don Martín es mi padre, vivimos en la misma casa y yo te lo digo: no existe ese tesoro.

—¿No?

—No y no.

—¿Entonces? —Le daban ganas de llorar a Carlito: adiós la BMW para papi, la casa con loza para mami…

—Entonces te apoyaré para la escuela. Venite aquí a las 16:00, cuando yo hago mis tareas del colegio y estudiamos juntos. ¿Te llega?

—Me llega rebién, te debo una. —Carlito se levantó como si estuviera de prisa, le faltaba la respiración.

—Muy bien, nos vemos mañana entonces.

Catalina lo acompañó a la puerta. Cuando la cerró, Carlito se sentía bien estúpido. Pero feliz:

—¡Puchis, creo que estoy enamorado, vos!

21

¡Demetrio Vinicio Gómez no es un idiota! ¡Demetrio Vinicio Gómez quiere salir adelante! ¿Dónde dejaron las gradas? Que me voy a caer… Hacen ese tipo de truco los pendejos, te quitan las gradas para llegar a tu casa. ¿No lo crees? Te digo que sí, sí, sí, te quitan las gradas para quitarte las ganas, para que se te vaya el entusiasmo. Sé de lo que estoy hablando; a veces, ¿sabes qué?, te quitan hasta el piso, lo intentan, pero que se vayan al infierno. ¿No me crees? Mírame ¿me ves como un miserable, un pobre infeliz? Olvídalo, papito, a mí no me van a joder. "Te van a joder". Me recuerda la canción. ¡Ja, ja, ja! ¿Dónde está el pinche interruptor? Aquí está. ¡Gracias, la luz, necesito luz! ¿Ves? ¿Ves? Está la luz, están las gradas. Nadie va a parar a Demetrio Vinicio Gómez, nadie. La gran puta, tengo que calmarme. Respiro, así, respiro, mucho aire, así, profundamente, profundamente, qué bien, necesito aire. ¿Quién dice que estoy bolo? ¿Quién? ¿Quiéééén? Pues sí, estoy bolo. ¿Y qué? ¿Tú sabes la mierda dónde estamos? Respóndeme. ¿Sabes de la mierda, de la divina mierda dónde estamos? Nel, nel pastel... No tenés puta idea de la mierda en la que estamos. ¿Te lo explico? ¿Será? Espera, que tengo que abrir la puerta de mi habitación. Aquí esta, aquí está la Señorita Llave. Dependo de usted, Señorita Llave, dependo de usted, de su buena voluntad para que se abra esta pinche puerta e irme a dormir en mi cama. Mi cama. La cama mía. El único lugar donde puedo descansar de todas esas putadas. ¿Sabes qué? Me da asco. ¿Qué decís? ¿Envidioso? Nel pastel, mano, no te equivoques, no siento envidia. ¿No me crees? ¡Ja, ja, ja! Vos sos el equivocado. Pues sí. ¿No me crees? Es que ese es el mero problema, no creen nada. ¡Ah claro, creen en Dios! Yo también creo en Dios, ¿cómo no? Creo en Dios. ¿Cómo que no me crees? Creo en Dios. ¿Pero de qué te sirve Dios si no crees en los humanos? Nel pastel, mano, escúchame, no seas pura lata, te hablo de que hay que creer en los humanos. ¡Claro que no se lo merecen! Pero no es el tema, vos. ¿Oíste? Te lo repito, y me importa un pepino si estoy bolo o no. ¿De qué sirve creer en Dios si no crees en el ser humano? ¿Suena presumido? ¿Pomposo? ¡Ja, ja, ja! No, papito, solo te digo: podemos hacerlo mejor. ¡Claro que sí! ¡No me chingués, ya veo a dónde quieres llegar, ¡tramposo! Nunca pretendí que quien quiere puede. ¿Qué? Neeel, nunca dije eso. Lo que te digo es que podemos darle un poco más. ¿Cómo así? Gracias, Señorita Llave, gracias. Cómo nos costó abrir la pinche puerta, ¿no? ¿Ves? Imagínate un mundo sin puertas… ¿Qué digo? No friegues… Es que estoy un

poco cansado, pues. Otra vez: imagínate un mundo sin llaves. ¡Ja, ja, ja! Te gusta la idea, reconócelo, te gustaría un mundo sin llaves. ¿Sí o no? Aquí está mi cama, mi querida cama, mi nido, mi nidito. Pero no me voy a acostar, que no. Yo no soy de esos que se refugian en su cama para olvidarse del mundo. Soy de los que su mami les repetía día por día: Mijo, nunca dejes que te pisoteen. ¡No me van a pisotear! ¿Te parece pretencioso? ¡Ja, ja, ja! Démosle, pues, soy pretencioso, ¿y qué? ¿Soy pretencioso porque ya me cansé de la miseria? ¿Soy pretencioso porque te digo que podríamos ser más felices? Nel, no estoy gritando, solo te estoy hablando con todo mi corazón. Lo sé, soy un pobre empleado del Estado, un simple polaco, nada más que un pobre chonte. ¿Y qué? ¿No tengo derecho a pensar? Ups, me corrigió: ¿no puedo pensar? Ya sé que no tengo muchos estudios, ¿y qué? ¿Es una razón para tratar de humillarme? ¡Demetrio Vinicio Gómez no tiene estudios, pero sí puede pensar! ¿Lo tenés clarito ahora? Qué bien. Espera, que me tomo un poco de agua. Qué rica el agua, que rica, quiero jubilarme a la orilla de un río. ¿Sabes qué? Estoy cansado de esta ciudad llena de gente que no sabe cómo vivir en una ciudad. No, vivir, está mal la palabra, convivir, eso, convivir. Puta, cómo me duele la ñola. Lo sé, lo sé, a mí no me lo vas a explicar, no te olvides que soy de un pinche caserío de Jutiapa, en el campo es igual, no saben convivir. Solo piensan mal, hablan mal de los vecinos. ¿Odio? No sé si es odio, mano. Prefiero no creerlo, si no me queda solo darme un tiro en la cabeza. ¡Me gusta la vida!, ¿sabes?, ¡me encanta la vida! Pero como chingan, vos, como siempre se hacen los gallos, como andan ahí desafiándolo a uno. Increíble, ¿no? No quieren que uno sobresalga, pero se hacen los gallos. Deberían aprender a sentir admiración por uno que logra lo que busca, felicitarlo, mire, don, lo felicito, lo admiro, qué bien que logró lo que buscaba. Pero no, no es así, prefieren tener envidia y echarle mierda. Solo los escuchas y entiendes cuál es nuestro problema: la mierda que sale de sus bocas es mierda que tienen en la mente, la tienen podrida. ¡Claro que vivo solo! ¿Y qué? ¿Para qué me voy a meter con una mujer que solo estará ahí chillando? ¿Sabes qué? Yo quisiera una mujer que me admire y que me cause admiración hacia ella. ¡Miren, qué mujer tengo, qué mujer, miren cómo es de capaz, tiene sus ideas, sus deseos y cumple con sus objetivos, la admiro, la quiero, la amo! ¿Te suena a huecadas? No me sorprende, pues. ¿Viste? Te lo dije, tenemos un problemote ahí. Cómo me duele la ñola. Mira, vos, hablando de mujeres, ¿qué te parece esa chingada de Santa Mónica? ¿Qué decís? ¿No conoces y no te importa un pepino Santa Mónica? Escúchame pues, te estoy hablando del barrio de Santa Mónica, ese puto barrio de Santa Mónica de San Ildefonso Pinulo. Interesante, ¿no? Claro, no se necesita haber leído la Biblia para saber lo que va a pasar: la policía, nosotros, no

vamos a hacer nada, y la gente ahí se va a conformar una vez más con la idea de que la policía no sirve. Qué bonito, ¿no?, qué chulo. Por lo menos, todos se ponen de acuerdo, ¡ja, ja, ja! Déjame tranquilo con eso de las hipótesis, no se necesita hipótesis. ¿Sabes cómo llegué a ser investigador? Muy simple: tenés que entender cómo funciona la gente. No te vayas a creer que los criminales son como estos de la tele que tienen cerebros muy complicados. Hay una posibilidad sobre un millón que tengamos un Hannibal Lecter andando por ahí ¿me entendes? Los criminales son como tú y yo, y un día se les va la mano, pierden el control, y no están la familia, los amigos, el Gobierno, pues si queres, ok está bien, está el Gobierno para decirles mira, papito, cuidado se te va la mano, cuidadito. ¿Me entendes? ¿Qué? Nel pastel, no sé quién mató a esas dos mujeres en el puto barrio de Santa Mónica del puto San Ildefonso Pinulo. ¿Tenés curiosidad? ¿O tenés morbo? Ese maldito morbo también nos tiene bien agarrados. ¡Ah, eso sí, estoy totalmente, to-tal-men-te de acuerdo contigo! La prensa se aprovecha, alimenta, qué te digo, vive del morbo de la gente. ¡Hacen pisto con el morbo! ¡Ja, ja, ja! Bonita sociedad la nuestra, ¿no? Puta, me siento mareado, mejor me voy a dormir para olvidar toda esa mierda. Y mañana a primera hora apostamos, ¿queres apostar? Me va a caer encima el jefazo preguntándome: ¿Cómo vamos, Demetrio, con nuestra hipótesis? ¿Qué queres que le diga? Mi hipótesis, mi hipótesis, jefe, es que él que asesinó a estas doñas es un hombre como usted, como yo, un vecino del mismo barrio, que se le fue la mano, ya no aguantaba, se hizo una pinche película en la cabeza, quizás se pasó años y años montando la pinche película en su mente loca, pero no tan loca, ¿me entendes? Y un día se tomó la decisión: eliminar así del planeta, de su existencia, porque ya no aguanta, ¿me entendes?, pura y simplemente, las esposas de los que tienen una casa de dos pisos, mujeres a las que les rechazaron un noviazgo, que tienen gallos chillando todo el día en su patio, que comen pan francés y no tortillas, ¿qué sé yo? ¿Que andan con pantalones o que compran en una tienda y no en otra? ¿Me entendes? Al jefe le voy a decir que es un tapaculo, que no tengo hipótesis, que soy un idiota y que tengo sueño. Buenas noches, vos.

(¿Dónde se apaga la luz aquí? Bah, que se quede encendida).

22

Marco, Oscar para los del barrio, se sentía agotado. Luis se dio cuenta:

—¿Estás bien?

—Sí, solo que la jornada fue larga.

Habían terminado muy tarde para poder hablar con gente trabajadora que alquila su habitación, mejor dicho, un cuarto y nada más, en varias casas del barrio, y regresa del trabajo cuando ya viene el atardecer. De hecho, los dos investigadores no hicieron gran cosa el resto del día. Solo estuvieron paseando, saludando gente, conversando con ella. El detective se lo tomaba en serio y trataba de descifrar a cada persona encontrada. Ahora tenía migraña, normal.

—Ok —dijo Luis—, es hora del *debriefing*.

—¿Del qué?

Luis se rio:

—Hora del *debriefing*, hora de sacar las conclusiones del día, pues.

La mirada de Marco vagabundeó en las láminas del techo. Observó dos hoyos de impactos de bala, ¿o era su imaginación cansada? Se dio cuenta de que estaba sudando a pesar del frío.

—¿Tengo gripe? —se preguntó.

—No sé qué decís, vos, pero considerando los horarios de esa gente, la hora de los dos crímenes y lo que nos contaron, pienso que podemos sacar de sospechas a este paquete.

—¿Lo decís por lo que nos dijo este señor, Jaime, si recuerdo bien su nombre, que vive en la casa de don Marcelino?

—¿Lo del rencor?

—Pues sí, algo como “hay que tener mucho rencor para cometer ese tipo de monstruosidades”…

—Me llamó la atención, exacto, ¿a ti?

—Igual, y no fue el único que lo comentó, también ese joven que trabaja en el Cemaco, varios concuerdan que matar así a esas dos doñas tiene que ver con un resentimiento, un viejo resentimiento.

—Totalmente de acuerdo contigo. ¿Podemos afirmar que el culpable o los culpables son vecinos de hace tiempo del barrio?

—Así es, mano.

—¿Cómo te pareció la discusión con don Silvestre, él de la cantina?

—¡Ja, ja, ja! Estaba medio borracho el señor.

—Bueno, si anda medio bolo todo el tiempo, entonces estaba en su

estado normal cuando lo encontramos.

—¿Van a cenar? —interrumpió una hermana de Luis desde el umbral de la habitación. Hay frijol y huevos revueltos.

—Ahorita llegamos —respondió Luis levantándose.

La fachada hacía todos los esfuerzos posibles para parecer una cantina. En las puertas metálicas del espacio que fue utilizado en otros tiempos como garaje estaban pegados varios rótulos de promoción del litro de chela, que te sale más barato que comprar por botellitas, y un afiche anunciando el regreso de Vicente Fernández, el famoso de la ranchera mexicana, con su inmenso sombrero a la Emiliano Zapata y su vestido cubierto de bordados que siempre le dio toda la apariencia de un torero medio maricón.

—No se cansa —comentó Luis—, debe ser la tercera vez que dice que se jubila y luego regresa.

—Tal vez por los impuestos —se burló Marco.

Tocaron varias veces la puerta y ese ruido resonaba lúgubremente adentro, como en una inmensa sala vacía. Abrió un señor que tenía como sesenta años, flaco, el pelo medio largo sembrado de canas y una barba de varios días. El detective notó de inmediato su nariz, una patata roja enorme plantada en el medio del rostro, y una playera cuya blancura resaltaba las innombrables manchas de comida y saber que más. Luis saludó con un fuerte abrazo, compartiendo su pésame y comentándole su felicidad de que el jovencito había regresado a casa.

—Usté es Oscar, ¿así es? Entren, porfa.

Penetraron en la sala, efectivamente totalmente vacía, con unas mesas y sillas de plástico amontonadas en una esquina. En las paredes había afiches con rubias en bikini, uno de los Tigres del Norte y otros más del inevitable Vicente Fernández. Se sentía un fuerte olor a cloro y tabaco frío. Don Silvestre jaló tres sillas de plástico y tomó asiento.

—Por favor, siéntense.

Apenas estaban instalados sus dos invitados que el don levantó los brazos, los ojos bien abiertos, como si tuviera una pistola dirigida en su contra:

—¡Lo juro, no fui yo!

Mientras le llegaban los efluvios de aliento cargado, Marco no supo si tenía que guardar una cara seria o reírse de la broma. Luis no reaccionó y acercó su silla a la de don Silvestre:

—¿Cómo podemos estar seguros de eso al cien por cien? —interrogó Luis. Ya arrepentido por su ofensa, el viejo no perdió la calma frente a la provocación:

—Hay hombres que golpean de vez en cuando a sus mujeres, pero no quiere decir que un día las van a matar, créame, jovencito.

—Sin embargo, la canción dice… —empezó Marco.

—Lo que dicen las canciones y la realidad son dos cosas bien

diferentes —le cortó secamente el cantinero.

—¿Y si se le agrega a la canción una buena dosis de guaro? —insistió el detective.

—Buena pregunta —respondió el señor, levantándose—. ¿Algo de tomar? —Los dos rechazaron con cortesía. Regresó don Silvestre con una chela ya medio consumida y se acomodó en su silla—: No tengo muchos estudios, la verdad no tengo ni mierda de estudios, pero tengo mis experiencias en la materia. No es cualquier fulano el que va a matar a dos mujeres en dos momentos diferentes, en dos lugares diferentes, incluso si está totalmente alcoholizado y que se cree lo que cuentan las rancheras.

—¿Cómo así? —preguntó Luis.

—Mira, jovencito. ¿Recuerdas cuando llegó tu familia aquí?

—No mucho.

—Pues yo ya estaba aquí, con mi cantinita. Les digo, soy gato que caza echado. Aquí he visto pasar centenares de infelices, del barrio o de barrios vecinos, pero pobres infelices más que todo. Conocen el dicho: "Perro que ladra no muerde".

—¿Quién no ladra aquí? —preguntó Marco.

—¡Con calma, señor Oscar, con calma! —exclamó Don Silvestre—. También hay perros que no ladran porque son perros tranquillos, no quieren problemas, ¿sí o no?

—Claro que sí —reconoció el detective.

—Entonces buscamos perros que no ladran, pero inquietos… —insinuó Luis.

—Las cosas nunca son tan sencillas como parece. —Se tomó dos tragos y se limpió los labios agarrando una manga de su playera—. Yo soy, digamos yo soy como un abogado, un médico, quiero decir que tengo una relación de confianza con mis clientes.

—¿Algo como el secreto profesional? —preguntó Marco—. ¿Nos está diciendo que sabe quién es el asesino, pero no lo puede decir? No me lo puedo creer… —pensó el detective.

—Algo así, pues, permiso, ahorita vengo. —Se levantó de nuevo y desapareció detrás de la cortina.

—¿Se lo toma en serio lo del secreto profesional? —interrogó Marco.

—¿Por qué no? Quizás ha durado tanto tiempo su negocio gracias a eso, ¿no crees?

—Podría ser, podría ser. ¿Viste los modelos en las paredes?

—¿Qué tienen?

—Solo rubias…

—¡Ja, ja, ja! Uno siempre quiere y sueña con lo que no tiene, lo que nunca va a tener. Así somos, amigo, como decía el don, pobres infelices.

—Yo apostaría a un vecino del barrio, ya de cierta edad, un solitario, tal vez tiene familia, tal vez vive solo, pero solitario, no sabe de armas o tiene poca imaginación, o no sabe de armas y tiene poca imaginación —afirmó el cantinero, retomando asiento—, y que no toma —agregó fijando a Marco en los ojos. Este último y Luis se quedaron con la boca abierta.

—Madre mía, el Sherlock Holmes soy yo ¿Qué me está haciendo el pendejo? —se preocupó el detective—. ¿Son clichés para impresionarnos o lo tiene bien pensado usté?

Se rio a carcajadas el viejo:

—¡Clichés! ¡No, que no! Clichés escucho toneladas cada noche, no son clichés, se lo juro por la santa Virgen, soy muy serio.

—¿Entonces? —preguntó Luis que estaba claramente todo oídos. Ahora don Silvestre se veía satisfecho. Retomó dos tragos, otra vez el ritual con la manga de la playera, se acomodó de nuevo en su silla y, con el índice levantado, empezó con sus explicaciones:

—Es un vecino, porque moverse aquí para matar a dos personas durante el día sin que nadie se dé cuenta es como caminar en un potrero sembrado de minas. Dije de cierta edad porque por la misma razón hay que conocer rebién el lugar y los hábitos de la gente —retomó su respiración—. Tal vez sí es un cliché, como dice usté, don Oscar, cuando habló de un solitario, pero es lo que siento. No sabe de armas y no tiene imaginación. ¿Por qué dije eso? Ah sí, porque lo de las piedras, usó lo que encontró en el mismo momento…

—¿Dice usté que no fue premeditado? —lo interrumpió Marco.

—¡Claro que fue premeditado, bien preparado, si no ya sabríamos quién es! Pero un criminal puede preparar sus actos con cólera ¿no? —Ahora el cantinero se veía absolutamente satisfecho, retomó un trago, sin el ritual de la manga de la playera, y observó sucesivamente a Luis y a Marco—: ¿Qué dicen ustedes?

—¿Y no toma? —preguntó Luis.

—No toma. Si uno lo hace escondidito en casa, yo lo sé. No soy investigador, pero yo les aseguro que conozco bien a mi profesión.

Se levantó, caminó hasta la puerta y la abrió ruidosamente:

—Bueno, caballeros, me disculpan, pero tengo que hacer. Que tengan un buen día. —Y sin esperar más comentarios, los echó pura y simplemente a la calle.

23

Daniel se enderezó, tomó oxígeno, se pasó los dedos por el pelo, y recordó que le había puesto moco de gorrilla. Se limpió el gel que se había quedado en la palma de su mano en los vaqueros nuevos que había comprado en la paca el sábado anterior, por si le funcionaba la cita con Gabriela. Coqueteando y coqueteando, ella por fin había aceptado su propuesta, entonces hoy se los puso, bien planchaditos. Se preguntaba si la camisa estaba bien, nueva también. La verdad es que tenía un poco de frío, pero lucía más guapo en camisa que con suéter. ¡Con chompa, no friegues, me parecería como puro rapero! Estaba bien la camisa. No estaba satisfecho con sus zapatos, muy usados, pero en la oscuridad de la noche, ella no se daría cuenta.

—Espero —suspiró el chavo que ya tenía como media hora plantado atrás del colegio de las hermanas.

Miró los alrededores: el inmenso muro que separaba el colegio del lote vacío, atrás estaba la nueva maternidad, no se escuchaba nada.

—¿Será que tienen guardián? ¿Hacen rondas? ¿A veces dan vistazos por aquí?

Sonó su celular. Mensaje nuevo. De Gaby: “Mi mami necesita un apoyo espérame tqm”. Daniel tecleó rápido con sus dos pulgares: “Ok aki stoy tqmtmbn”.

—¿Cuánto tiempo pasó? Ya se sentía resfriado Daniel. Debía tener mala pinta ahora. ¿Mejor cancelar la cita? No, me costó tanto convencerla. Le dio un clic en el celular: 22:00. Mejor espero un poco más.

Se escuchó un ruido a la derecha. ¿Hay alguien? ¿Un animal? No se sentía muy bien. Ya se imaginaba el escándalo si los veían juntos, Gaby y él, a esta hora de la noche.

—¿Daniel? —Era ella, suspiró, ya se sentía más tranquilo:

—Aquí estoy. —Gabriela salió de la oscuridad. Andaba con vaqueros, una chumpa bien gruesa y su gorra de los Red Bulls.

—¿A dónde vas, a subir al Pacaya o qué? —trató de reírse él.

—Tengo frío, ya sabes que soy friolenta. ¿No tienes frío tú, solo con esta camisa?

—No, si estás aquí conmigo, no tengo frío. —Mentiroso, estaba congelado.

Gabriela sonrió, le tomó las manos entre las suyas:

—Mil perdones, es que mi mami no me dejaba, haz tal cosa, haz tal otra y otra.

—¿Tus padres saben que estás afuera?

—¡Estás loco, me matarían!

Daniel puso sus manos en las mejillas de la chava:

—Eso nunca lo permitiría, amorcito, nunca. Iba para darle un beso en la boca, pero cabal Gabriela pasó su mano en su rostro como para quitarse algo que le incomodaba en la nariz. Daniel quitó sus manos de donde estaban y no sabía dónde tenerlas así que se cruzó de brazos.

—¿Cómo te fue hoy? —preguntó ella.

—Como todos los días, solo pensando en ti. —Tenía que agregar algo más, pero no le venía ni una puta idea.

—¡La gran diabla, parezco puro idiota! —pensó Daniel.

—¿Piensas mucho en mí? —Gabriela mostraba una cara muy seria.

—Todo el tiempo, ¿qué crees vos? —Tengo que calmarme, ir despacio, si no se me va a ir.

—No sé, dime tú.

—¿Cómo así? —Trataba ganar tiempo, sentía que iba a avergonzarse.

—¿Qué piensas cuando piensas en mí?

—¡Ay, eso es el tipo de pregunta que hacen las mujeres cuando se enamoran, para complicar las cosas! —reaccionó él, en pensamiento —. Pienso que me gustas mucho, mucho.

La chavita no sonría, tenía el rostro más grave todavía:

—¿Qué te gusta más de mí?

—Pues, me gustan tus ojos, tus labios, como caminas…

—¿Mis pompis, decís vos? —Sintió que se ponía a la defensiva.

—No, como te dije, como caminas, tus maneras.

—¿Mis maneras? —Daniel se desesperaba ¿Cómo se iba a salir de esta?

—Tu manera de hablar, te veo muy acomedida, siempre sonriente, servicial.

Gabriela sonrió:

—Así soy yo, me gusta ayudar a la gente. Quiero estudiar Enfermería, para ayudar a los enfermos.

—Rebién, espero que lo logres. ¿Cómo te va en el colegio?

—¡Súper! A mí me encanta estudiar, ¿a ti no?

—No mucho, quiero ya encontrar chance para tener mi propio lugar. Pero mis padres no están de acuerdo.

—Si podés seguir estudiando a los quince, está bueno, ¿no?

—Pues sí, pero tengo que empezar a preparar mi futuro, ¿no crees? —Se preguntaba si no hubiera sido mejor decirle “nuestro futuro”, para avanzar un poco más rápido.

—Claro, pero hay prioridades.

—¿Perdón? No te escuché…

—Te decía que hay que tener prioridades.

—¿Cómo así? —Ya viene otra vez a complicarme los planes… pero

la quiero, la adoro —se repetía él.

—Yo lo que creo es que primero hay que estudiar, tener uno su trabajo seguro. Luego, cuando tenés ya tu casita, podes pensar en tener marido, hijos.

—No le voy a decir que no estoy de acuerdo, no puedo —reflexionó el patojo—. Tenés toda la razón, pero si dos personas se quieren mucho, pueden empezarlo todo juntos, digo yo. —Sentía cosquillas en su pantalón, tenía ganas tocarla—. ¿No quieres hijos?

—Sí quiero, tres, dos varones y una hembra.

—Imagínate, si esperas hasta terminar tus estudios y tener un trabajo antes de empezar a tener hijos, no te va a alcanzar el tiempo.

—¿Cómo no? Tengo catorce, terminaré el colegio a los diecisiete, Enfermería son tres años, a los veinte ya tendré mi trabajo. ¿Ves?

La chava se mostraba toda orgullosa de su plan bien pensado. Daniel no supo qué responder. Gabriela lo miraba, con cara interrogativa. Pero él no sabía qué decirle. Solo quería abrazarla, abrirle la chumpa, acariciar sus chichis.

—Las tiene bien grandes, lo sé. —Le empezaba a doler entre el calzoncillo. Gabriela se rio:

—Dame un segundo que tengo una mi necesidad. —Se alejó en dirección de la pared del colegio y desapareció en el bosque oscuro. Daniel se imaginaba a la Gaby bajándose los pantalones, luego el calzón, ahora en cuclillas y su hermoso culito descubierto. ¿No lo hizo ella a propósito? Podía haber ido al baño en su casa antes de salir. ¿No me está esperando? Para que le siembre el nabo de una vez, que sea mía. Eso quiere esa pequeña viciosa, tenerme bien duro adentro. Daniel sacudió la cabeza como para quitarse los pensamientos:

—Estoy loco de remate, la quiero, no puedo hablar así, soy un puro cerdo. Dio unos pasos, para calentarse un poco y pensar en otras cosas, los dos compartiendo una hamburguesa, los dos corriendo en una playa al atardecer. Pero le vinieron de nuevo a la mente las nalgas de Gabriela agachada. ¿Tendrá mucho vello? ¿Por qué tarda tanto? ¡Estúpido, te está esperando, todita para ti, su cosa al aire libre, muévete! —Se recordaba cuantas veces había intentado discretamente ver debajo de las faldas de Gaby en el colegio—. ¡Qué no, las mujeres no son así, vos! ¿Cómo no? Son como los hombres, piensan en el sexo también. ¿Quién se va a creer esas casacas?

—Gracias por esperar, es que ya no me aguantaba —se disculpó la chava acercándose. Se pegó a él, sin mirarlo. Daniel le pasó un brazo por la espalda, la acercó más y la besó en los labios. No resistía, él introdujo su lengua en su boca y ella empezó a jugar con la suya. El chavo pensaba que por fin había logrado tener la sartén por el mango y pasó una mano debajo de la chumpa. Apenas tocó la piel de la mujercita ella dio un paso atrás:

—Pero ¿qué estás haciendo?

—Acariciándote, que sientas mi amor.

—¿Y si alguien viene?

—Aquí, a esta hora, no va a llegar nadie. Estamos en la oscuridad, nadie nos puede ver.

Cuando abrió la puerta de la casa familiar, Daniel se sentía más hombre que nunca. A pesar de que ya no recordaba muy bien, todo quedaba muy confuso: a cantinear con súplicas de desesperado. —¿No me quieres?, eso es, ¿no me quieres? —Sus falsas sospechas—: ¿Tenés otro novio?, eso es, tenés otro novio y no me quieres decir la verdad porque sabes que si es el caso me voy a suicidar, ¿lo sabes? —Casi se pone a llorar la chava. Sus amenazas cuando ya se resistía a bajarse los vaqueros: —¿Quieres que cambie de novia, eso es lo que quieres? ¡Dímelo! —Su insistencia a que si me quieres, me tenés que mostrar que sos mía. —¿No quieres ser mía? —Ni se recordaba bien cuando la penetró, de pie, por atrás, porque de frente no se podía, casi se caen los dos en el monte. Torpe y excitado, no encontraba dónde meterse. —No, este no —murmuró ella y lo ayudó con su mano. ¿Mencionó la chava lo del condongo? A saber, pura huecada… ¿Le dolía o gemía de placer? Ya no escuchaba nada, bajó la mirada, vio el culito de Gabriela, su polla, y se le fue el dolor que torturaba sus yemas. Se separaron sin una palabra, ella subió sus vaqueros, él trató de darle un chiclazo, pero ella ya estaba lejos. Orgulloso, se pasó la mano sobre la bragueta que acababa de cerrar. Desafortunadamente, no se lo podía contar a nadie. Oyó por segunda vez un ruido entre los arbustos. ¿Quién está ahí? ¿Un roedor? Se acercó en puntillas, agachado, buscando un palo para defenderse, por si acaso. Mientras agarró uno que le parecía perfecto como arma defensiva, pasó una sombra al pie del muro, no la vio, pero la sintió, pasó por ahí, se puso a correr hasta la salida del lote vacío, nadie. Acurrucada detrás del poste eléctrico, la sombra trataba de no respirar. Tampoco estaba muy preocupaba, no había espiado a estos dos mientras coqueteaban antes de que se la metiera el chavo a la chava, no le importaba, su misión era de otro nivel, un tema serio, nada que ver con niños y niñas descubriendo ingenuamente la vida. Temblando de frío, Daniel lanzó el palo en dirección del lote vacío y se dirigió corriendo a la casa paterna:

—¿Y si queda embarazada? No fui yo, tengo solo quince años. La quiero, la quiero, pero ella misma lo dijo, hay prioridades, tengo que terminar mis estudios. Por eso me gusta la Gabriela, es bien lista.

—¿Viste que se murió el señor Marlboro?

—¿Quién?

—El vaquero de los anuncios Marlboro…

—No me digas… ¿Lo atropelló un caballo furioso por tener cáncer por su culpa?

—Casi, él, él se murió de un cáncer de los pulmones.

—Miércoles, pásame uno, gracias. El primero que tosa le regala una cajetilla al otro, ¿ok?

Se rieron. Bien abrigados, estaban sentados en la terraza, observando cómo titilaban las señales luminosas de un avión que estaba despegando de La Aurora. Marco nunca había tomado un avión, a veces volaba en avioneta, pero no se podía comparar. Pensaba en un viaje grande, cuando cambias de país, de continente, cruzas un océano. Recordaba cuando vio por primera vez uno de esos aviones grandes. Habían llegado a la capital con su padre a visitar a una prima suya. Andaban en coche en los alrededores del aeropuerto y, al oír un gran estruendo, el patojo logró sacar medio cuerpo por la ventana y ver el enorme vientre blanco del monstruo que pasaba a no más de cien metros de altura. Cada día encontraba gente dándole palo al país, su gente, su gobierno, que no se puede hacer nada por los envidiosos y los corruptos que te quitan las ganas de tratar de hacer algo diferente. Te tomas un avión y vas a ver a otro lado si hay más chance, y ya está. No estamos hablando de los mojados, que se van por tierra, cruzando el desierto con su dinerito y su proyectito bien escondidos, por los coyotes y la policía gringa. Regresan como repatriados en esos aviones; pero, solo con la ropa que tenían cuando los pillaron, más los grilletes, no debe gozar mucho uno del viaje. Marco se lo había pensado varias veces, pero sin destino preciso. Le faltaba valor. Viajar no cuesta, lo que cuesta es tomar la decisión de irse, de salir. Al pensarlo bien, el barco es más romántico.

—Dan ganas de irse de aquí, ¿no? —preguntó sin mirar a Luis.

—Irse así nomás, no te podría decir. Viajar de vez en cuando para no ahogarse, mejor si lo puedes hacer. Pues sí. ¿Entonces, don Silvestre?

—¿El cantinero? Híjole, me impresionó. Yo me quedaría con lo de un vecino de cierta edad que no sabe de armas, pero que sí tiene imaginación, mucha imaginación para no decir demasiado.

—¿Un chiflado? decís vos.

—Un lunático, más bien.

—¡Ja, ja, ja! Hablando de lunáticos, haces referencia a la gran teoría de doña Jacinta…

—La tortillera, pues sí. Dame un ratito que me voy a echar una araña y lo hablamos.

—Dale.

Había sido difícil la conversación con la doña Jacinta. Su barriga gigantesca siempre se cruzaba en medio de la discusión. Hasta el punto que en un momento dado se preguntó el detective si no era ventrílocua. A la doña le encantaba escucharse hablar. En una investigación, este tipo de persona te puede dar mucha información y, a la vez, hacerte perder mucho tiempo. Hablar mucho para no decir nada, al final. Parecía una fábrica de chismes con muy alto rendimiento, no paraba. Incluso los pocos comentarios halagadores que hizo sobre tal o tal fulano venían en un tono desagradable. Si se examinaba con calma y distancia, la gran teoría, como la llamaba Luis, de doña Jacinta era una pura locura. Como unos veinte años antes había llegado al barrio un extranjero, un belga, según ella.

—De estos que, por tener ojos claros, se la creen. Yo no tengo nada en contra de los extranjeros, pero este sí era de esos creídos. Llegó con su esposa, gente de corte, pero nunca se supo de dónde venía exactamente. No tengo nada en contra de la gente de nuestros pueblos, pero esa creo que era más bien una mexicana que se hacía pasar por… Construyeron una casa, una casona, arriba, donde está el lote vacío. Trajeron los albañiles, los carpinteros, los herreros, toditos venían de otro departamento, morenitos del Occidente, que no hablaban castellano, bueno es lo que pretendían. Yo no lo creo, pero bueno. Decían que era como un palacio adentro, con paredes cubiertas de azulejos preciosos y un patio con una gran fuente donde tenían, no recuerdo cómo se llaman, de esos peces que comen carne. Y muchas plantas, afuera en la fachada, al interior, no se podía ver nada, era como una casa escondida.

—¿Cómo puede ser que desapareciera este palacio? —se preguntó Marco, —esta señora está loca.

—Yo nunca entré ahí, ni nadie que conozca. Salvo don Martín. Este señor blanquito y su mujer indígena nunca saludaban a nadie, entraban y salían de su casa con su carrito. Rarísimas veces, ella iba a comprar algo a la tienda de don Chepe. Solo buenos días, feliz tarde, me lo contó doña Rosa. Nada más. Se la puedo creer, porque doña Rosa me lo cuenta todo, se lo aseguro, confío cien por cien en ella. Pueden preguntarle a cualquiera aquí, la única persona con quien hablaba este señor era don Martín. Todavía estaba en esos tiempos su esposa. Que yo sepa, este don Martín no le comentó a nadie de esas personas, ni a su esposa, tampoco a sus hijas. A saber de qué hablaban…

Marco miró a Luis. Él también debía estar preguntándose a dónde quería llevarlos doña Jacinta. Estaban sentados en banquitos de plástico, en una habitación única que servía de cocina, de sala familiar y de dormitorio. Marco hizo la cuenta: ahí podían dormir como ocho personas. La luz entraba por varios hoyos en las láminas oxidadas del techo. En una de las camas estaba sentado un viejito que ni movió un dedo durante toda su visita, como que le faltaba poquito para pasarse al otro potrero. De vez en cuando, doña Jacinta tenía dificultad para respirar y, sin parar de hablar, se levantaba y se dejaba caer de nuevo en su banquito, que aguantaba como tiene que aguantar un banquito de buena calidad.

—Nunca se supo en qué trabajaba el blanquito, nunca recibieron a nadie en su casona. Los problemas empezaron un día que un patojo, este… ¿cómo se llama? Bueno, me voy a recordar, un patojo vio armas en el carrito. Un montón de armas, rifles, chisperos, AK47. Igual a lo que usa el narco. Ustedes se pueden imaginar cómo se asustó la gente aquí, que somos gente tranquila, pacífica. Alguien avisó a los policiales, pero, claro, no movieron ni un pelo del culo. Ustedes saben: quien tiene más saliva traga más pinol. Yo, yo misma le pregunté en aquel tiempo a don Martín, pero se hizo el fanfarrón, que eran puras fumadas. Se rio el cabrón. ¿Se pueden imaginar? Y yo toda preocupada, sobre todo por los niños. ¿Se imaginan ustedes el susto que teníamos todos aquí?

Marco y Luis no sabían qué responder.

Luego empezaron las discrepancias, porque los vecinos trataron de meter la nariz en el famoso palacio, según tenía entendido el detective. Cualquier pretexto: los mojones, una ropa llevada por el viento en el patio de otra casa, recuperar la pelota de un hijo, olores a droga, un gato perdido. Doña Jacinta tenía su visión:

—El canche no sabía nada de las costumbres de nuestra gente y siempre la recibía muy mal, gritando. Ni una vez estuvieron en una misa. No llegaban a dar su pésame cuando se moría un familiar. Una vez salió de su casa en pleno día con el machete en la mano, amenazando a la gente que estaba preparando carne asada para festejar, enfrente de donde doña Jerónima, ella no tenía su panadería en aquel tiempo. Había un túnel debajo de la casona, pasaba debajo de donde construyeron la maternidad, un túnel para llegar al barranco. Increíble, ¿no?, ¿para qué un túnel así? Yo siempre lo digo: si alguien esconde algo, es que tiene algo que esconder, así de simple, ¿no? Decían que había otro túnel que llegaba a la casa de doña Gisela. Nada sorprendente, usté. Para mí, esa gente era del narco, o algo parecido, algo sucio. Pero, a cada coche le llega su sábado, no se preocupen.

Le pareció a Marco que la señora comenzaba a darse cuenta de que

le costaba convencer a sus dos interlocutores, a ganárselos. Bajó un poco la voz. La estatua sentada en la camita se veía más estatua que nunca.

—Fíjense que…, Luis no me contradirá, fíjense que un día se hizo humo la mujer de don Martín. De un día para otro, sin avisar a nadie. Una mujer bien sencilla, bien fina. Se hizo humo, así —repitió doña Jacinta haciendo un gesto con una mano volando en el aire—. Lo más raro es que don Martín ni siquiera fue a poner una denuncia a la policía, nada. Como si no hubiera pasado nada. Unas semanas después, empezaron a desmontar la casa del canche, ¡a desmontarla, Bloque por bloque! ¿Se imaginan ustedes? ¡Bloque por bloque! Volvieron los morenitos y se llevaron todo, todito. En un mes quedó solo el piso de cemento, ¿qué digo?, ¡ni un mes! Como ya les dije, eso pasó cabal después de la desaparición de la mujer de don Martín.

Marco quería seguirle el cuento:

—Entonces, ¿sí existe el tesoro?

Cerrando un poco los ojos, doña Jacinta lo fijó como se mira con compasión a un pobre ingenuo:

—¡Claro que existe el tesoro, se quedó con todo el dinero el Martín! Les voy a decir una cosa, pero solo aquí, entre nos: no me sorprendería que cuando se encuentre la papa, el cuerpo de la pobre mujer no va a estar muy lejos.

No entendía bien el detective por qué se había quedado don Martín con un dineral. ¿Dinero de qué? ¿De quién? Trató de relanzar la gran habladora:

—¿Y qué tiene que ver con los dos crímenes cometidos la semana pasada? ¿Será que…?

—A eso voy —le cortó la doña, como una profesora universitaria poseída por una inspiración divina que sus alumnos no parecen estar en capacidad de captar.

—Por fin —suspiró pensativamente Marco.

—Fíjense que, aparte del drama de la familia de doña Catarina, todas las vecinas que fueron asesinadas por desconocidos en, digamos, los últimos cinco años fue gente que tuvo problemas con este belga.

—¿Las dos señoras de quienes estamos hablando también? —interrogó Luis. Tenía cara incrédula. Como que estaba descubriendo que su mami había tenido problemas con esa gente.

—Seguro —murmuró la señora—, no hay duda.

Marco encendió otro cigarro. Luis parecía dormido.

—La tortillera, estábamos en eso —le respondió Luis sin abrir los ojos—. Vieja loca. Recuerdo muy bien a esos vecinos, yo era adolescente, me recuerdo muy bien de ellos, de él y su esposa. Buenas personas, de relaciones sociales ni hablar, pero personas con respeto. Demasiado discretas, talvez. Si quieres, mañana le preguntamos a mi

padre, me voy a acostar, me duele la espalda, falta de ejercicio.

25

Hoy es domingo. El séptimo día, el día que el Señor se tomó un descanso. Trabajó mucho, muchísimo. Creó el universo, todito. Nadie se atrevería en el barrio de Santa Mónica de San Ildefonso Pinulo a pensar que fue chapuceo, nadie. Creó el hombre, a su imagen. Nadie se atrevería en el barrio de Santa Mónica a preguntarse si el Señor tiene por ende todos los defectos del ser humano. Luego extrajo a la mujer de una costilla de Adán. Nadie se atrevería en el barrio a dudar de esa operación quirúrgica de alto nivel que terminó mal, muy mal: la mujer cedió a la tentación. Claro que nadie se atrevería en Santa Mónica a imaginarse que la pobre Eva solo se dejó tentar por lo que se le proponía al alcance de su mano y del resto, y que el Adán no tuvo nada que ver. Por eso, desde entonces la mujer carga las culpas del mundo, y se lo merece. Nadie se atrevería a saltar las trancas, a no respetar la moral y las buenas costumbres. Domingo es el día de las certezas, todos van a sus templos respectivos para limpiar sus pecados de la semana, o del mes, del año, o más si son muy huevones. Domingo es el día que no se trabaja, el día de la paz de las almas. Estaban en sus casas, preparándose para ir a misa o escuchar el sermón. Se duchaban o lavaban y se ponían sus mejores trajes, incluso los más pequeños. Le daban especial atención a perfumar su cabello y al brillo de sus zapatos. Se levantaban muy temprano, por hábito y para no encontrarse todos al mismo tiempo en la ducha o en la pila. No se oía bulla en la calle, nada de motocicletas, de carros, de camiones, de patojos jugando a la pelota, de recolectores de chatarra o de vendedores de telefonía internacional vociferando sus anuncios con altoparlantes a todo volumen. Solo se oía el canto de los gallos que parecían ángeles de servicio recordando a todos que ya no es hora de dormir, ya es hora de ir a agradecer al Diosito. El señor del barrio arriba que dejaba parqueado su bus en el redondel esperaría hasta el mediodía para calentar su motor y envolver el barrio en un humo pestilente. Los grupitos de evangélicos que pasaban de vez en cuando para leer un extracto de la Biblia en la puerta por unos centavos tampoco se veían, seguramente andaban preparándose ellos también en sus casas. Después de tomarse tres tazas de café, Marco subió a la terraza. Le habían indicado que Luis estaba descansando arriba desde que aparecieron los primeros rayos del sol. Estaba ahí, tendido en una hamaca, con un cigarro en la boca y una chela a la par.

—Vos, empiezas temprano.

—Debe ser el cambio de horario —bromeó el militar. El detective

no respondió.

—Hablé con mi padre, es categórico, nunca tuvimos problemas con el belga y su mujer, los que vivían aquí. Nada.

—¿Qué dice sobre lo de la venganza?

—Según él, mucha gente aquí está obsesionada con el tema de la venganza, es parte de la desconfianza que se tiene la gente. Para sobrevivir, se pasan el tiempo queriendo tapar el sol con un dedo.

—¿Qué decís vos?

—Le doy la razón al viejo. Mira —apuntaba con el dedo en dirección de las familias que iban por la calle—. ¿A dónde crees que van?

—A misa.

—Pues sí, a escuchar sermones sobre la fatalidad y la venganza. O te aguantas o es ojo por ojo, diente por diente. Le agregas unas gotitas de machismo y de morbo y vos tenés la mejor película de horror que nunca habrás visto.

—Puta madre, se pone muy filosófico el domingo el compadre —pensó Marco—. ¿No crees en Dios, vos?

—Sí, claro que sí, pero cuando has vivido guerras, te quedas con la duda. O te vuelves monje.

—Te entiendo. ¿Qué dice tu padre sobre el hecho de que esos dos se fueron poco después de la desaparición de la esposa de don Martín?

—Igual, dice igual, que son puras babosadas. Que aquí no tienen lana para ir a pasear por ahí, por allá, salvo de vez en cuando en los lugares de origen de los padres o de los abuelos. Igual pueden intentar lincharte por llegar desde afuera, como te pasó a ti, igual sospechan a quien sale mucho tiempo, por falta de información más que todo, más claro ni el agua.

—Está bien, pero… con eso nos quedamos un poco cortos.

—No tanto, mano, no tanto porque él me explicó por qué se hizo humo la mujer de don Martín.

—¡Dale, dale, no seas malvado!

—Se fue porque su marido andaba con otra mujer, del barrio, y la dejó embarazada. La doña no quiso aguantarse la vergüenza, así de simple, según él.

Ya no soportaba la espera el detective:

—¿Y?

—Adivina… la coincidencia…

Marco empezaba a entender a dónde iba Luis, pero de repente se sintió muy incómodo:

—Apenas me levanto que voy caminando sobre huevos, mala onda, pero vale la pena —pensó—. ¿La mujer embarazada era una de los dos asesinadas?

—¡Bingo! —exclamó Luis.

—Espero que no me vaya a preguntar cuál de las dos, ese pendejo —reflexionó el detective. Miró a Luis sin decir nada. ¿Será que está un poco borracho el amigo?

—¿Cuál de ambas? —preguntó Luis. Se rio—. Bueno, no te torturo más porque sé lo que se siente. Acaba de pasarme lo mismo con mi querido papi. Imagínate cómo me sentí escuchándolo contarme eso.

—Como la gran madre, seguro.

—Me gusta tu sentido del humor, vos.

—Perdón, no lo dije a propósito, es que…

—Calma, calma —lo interrumpió Luis—. Yo te debo disculpas, de veras.

—Tampoco, solo que no quería…

—Margarita Méndez Vinicio fue la que se quedó embarazada de don Martín.

—¿No hay ninguna duda?

—Ninguna.

—¿Y cómo puede estar tu padre tan seguro? No quiero ser grosero, pero…

—No hay pena —le cortó de nuevo el militar—. Por la mañana, mi padre me recordó que mi mami era comadrona…

Le tocó a Marco cortar la palabra al otro:

—¿Doña Margarita dio a luz clandestinamente?

—No.

—Lo veo difícil, dar a luz clandestinamente en un lugar como este, donde ni puedes tirar un pedo sin que se sepa.

—¡Que no! Mi mami no la ayudó a parir.

—¿Entonces?

—La ayudó, pero a perderlo.

—Me estás diciendo que de las dos mujeres asesinadas hace poco en menos de dos semanas, una fue adúltera y cayó embarazada hace como quince años y que la otra la apoyó para abortar, ¿así es?

—Así es.

—¿Quién está al tanto?

—Solo mi padre, y ahora nosotros dos, digo yo.

—¿Tu padre sospecha de don Martín? ¿De su exesposa?

—Él dice que son coincidencias.

Marco no se lo podía creer. ¡Coincidencias! Tenemos días y días aguantando fábulas y cuentos de todo tipo y ahora que tenemos verdaderas informaciones, son coincidencias…

—Voy para una chela, ¿quieres otra?

26

Nunca empezaba a la hora acordada, pero nadie se molestaba. Esperaban a que estuvieran todos para abrir la reunión. Porque siempre hay mandados que arreglar, oficios que terminar antes de que llegue la noche. Por considerar que era mejor estar en terrero neutro, la Junta de Vecinos se reunía en el redondel, todos de pie formando una ronda, sin importar el clima, con calor o frío, con lluvia o no. Por esperar hasta la llegada de la última persona convocada, de hecho, siempre comenzaban cuando ya era de noche. La Junta no se reunía regularmente sino solo por convocatoria de su presidencia, cuando un grupo de vecinos lo exigía para tratar un tema u otro. Sus miembros no eran elegidos. En general, eran parte de los primeros colonos que crearon el barrio; así se llamaban entre ellos en aquellos tiempos. Después de informar a la pequeña asamblea sobre las razones de la ausencia de dos participantes, doña Paulina, como presidenta de turno, leyó el orden del día. A su vez, el secretario de turno, don Alberto, iba tomando nota en el registro de minutas de la Junta para que todos estuvieran de acuerdo sobre el acta de sesión que firmarían al final.

—Señoras y señores de la Junta —empezó dona Paulina con un tono muy protocolario—, saben ustedes que últimamente ocurrieron hechos más que lamentables en nuestra colonia. Aprovecho la oportunidad para reiterarles oficialmente, a nombre de la Junta de Vecinos, todo mi pésame a las familias de las dos víctimas.

Todos asintieron con la cabeza. Alguien tosió discretamente.

—Aquí estamos reunidos el día de hoy para discutir sobre dos propuestas. Por favor, don Alberto, si puede dar lectura de las dos propuestas.

El Secretario, con la ayuda de un vecino que tenía un foco encendido, empezó a leer una hoja que tenía en la mano:

—Respetuosos Miembros de la Junta de Vecinos de Santa Mónica. Por ese medio, queremos compartir con ustedes nuestra tristeza y nuestra indignación por el asesinato de dos vecinas hace dos semanas, en el barrio mismo. Como saben hoy en día hay mucha violencia y delincuencia en nuestro país. No pretendemos reemplazar a las autoridades, a quienes les incumbe encontrar al culpable o los culpables de semejantes hechos. Nuestra propuesta es más bien de prevención, para que haya más control en nuestro barrio. Por lo cual, proponemos: 1. Que ya no se alquilen habitaciones a personas o familias que no tienen casa propia en la colonia. 2. Que se construya y mantenga una garita de seguridad a la entrada del

barrio de Santa Mónica con una cuota establecida por la Junta de Vecinos después de que sea discutida y aprobada por el conjunto de los vecinos. Confiamos en su juicio como alta autoridad de nuestro barrio. Que Dios los bendiga. Suscriben trece personas con su firma y su número de DPI o de cédula.

En un silencio total, don Alberto agarró una segunda hoja:

—Voy a dar lectura de la segunda propuesta.

—Pido la palabra —dijo alguien.

—Por favor, le escuchamos.

—Propongo que primero discutamos esta propuesta y luego miramos la segunda. Para no mezclar todo.

—Quiero la palabra…

—Estoy de acuerdo, vamos en orden —afirmó una voz.

—Para evitar hablar dos veces de la misma cosa, mejor leamos las dos y luego hablamos de una y después de la otra.

—Hay que ir paso a paso, miren, esta primera propuesta tiene dos propuestas.

—¿Cómo así? —preguntó alguien.

—Pues propone expulsar a los que alquilan, esa es una, y lo de la garita a la entrada, que es otra.

—Sí, son tres propuestas en total.

—Por eso yo proponía que empecemos por leer todo de una vez para poder organizar la reunión.

—No creo que tengamos derecho de expulsar así a la gente del barrio, no tenemos autoridad.

—Quiero la palabra…

—¿Cómo no? Recuerden, esa gente que hacía tanta bulla todo el tiempo se fue.

—Pero no fue por voluntad nuestra, Nuestro Señor les indicó que…

Doña Paulina levantó la mano solemnemente. Todos se callaron.

—Dejemos un tiempito a don Alberto para que pueda terminar la lectura de las propuestas y luego decidimos el orden del día, ¿les parece?

Todos opinaron que sí.

El secretario retomó la segunda hoja:

—Muy estimados miembros de la Junta de Vecinos de Santa Mónica. Hemos solicitado una sesión a la Honorable Junta de Vecinos para tomar medidas frente a los dramáticos acontecimientos que hubo últimamente en nuestra colonia. No podemos quedarnos con los brazos cruzados cuando se ve cómo nos invade la delincuencia por todas partes. Ya no es posible vivir con tranquilidad como lo hacíamos antes. Con las maras, todas nuestras familias, nuestros hijos, están en peligro. A las autoridades, al Gobierno, no les importan los problemas de seguridad de la gente pobre. La policía no hace nada, es muy corrupta, y tampoco hizo nada después de lo que nos

pasó últimamente. Si no nos defendemos nosotros mismos, nadie nos va defender. Por eso, nosotros proponemos formar el Comité de Vigilancia de Santa Mónica, bajo la supervisión de la Junta de Vecinos, con hombres armados que efectúen turnos de rondas en el barrio de día y de noche. Les agradecemos tomar en cuenta nuestra propuesta. Que Dios les bendiga. Suscriben diecisiete personas con su firma y su número de DPI o de cédula.

—Yo digo que andar con pistolas aquí es meterse en más líos todavía.

—¡Pero no podemos tampoco quedarnos sin hacer nada!

—Para mí, con la garita, sería suficiente para vigilar quién entra y quién sale. Podemos pedir que deje ahí su cédula a la gente que no es del barrio.

—¿Y los que vienen a dejar mercancía en las tiendas?

—Estos los conocemos, siempre son los mismos. ¿Por qué cree usté que todas las colonias tienen garitas ahora? No es solo por la seguridad, es también para que nadie entre a molestar, pues.

—A veces hay nuevos, y también llegan los que recogen chatarra, que venden una cosa u otra. No podemos cerrar así el barrio, para mí es mejor la propuesta de la vigilancia.

—No, no, imagínese usté el mal ejemplo que vamos a dar a nuestros hijos…

—El mal ejemplo sería más bien no hacer nada, opino yo. Tenemos que sacar de aquí a la gente que no es del barrio, poner la garita y formar nuestro grupo de vigilancia.

—Necesitaríamos muchos recursos que no tenemos.

—Para mí, con la garita mejoraría la situación.

—Yo no quiero ver a mi marido o a mis hijos paseando con armas por el barrio de día, y menos de noche. Con todos esos borrachos, alguien va a matar a cualquiera por nada.

—Habría que cerrar primero las cantinas.

—No hay cantinas aquí, usté…

—¿Cómo no? Conozco por lo menos dos…

—Los vecinos toman unos tragos entre ellos, no hay son cantinas.

—No se olviden lo que hemos decidido después de lo que le pasó a la familia de doña Catarina: nada de armas en la colonia.

—Usté sabe perfectamente que circulan un montón. Mire, el otro día, ese chavo, el hijo mayor de doña Jacinta, enseñaba su escuadra en plena calle, sin hablar de los “choferes” de doña Gisela.

—Tenemos que tener otra sesión para hablar de esa señora. Cuando paso frente su casa, a mí esa gente me da miedo. ¿Se dio cuenta usté de la cara de sus pilotos? ¡Qué susto! ¿Y para qué tener una decena de pilotos?, pregunto. ¿Qué dice usté?

—Podemos pedir consejo a un primo mío que trabaja en una

empresa de seguridad. ¿Qué dicen?

La sesión tardó dos horas más. Unos participantes empezaron a mencionar que aún no habían cenado. El frío se sentía más ahora. En varias ocasiones, doña Paulina intentó, sin éxito, ponerle un poco de orden a la reunión. Don Alberto apuntaba y apuntaba todo lo que se decía, puntillosamente. Por experiencia, sabía que al final, al leer el acta, cada uno iba a verificar si él había transcrito exactamente sus palabras. Si no, empezaban otras discusiones de que sí, de que no, yo no he dicho eso, lo que he dicho es que…

—¿Cómo te fue? —le preguntó su esposa cuando se metió en la cama.

—Hay tres propuestas, más otras que aparecieron durante la reunión…

—¿Decidieron algo?

—Pues sí, que se haga el presupuesto para una garita de seguridad a la entrada de la colonia.

—¿A quién le toca?

—Adivina… —respondió suspirando con cara resignada.

27

Hoy no fue a clases. Hizo como que iba a la escuela, con su mochilita y su lonchera, y aprovechó la media oscuridad del amanecer para introducirse en la casa de la finada doña Margarita. No es que el niño fuera necio o que le gustara contradecir a los adultos. Carlito era más bien perseverante y meticuloso, que son cualidades excepcionales para un patojito de once años. Era lo que repetían todo el tiempo su papi y la maestra de la escuela cuando hablaban de él. Le gustaba pasar las tardes estudiando con Catalina, pero no era con ella con quien iba a aprender más sobre la ubicación del tesoro de su padre. Así que iba buscando informaciones sobre el tesoro de don Martín en la calle, en la escuela, en la cancha de básquet… En la casa no, podían sospechar algo.

El Carlito tiene una ventaja: el don de meter pita para sacar listón:

—Mira, vos, ¿cuántas canicas te quedan?

—Solo dos, me mataste.

—¿No tienes más? ¿Quieres que te presten unas?

—Olvídalo, le estoy debiendo a la mitad de la escuela.

—¡Qué lástima, vos! ¿No tienes ahorros?

—¿Ahorros de qué? ¿Pisto decís?

—Pues…

—Ni un centavo para un chicle, vos.

—¿No tenés un tesoro escondido por ahí, en el monte? ¡Ja, ja, ja!

—Me gustaría pues, pero yo no soy don Martín.

—¿Cómo así don Martín?

—¿No sabes? Tiene un tesoro enterrado el viejo cerote. ¿No sabías?

—Escuché algo, pero es puro cuento, vos…

—Te juro que no, lo tenía abajo en el barranco, pero lo sacó de ahí.

—Puras babosadas. ¿Quién se va a creer eso?

—Yo conozco a alguien que lo vio cuando sacó esa cosa. Siempre andaba paseando.

—Me estás tomando el pelo.

—Te lo juro, es alguien de mi familia.

—No me digas…

—Pues sí, pero no te puedo decir quién porque le juré que no se lo iba a repetir a nadie.

—¿Y si te regalo diez canicas?

—No, yo no soy así.

—¿Cuántas canicas debes aquí en la escuela?

—Como cincuenta y dos, algo así.

—Bah, te regalo cincuenta y dos canicas y me decís quién vio a don Martín sacar su tesoro del barranco.

—Cien…

—¿Cien canicas?, ¿una bolsa? Ok, mañana te las entrego y me decís quién fue.

—Está bien.

Al día siguiente, Carlito se disculpó porque pensaba que su abuela le iba a dar un dinerito por una muela que perdió y que iba a comprar la bolsa de canicas con eso, pero ella no le regaló ni un centavo:

—Hay gato encerrado, no me dijiste quién lo vio.

—Está bien.

Le fue fácil asegurarse de que don Martín tenía un tesoro —lo que siempre había dicho su mami— y que lo había cambiado de lugar. Haciendo las cuentas, Carlito había prometido como casi quinientas canicas, pero no le costó ni un centavo.

Le fue fácil también saber adónde había trasladado su tesoro el don, porque con lo inocente que era se benefició de un milagro. Ya estaba en su camita desde temprano porque le dolía la cabeza, tanto que no conciliaba el sueño. Al otro lado de la pared, oía a sus padres conversar. No lo hacían a menudo a esta hora, pero la tele no funcionaba. No es que al patojito le gustara ser indiscreto —todos los días se lo repetían: ¡No seas tan shute! ¡No seas metiche! — pero su papi estaba hablando de la casa de doña Margarita:

—¿No te recuerdas? Fue cabal después de que desapareció la mujer de don Martín, el mismo verano, en mayo. Se sentían malos olores en la casa de doña Margarita. Ella decía que por esa desgracia se le fueron varios inquilinos ¿Recuerdas?

—Sí, sí, ella se quejaba mucho de que la Muni no hacía nada para arreglar el problema.

—Pues fue en aquel momento cuando don Jacobo le prestó dinero para hacer otro pozo.

—¿Otro pozo?

—Pues sí, me lo contaba ayer don Jacobo. Que la casa de doña Margarita tenía la fosa séptica llena y por eso excavaron un pozo.

—¿Dónde?

—Debajo del pequeño local comercial, que nunca le sirvió, la verdad.

—Ya, ya recuerdo, es que se me va la memoria con la edad…

—No digas eso, porfa, me asustas.

—¿Cómo así?

—Un día te vas a olvidar de que soy tu marido.

Los dos rieron discretamente, para no despertar a los niños.

—Es un pozo así, como de un metro de diámetro con más de veinte

metros de profundidad, casi veinticinco.

—¿Tanto para tan poca gente?

—Por eso me contaba don Jacobo, que se pelearon bien fuerte doña Margarita con don Martín, porque estaba exagerado el pozo. Y luego tuvo problemas para devolverle el préstamo.

—¿No se lo devolvió?

—Al final sí, pero tardó una eternidad.

—Todo bien, entonces. Ahora recuerdo cuando don Martín trabajaba ahí. Don Marcelino lo regañó un día porque le chiflaba a una de sus hijas cada vez que pasaba frente al lugar donde excavaba.

—¡Ah, esa no me la sabía!

—Pues, no sabes todo, paparucho, no te creas.

Carlito tenía toda la confianza en sus padres. ¡Esperaba que este pinche don Martín no hubiera cambiado el tesoro de lugar otra vez! A lo mejor hizo como que estaba cambiándolo de lugar, pero el tesoro estaba todavía en la casa de doña Margarita, seguro. Tenía todo el día para encontrar lo que buscaba, pero no es tan fácil para un niño de once años levantar los azulejos de un piso como de tres metros cuadrados. Primero perdió mucho tiempo craneando dónde excavar. Se pasaba de una habitación a otra, del patio al corredor, de la cocina al local comercial. ¿Será que podría estar en el baño? Se le vino una idea genial a Carlito: si don Martín quería esconder su tesoro en esta casa sin que doña Margarita se diera cuenta, ¿para qué complicarse la vida escondiéndolo en otra habitación mientras podía enterrarlo cerca del pozo donde estaba trabajando? Y mejor si quedaba cubierto con azulejos. ¿Quién iba a buscarlo ahí, pues? Luego le costó un montón encontrar una herramienta para sacar los azulejos. Después de ir y venir por todas partes, empezó a quitar el cemento con la punta de un machete bien oxidado. Bendito por los dioses, Carlito podía darle duro sin que se oyera la bulla que hacía, gracias a la obra en la casa vecina de don Bernabé, donde estaban instalando una tarima para fundir una losa de cemento. Y fue tan suertudo que el primer azulejo que quitó del piso estaba al límite del pozo. Se asustó un poco. Tiró una piedra, otra y otra, no tenía fondo este hoyo infernal. Calculó más o menos dónde estaba el pozo, así que le quedaban solo dos metros cuadrados donde excavar. Estaba sudando como un burro y ya había terminado su refacción y su agüita cuando, al levantar el sexto azulejo, lo encontró. Era una bolsa de nilón negro grueso envuelta en capas de tape. El patojo pensó ir a lavarse las manos, pero ya no tenía paciencia. Quitó una capa de tape, otra y otra. Abrió la bolsa. En el interior había como un pedazo de piel, toda seca y oscura, del tamaño de una mano. Carlito le dio vuelta, una y otra vez, y no entendía qué era. Pues sí, parecía como un pedazo de piel. ¿Qué mierda es eso? Tenía ganas de gritar, sentía que se iba a ahogar de cólera. ¿Qué

mierda es eso? Y se puso a llorar, de rabia, no paraba de llorar.

—¿Y vos? ¿Y esa cara, que te pasó? Cuéntame…

—Nada mami, nada…

—¿Qué haces aquí a esta hora, papito, no fuiste a la escuela?

—Mami, es que me duele mucho la barriga y pedí permiso para que me dejaran salir más temprano.

—¿Y desde cuándo te duele?

—Ya hace como dos horas.

—Venite por aquí. Hiciste bien, mijo. Siéntate aquí, te voy a preparar un té de manzanilla y se te va a pasar. Sana, sana, barriga de rana, si no sana hoy sanará mañana.

28

Marco retomó sus apuntes una vez más. Estaba en la terraza solo, porque Luis se había ido a Retalhuleu a visitar a un tío, hermano de su difunta madre. Un tipo raro, el Luis. Tenía bachillerato, había empezado sus estudios de Ingeniería en la U y un día anunció a sus padres que había decidido entrar en el Ejército. La mami se había vuelto medio loca: ¿para qué quitarse el bocado de la boca todos estos años? El papi lo tomó con filosofía: si eso es lo que quiere hacer el chavo, que lo haga y veremos, nada del otro mundo. La mami lloró un poco antes de aceptar finalmente el proyecto del adolescente. A pesar de que los argumentos de Luis no eran del todo claros. Pretendía que había mucha corrupción en la U, que uno se podía quedar toda la vida ahí dependiendo de la buena voluntad de un profesor para obtener la licenciatura. Que no había futuro en este país si no tenés apoyos, y más tarde, por supuesto, tenés que devolver el favor. Que quería viajar. Lo logró: se alistó como saldado raso, ascendió rápidamente a sargento, pidió un día participar en una misión de restablecimiento de la paz en un país africano, Marco no recordaba cual, y lo aceptaron. Luis, de solo treinta y dos años, le parecía un tipo raro a Marco, más que todo por las flechas que enviaba de vez en cuando, como si nada nada, tipo: si te quedas mucho tiempo en un mismo lugar, te vuelves tan idiota como la mayoría de los que vas a encontrar ahí. O: todos dicen que están jodidos y que quieren que cambie su situación, pero en realidad es la última cosa que harían, cambiar de situación. Recordó la respuesta que le dio unos días antes, cuando le preguntó cómo podía ser posible que hubiera tantos muertos en un barrio tan tranquilo como Santa Mónica:

—Esa gente no tiene vida propia, muchas adversidades… Aparte de unos momentos de privilegios, cuando la felicidad corresponde a clichés conservadores sin riesgo…

—¿Clichés conservadores sin riesgo? —interrogó Marco. ¿Ya estaba borracho el Luis?

—La felicidad, según la religión o la televisión, que es lo mismo… —el detective se preguntaba si eran los viajes los que le habían afilado el coco al chafarote, quien manejaba ideas seguramente poco ortodoxas en el Instituto Adolf Hall para cadetes—. Entonces se la pasan pensando en la muerte. Si no hubiera un muerto de vez en cuando, se lo inventarían —puntuó.

De nuevo, Marco trató de concentrarse en sus notas. Los hechos, ya los tenía, eran simples y claros: dos mujeres asesinadas en un intervalo

de menos de dos semanas, a unas cuadras una de la otra, por una o varias personas de la misma colonia que pueden cruzar el barrio por abajo y por arriba sin llamar la atención. Asesino o asesinos aficionados, por el medio utilizado. Ninguna información por parte de la policía, hasta la fecha, es decir que nunca la habrá. ¿Pistas? Digamos, cuatro. Primero, feminicidio. Un tipo tiene problemas en su relación con las mujeres. Por una razón u otra, se le va el coco y elimina una, otra. Y para. ¿Por qué? Porque todo el barrio está patas arriba, quizás pueden regresar las autoridades, Luis y su amigo están abiertamente investigando. ¿O ya se le fue su cólera con estas dos víctimas? ¿Hasta cuándo? ¿Pero por qué esas dos y no otras? Tal vez, el asesino sabía algo del aborto de Margarita Méndez Vinicio y del papel de María Morales Alvarado… Si seguimos las teorías medio deprimentes de Luis, podría ser cualquier pendejo del barrio. O pendeja… ¿Una mujer puede cometer feminicidio? Seguro, se necesita de todo para hacer un mundo…

—¿Va a querer caldo de gallina, usté, don Marco?

—No gracias —le respondió a Silvia, una de las hermanas de Luis —, más tarde quizás, cuando baje. No se preocupe, gracias.

Bueno, segunda hipótesis, la del aborto y de la venganza personal. ¿Quién tendría razones para una venganza así? Tres personas. El marido de doña Margarita encargó un sicario para dentro de diez años o más. No funciona: si se muere el cliente, ¿para qué hacer el trabajo, pues? Y no importa si el contratado ya ha recibido la mitad, como se hace en general. Mejor no apostar al profesionalismo en la materia. La esposa desaparecida de don Martín vive allá nomás en Boca de Monte, casada.

—¡Pues sí! —se había reído el Procónsul en el teléfono cuando le dio la información—. ¡Es bígama la seño!

—¿Todo bien, Marco? —preguntó Luis con quien se comunicó en seguida.

—Todo bien, estoy estudiando todas las posibilidades, luego te cuento. ¿Cuándo regresas?

—Mañana, llego a mediodía, más o menos.

—¿Tan rápido?

—Aquí, ya hablé con la familia, no hay mucho más que hacer. Prefiero estar contigo buscando al hijo de puta… —balbuceaba Luis. ¿Estaba borracho?

Tercera pista, la tesis loca, el tesoro. Otra vez aparece ese don Martín. Debe haber una relación entre el aborto de doña Margarita y este cuento del tesoro. La cronología encaja más o menos: la fábula del tesoro empezó a invadir el barrio después de la desaparición de su mujer. Marco recordó la conversación con Ana Beatriz cuando pasó al apartamento a recoger su memoria USB que había dejado allí:

—¡Ya lo sabía, la señorita de la limpieza se aprovechó de mi larga ausencia para cambiar todo de lugar!

—Hice limpieza. Había un relajo en lo que pretendes llamar tus archivos…

La verdad es que Ana Beatriz lo había hecho muy bien, pero uno tiene que defender su orgullo personal de vez en cuando, incluso si no vale la pena, para que no se lo coma el mundo.

—Y no te llamé para contártelo porque me imaginé que estabas muy ocupado, pero Negro, Conejo y el Procónsul estuvieron aquí un par de veces para su póquer. Sabía que no te iba a molestar. ¿A qué no? —¡A qué no! No le gustaba cuando la chava de extracción aristocrática imitaba el hablar popular, le parecía ridículo y le daba vergüenza.

—¡A qué no! ¡A qué no! Por Dios, ¿no puedes hablar normalmente? Jugando póquer, está bien, ¿solo con tres jugadores?

—Pues les di un apoyo ahí…

—A la gran…, ya se independizaron totalmente las ratas mientras el gato estaba trabajando. — Marco tenía que tener la última palabra:

—Espero que no hayas apostado lana con esos bandidos.

Ana Beatriz le siguió la jugada:

—¡Qué no! Sabes que soy una señorita bien educada: nada de dinero, nada de sexo con tus amigos.

—Bueno, ya, suficiente. ¿Sabes jugar póquer? Nunca me dijiste…

—Me enseñaron ellos, ¡y les di una chamarreada!

—¡Ja, ja, ja! No sé por qué, pero no me sorprende. Ne te olvides de mi comisión…

—¿Tu comisión?

—Pues, te alquilo mi cupo…

—¡Ja, ja, ja!, ¡vete al diablo!

Le llegó el olor del caldo que estaban sirviendo abajo, en la sala familiar. En la calle, estaban dos borrachos peleándose, intercambiando groserías más que otra cosa. Suspiró el detective: casi cada noche pasaba la misma mierda. Cuando no era eso, era uno o varios borrachos con la música de un coche a todo volumen. Recordó el comentario de Luis:

—Te vienen con el gran tema de que la calle es de todos, no es de nadie. No, es que no entienden ni mierda que, si es de todos, es de cada uno. Es que no lo quieren entender, a propósito: se apropian del espacio público, así de simple. Aplican la ley del más fuerte, y a ver qué pasa. Y esa puta compasión que tiene la gente para esos cerotes que se comportan sin respeto cuando están borrachos, la gran flauta, vos: no respetan cuando están bolos por qué no respetan también cuando no están bolos. ¿Me entiendes, Méndez? ¡El que no toma no tiene huevos, y él que chinga la vecindad y cachimbea a su mujer, ese

sí es un verdadero macho! Luego, chillan por la violencia, que es culpa de las maras. ¡Por favor! ¿Será que los patojos y patojas de las maras no tienen padres? Yo te lo digo, papito, la violencia la aprenden en casa, no se necesita un gran estudio sociológico. Marco dio otro vistazo en la calle abajo. Agarrándose a uno de los dos cerotes, una patoja estaba gritándole:

—¡Papi, papi, déjalo, cálmate, déjalo, nos estás dando vergüenza frente a los vecinos, venite a casa, papi, cálmate!

—Puta, qué mierda… —pensó Marco—, pobre patoja. ¿Cuánto tendrá, doce años? Ni catorce, seguro.

Apuntó en su cuadernito: conversación con Ana Beatriz. A pesar de los gritos que venían de la calle abajo, intentaba recordar:

—¿Y te lo crees?

—El tema no es de creérselo o no, es de analizar de dónde viene el cuento, sus razones. Hasta los mitos tienen que ver con algo que pasó en la realidad. Luego la gente inventa, pero a partir de hechos reales.

—Ok, te entiendo. Los mitos mayas, griegos, romanos, del mundo globalizado y sus héroes, te entiendo, pero…

—¿Pero qué?

—Pues, precisamente por eso que decís, si la gente habla de un tesoro, no es a toda fuerza el tesoro de unos piratas —dijo Ana Beatriz con sonrisa maliciosa, porque el celular ya te permite detectar y analizar el rostro de tu interlocutor

—Me picas, explícate.

—Un tesoro es algo que queres mucho, pero no es necesariamente dinero o valores. Tiene valor para ti, por una razón u otra, y ya.

—Ya, ya, te entendí. ¿Entonces por qué lo vas a enterrar si tiene valor solo para ti y no para los demás?, ¿para qué enterrarlo?

—Déjame pensar… Lo escondes porque tiene valor para ti, no para los demás, pero…

—¿Pero? —preguntó Marco en tono sarcástico.

—Pero ese tesoro es la prueba también de que cometiste algo que los demás no comparten, un acto que condenan.

—Estamos bien avanzados… —murmuró el detective—. ¡Qué estúpido soy! —se exclamó. El tesoro tiene que ver con el aborto. Lo que tiene escondido don Martín podría ser la prueba de que ocurrió ese aborto. Se rio solo—: ¡Me voy a volver tonto si me quedo más tiempo aquí! Estoy investigando el asesinato de dos mujeres y voy resolviendo el misterio del famoso tesoro de Santa Mónica. Arreglé lo de la tercera hipótesis, este pinche tesoro que ni es pisto, y resulta que me vuelvo a la segunda hipótesis que ya sabemos que no da.

El detective dio un vistazo a la calle. Había llegado una pachuca de la policía y estaban tratando de calmar a los dos alcohólicos incontrolados. Se había ido la patoja. Marco sintió unas cosquillas en

su barriga, ya no aguantaba más el perfume del caldito subiendo hasta la terraza.

—Bueno, la cuarta hipótesis, que ni hay pista, la más loca, pero Luis la compartiría: hay un tipo en Santa Mónica que desde hace décadas no se aguanta el barrio, su gente, y un día, para desahogarse, mata la as dos primeras personas que encuentra en su camino y que puede asesinar con toda impunidad. Se parece mucho a la primera, la del feminicidio. Conclusiones: Uno, tengo la explicación en cuanto al tesoro de don Martín, pero en este caso no me sirve ni mierda. Dos, puede ser cualquiera y voy a necesitar meses para identificarlo, si es que lo logro, pero no son tantos, creo que sí se puede. De todas maneras, estoy bien jodido, pues —suspiró Marco antes de bajar a consolarse con el caldo de gallina.

30

El frío había invadido el ambiente y la vida. Creía que la gente iba a salir menos, que iba a quedarse más en casa. Pero no:

—¿Qué tal, don Oscar? ¡Qué rica la mañana así fresquita, qué bueno para el cuerpo! —Toda la gente que cruzaba hacía la misma pregunta, respondía a su propia pregunta, convencida de que eran como pedazos de carne en la nevera y se habían creído que Michael Jackson vivió más tiempo por dormir en una refri. No era que el frío los conservara más, lo que pasaba era que el calor los aplastaba. ¿Pero para qué complicarse la vida en un lugar sin interés y con los pies congelados? —Sí, qué rico el fresquito… —respondía con la sonrisa triste de un pingüino perdido y solito en un iceberg a la deriva.

—Lo que pasó, ya pasó…

¿Quién había hecho este comentario en la cena? Una de las hermanas de Luis. ¿Silvia, la más grande? A Marco no le sorprendieron estas palabras, ya se había acostumbrado al ambiente fatalista del barrio, una actitud que consistía más en adaptarse a toda la mierda que les caía encima que prevenir futuros posibles problemas. No, lo que lo tomó por sorpresa fue la reacción de Luis:

—Oscar, ¿me puedes pasar una tortilla, porfa? —O compartía la opinión de su hermana o estaba en total desacuerdo, lo que quedó claro es que no quería hablar del tema en ese momento. Fue más tarde, como una semana después de su regreso de Retalhuleu, cuando Marco se dio cuenta de que Luis no era muy bueno para manejar los finales. Es más, ya habían rastreado uno por uno a más de la mitad de los habitantes de la colonia y no habían encontrado ninguna información nueva aparte del hecho de que la gente ya estaba cansada de este rollo y que era preferible ya olvidarse de todo. Como por pura casualidad, pero Marco está convencido de que existen lógicas

naturales, la familia de la difunta doña Margarita le avisó que lo mejor era dejarlo así.

—De todas maneras… ¿para qué? No va a volver entre nosotros por el hecho de encontrar a su victimario.

Para evitar la cólera o la depresión, o ambas, el detective agarró con rabia su mochila, la llenó de unas ropas y su computadora portátil, el último libro de John Le Carré, *Proyecto Silverview*, regalado por Ana Beatriz:

—No es tan bueno como otras de sus obras, pero lo tenés que leer, es su obra póstuma. —No entendía el argumento, pero se había comprometido hace ya casi dos años, cuando se encontraron en un bar de mala muerte del cual el villano había salvado a la princesa en peligro, leer todos los libros que le regalaría.

—¿Era cuestión de mentalidad o por diversas razones preferían no saber quién había cometido el asesinato? Nadie sabe quién lo hizo porque puede ser cualquiera. Por la misma razón, entonces, mejor no saber quién lo hizo.

Se recordó su última conversación telefónica con Luis:

—¿Sabes, mano? Ya estuve en varias guerras, varios países, culturas tan diferentes, mano… Pero, Guatemala, la vida no tiene valor aquí, nada, cero…

Dejó un mensaje en la mesa de la cocina dirigido a Ana Beatriz:

—Me voy a la playa. Si te apetece… —Pensó en dibujar un pequeño corazoncito, pero no lo hizo. Ya sabía que no llegaría la chava a la costa:

—¿En la mesa de la cocina? ¿Un mensaje? No, *sorry, baby*, no he visto nada —le responderá para no ofenderlo.

Tomó asiento. No tenía ganas de nada. Miró los expedientes que el equipo de noche había dejado en su escritorio. Cada mañana empezaba así: dándole un vistazo a cada expediente, uno por uno, y dirigirlo a donde correspondía, según la jurisdicción a la que le tocara y la información complementaria que se necesitaba. De tal manera que no nos devuelven la pelota, decía el jefazo. Si no era posible, Demetrio había recibido como consigna dejar el expediente en el armario de los archivos transitorios, en espera. Se rio: en espera de que las ratas tengan tanto filo que ataquen la memoria del sistema de justicia. Es solo cuestión de paciencia. A la burocracia, la paciencia nunca le falta, tiene un don para tener paciencia. Miró las paredes de su oficinita, sin ventana. Blancas sucias o grises, a saber, pero sí, deprimentes: un afiche denunciando la trata de menores de edad que recomendaba a los niños no aceptar regalos de un desconocido, otro recordando la visión, la misión y los objetivos de la Policía. ¿Cómo puede tener visión una policía de chontes ciegos o, mejor dicho, que ven solo lo que quieren ver? se preguntó lacónicamente. Se fijó en un calendario del año anterior que había dejado un colega de Puerto Barrios que trasladaron a Xela: una playa de arena blanca con cocos y una pequeña lancha celeste de pescador. ¿Tengo veinticuatro años y voy a pasarme todo el resto de mi vida entre esas paredes, ganando mal, aguantando el desinterés de mis colegas por su trabajo y los jefes que siempre molestan? ¡Puro *show*! Ya me cansé del *show*, vos, le confió a su hermana cuando hablaron ayer por teléfono.

—Pero ¿qué vas a hacer entonces?

—Pescado —le respondió.

—¡Putshi! Nunca tomas las cosas en serio, tienes que crecer —le respondió ella, enojada.

¿Hacía referencia a su pasado de pequeño delincuente y gran alcohólico? Recordaba cuando su papi, soldador de profesión y predicador evangélico los fines de semana, lo invitó a sentarse en el sofá familiar. Estaban solo los dos: necesitas una rehabilitación, mijo. Después de esa conversación o, mejor dicho, del monólogo de su padre, Demetrio se había ido a averiguar en el amansaburros qué quiere decir la palabra “rehabilitación”. Necesitas una rehabilitación. Entras en el Ejército, la Policía o una iglesia. No puedes seguir así, menos en esa casa. Está bien, respondió el hijo bajando la cabeza, voy a entrar en la Policía. Y ahora estaba castigado por su informe mediocre sobre los dos asesinatos de Santa Mónica: una ofi de mierda,

una máquina de escribir del siglo pasado y repasar todas las denuncias que se presentaban.

—Demetrio, ¡hay alguien que quiere hablar con el oficial de turno! —le gritaron desde la recepción.

—¿Ves? —pensó—, no tienen la fuerza ni para levantarse, dar diez pasos para informarme. Más fácil gritar de una oficina a otra ¿Qué haraganería es eso? ¿Física? ¿Intelectual? Ya no quiero estar aquí, voy a renunciar. Que entre ese alguien y luego escribo mi carta de renuncia. A mano, porque esa porquería de máquina de escribir también me tiene harto, pero harto… Para darse valor, dejó preparados en el escritorio una hoja y un lapicero para redactar la renuncia antes de irse hasta la recepción.

—¿Sí? —preguntó al colega sentado en la entrada de la comisaría.

—El caballero aquí presente quiere hablar con el oficial de turno.

Demetrio dio vuelta. Sentado en una silla estaba un viejo, agachado como si tuviera todo el peso del mundo encima, mirando fijamente al piso:

—Buenos días, señor, fíjese que no está el oficial de turno —a saber, por dónde anda el hijo de puta, suspiró— pero lo puedo recibir yo. ¿O prefiere esperar?

El viejo levantó lentamente la cabeza, tenía una mirada vacía, fijando a Demetrio, pero sin verlo. El chonte se rascó el cuello y tosió:

—¿Usted habla español?

Percibió un gruñido que parecía ser un sí. Levantando las cejas, Demetrio miró a su colega. Este le devolvió la mirada con un mensaje claro: ¡A mí no me metas, compa!

—¿Prefiere usted esperar al oficial de turno o pasar de una vez conmigo?

Otro gruñido:

—Me da igual.

Demetrio miró de nuevo a su colega con cara interrogativa. El otro le respondió sin decir nada: Ya te lo dije, no me metas...

—Bueno, pase por aquí, por favor.

El viejo pasó de una silla a la otra como una fantasma, flotando en el aire, sin tocar el piso.

—¿Tiene su DPI, por favor?

—Aquí tiene.

—Gracias.

Demetrio agarró un machote de denuncia, lo pasó en el rollo de la máquina para teclear los datos del señor.

—Otra que va a pasar a los archivos transitorios —pensó. Tecleó el número del DPI, un montón de cifras. Y esa pinche tecla del 4 que no quiere...

—Usted se llama Paco Ramírez Vargas. Nació… nació el 23 de

junio del año 1953. En Tacana. Actualmente vive en San Ildefonso Pinulo. ¿Estamos bien?

—Sí —gruño el señor.

—Parece mucho más viejo que su edad —pensó Demetrio—. Entonces, cuénteme, ¿cuál es su denuncia?

—No es para una denuncia, es para una confesión —murmuró el viejo no tan viejo.

El polaco miró el machote de denuncia que estaba llenando, el señor que estaba dando un vistazo al calendario de Barrios, de nuevo el pinche formulario. ¿Una confesión? Pues… tengo solo formularios de denuncia. Sigamos:

—Una confesión, está bien, lo escucho señor.

—Aquí tengo todo escrito —le dijo el viejo, enseñándole un papel doblado en cuatro.

Demetrio recordó la Academia: nunca aceptar un documento de entrada, primero escuchar:

—Primero, me cuenta y luego vamos a ver qué dice su papel, ¿me entiende?

—Sí, claro, pero es una historia larga.

—Estoy aquí para eso, tómese su tiempo. ¿Quiere un vaso de agua?

—No, gracias.

—Bueno, cuénteme y yo voy tomando notas.

El viejo se quedó un rato largo en silencio, como si no supiera por dónde comenzar. Dejó salir un profundo suspiro y, por fin, se puso a hablar:

—Mire, yo no soy mala gente. Siempre me comporté bien con los demás. De niño, estudiaba cuando había que estudiar, ayudaba a mis padres en el campo cuando se necesitaba. Nunca peleaba con nadie, no me gustan los problemas. Soy un buen cristiano. Ya no voy a misa por mis piernas, pero siempre rezo antes de irme a dormir. No tengo más que el quinto de primaria, pero me fue bien en el trabajo, casi todo el tiempo me fue bien. Yo manejaba tráileres para una compañía gringa, siempre había chance. Y tuve suerte, un amigo mío me dejó tres cuando murió. Gracias a él, ya tengo años que puedo vivir de mis ahorros. Es poco, pero alcanza. Muchos años he vivido solo. ¿De qué le sirve a uno tener familia si se la pasa de día y de noche en las carreteras? Nunca estaba en casa, la verdad. Y es que me gustaba manejar, así, tranquilo con nadie que jocotea. Tuve mis aventuras, como cualquiera, pero nada serio. ¿Para qué? Mire, ¿me regala un vaso de agua, si no es mucho pedir?

—Claro que sí —respondió Demetrio—, ya regreso.

El policía se levantó, cruzó el corredor hasta la máquina de agua fresca. Mientras se llenaba el vasito de plástico, el colega a la entrada lo interrogó de la mirada ¿Entonces qué? Demetrio movió la cabeza

con el mensaje ¿Entonces qué de qué? Entonces, ándate a la mierda, cerote.

Terminó de tomar su agua el viejo y siguió:

—Me compré mi casita en San Ildefonso Pinulo hace como veinticinco años, un poco menos, no me recuerdo. Con crédito. Pero como le decía, nunca estaba ahí. Solo de vez en cuando, unos dos o tres días, nomás. Solo me di cuenta cuando paré de trabajar y que me instalé definitivamente en esa casa, con una mujer que había conocido en el Puerto.

Nuevo silencio. Se paró también el horrible ruido metálico del teclado resonando en la oficina casi vacía.

—¿Se dio cuenta de qué? —interrogó Demetrio.

—Bueno, no es que me diera cuenta así del todo de una vez. Fue poco a poco, con el tiempo. Y tiempo tengo, no tengo muchas cosas que hacer, y no me gusta salir. Me la paso mirando la tele y tomando el aire desde mi ventana. Pero sí me di cuenta. No cantan, eso es pura mentira, lo que hacen es gritar.

—Ese pobre no está en sus cabales —pensó Demetrio—. ¿Será que la policía tiene tiempo para perder con ese tipo de gente cuando hay todos esos robos y crímenes por resolver?

—Gritan, pero no es que cada uno grite así porque le dan ganas gritar. Se comunican entre ellos, es como una cadena. ¿Me entiende?

—Sí, sí, lo entiendo, siga por favor —suspiró el polaco ya cansado. Tenía ganas de parar de teclear las divagaciones del viejo, pero pensó que era mejor seguir y terminar más rápido con la tortura.

—Si usted le pone atención, se dará cuenta de que hay una cadena. Cada uno se pone a gritar cuando el otro termina de hacerlo. Hay, como decirle, hay un orden entre ellos. También se responden entre ellos, está bien organizada la cosa.

—¿Y los demás no dicen nada? —preguntó Demetrio para mostrar que le ponía atención.

—¿Los demás? ¿Nosotros, quiere decir usted?

El polaco empezaba a sentir mucha confusión:

—Me voy a volver chiflado con este chiflado —se preocupó—. Pues sí, nosotros.

—Es que no sabemos que nos controlan —se rio—: ¿De qué cree usted que hablan entre ellos? ¡De nosotros! ¿Qué más? En su corralito, no tienen otra cosa que hacer, nos están espiando todo el tiempo, de día como de noche, cuando entramos, cuando salimos, quién está con quién, qué estamos haciendo. Se pasan la información. Pero eso no es lo peor, sabe usted.

—Me tengo que salir de esa y hacer mi carta de renuncia al chilazo, ya no aguanto trabajar en este manicomio —pensó Demetrio.

—Lo peor es que nos manipulan. Nosotros les damos techo,

comida, los cuidamos. ¡Claro, si no hay gallo, las gallinas no dan, ese es el truco. ¡¿Me entiende? Los cuidamos para que nos controlen, pero no lo sabemos.

Otro silencio prolongado.

—Los gallos, dice usted.

—Pues sí, los gallos.

—Muy bien, mire, tengo aquí su… su confesión —dijo el polaco mostrando el papel metido en la máquina de escribir—. Voy a compartir toda esta valiosa información con el oficial de turno que no va a tardar en llegar. —¿Dónde está metido ese puto?, se preguntó Demetrio— y lo contactamos.

Se levantó, se acercó al señor para ayudarlo a ponerse de pie. El viejo resistió un poco, pero se levantó.

—Armando, ¡puedes acompañar al caballero a la salida, porfa!

—Sabe usted, son solo animales, pero hay que tener cuidado. Entran en la mente de la gente.

—Claro, claro —comentó Demetrio tomándolo del brazo para pasárselo al colega que se quedaba en el umbral de la oficina. Ya caminando en el corredor, el viejo todavía estaba gritando:

—¡Si no se termina con ellos al lugar de cuidarlos como hacen unos sin darse cuenta del peligro, un día seremos sus esclavos!

—Está bien, señor, está bien —dijo Armando—, cálmese, ya tenemos toda la información, muchas gracias.

Demetrio sacó la denuncia de la máquina de escribir, la rompió en pedacitos bien chiquitos antes de tirarlos a la basura. Le dio un vistazo a la imagen del calendario, la playa de arena blanca, los cocos, la lanchita. Tomó asiento y empezó a redactar su carta de renuncia. Lejos, se escuchaba un gallo cantar el grito del triunfo.